

DYSTOPIC(Cada semana capítulo nuevo!)

Alma del Campo



Image not found.

Capítulo 1

Capítulo 1

Dicen que hay que conocer el mal para saber lo que es ser feliz. En mi caso, aunque tengo una amplia experiencia con el mal, lo único bueno que he conocido es el sentimiento de seguir viva en medio de un mundo que se desmorona. Si a eso le sumas mi drama personal la realidad podría ser un infierno, pero parezco ser la única persona que se conforma con lo que la vida le ha dado. Respiro y, si mañana sigo haciéndolo es suficiente.

No logro concentrarme en los deberes con el sonido de las explosiones. Es una de esas cosas que con el tiempo pasan desapercibidas, pero si por alguna razón divina tu cerebro decide centrarse en la lejana cacofonía de disparos, bombas y demás, eres incapaz de ignorarla. Cierro la libreta, con más frustración por tener que estudiar que por no poder. El poco tiempo que nos queda de vida a los habitantes de esta ciudad no deberíamos malgastarlo estudiando alumbrados por una vela.

-Alaia-dice Martina, la niña con la que comparto habitación, es hora de cenar.

-¿Ya? Son las ocho-contesto. Ella se encoge de hombros y desaparece, ahuyentada (como todos) por mi carácter antisocial. Yo diría solitaria, pero los demás prefieren colocarme en el plano de alguien con una capacidad para relacionarse igual a la de un cavernícola. Bajo las escaleras de dos en dos y me dejo caer en la única silla libre. Veintidós niños y adolescentes adornamos la mellada mesa de madera; a cuál más desgraciado. Martina perdió a sus padres en un ataque de LOW, Mark llegó huérfano desde su ciudad natal después de que fuera conquistada. Yo, en cambio, los perdí mucho antes; de hecho, mi padre asesinó a mi madre delante de mi cuando yo tenía tres años. Aunque de ese suceso solo recuerdo un vago disparo, una risa y las sirenas de la policía, me persigue a través de los años, manifestándose tanto en sueños como en mi relación con el mundo.

Mi padre fue encarcelado y, desde luego, jamás se ha acordado de mi. Ni él ni ningún familiar cercano, aunque hoy en día debe estar todos muertos.

-Aquí tenéis-dice Emma, en tono aburrido. Es la mujer que asignó el gobierno (o lo que queda de él) para cuidar niños desamparados (o sea, nosotros). Parece que su trabajo es más una obligación que una vocación, pero no la culpo. Deja sobre la mesa una enorme olla con una sopa de aspecto dudoso. Intento no desanimarme y tener un poquito de empatía ya que somos afortunados por tener algo que comer, aunque sea en medio de la suciedad, sin luz y con velas amenazando con incendiar la

□mes□cad□do□por□tres.

Después de llenar mi plato me meto una gran cucharada del mejunje en la boca y cuento □□hast□tre□par□tragarlo□□Result□no□se□ta□horrible.

-En las últimas veinticuatro horas Rusia ha conseguido echar a las tropas de LOW fuera de sus dominios, siendo el único país del mundo limpio de conquistas. Por otro lado, nuestra ciudad cada día sufre un asedio más fuerte. Los recursos empiezan a agotarse y...-dice una voz femenina desde la radio; una interferencia corta la señal y yo □□alarg□□la□man□par□□apagarla.

-No □□deberíamos□escuchar□estdigo.

-Tiene razón-dice Mark, el único ser humano con el que tengo algo parecido a una amistad.

Él suele dialogar consigo mismo y yo asiento a todo lo que dice. Nadie más habla □□visó□se□oy□□□tintine□de□la□cucharas□Más tarde, en la ducha, debo recordarme que no hay agua caliente porque todo el presupuesto nacional se invierte en protecciones (inútiles) y armas (más inútiles aún) para proteger las ciudades del enemigo. LOW, siglas de la organización Liberty of the World, lucha desde hace casi dos décadas por la hegemonía mundial.

Defienden una realidad algo parecía a la del clásico libro 1984, donde la sociedad pasa a estar formada por autómatas sin sentimientos. Podría ser fácil derrotarlos si no fuera porque el fascismo, resurgido entre las cenizas y renovado, ha ido apoyando más y más a la organización; hoy en día la mayoría de ejércitos se han unido a ellos. Allí por dónde pasa siembra la discordia y destruye todo lo que encuentran de la manera más escalofriantemente literal: cuando LOW conquista una ciudad asesina a todos los mayores de dieciocho años porque consideran que, si bien no te has unido a ellos con anterioridad y de forma voluntaria, mereces morir.

Tienen misericordia con los menores porque piensan que aún hay salvación para nosotros.

Usando otras palabras: se dedican a lavar el cerebro a la nuevas generaciones □□par□crea□pequeñas□máquina□de□matar□fanáticas□de□□la□causa.

En □□resumen□□□tema□está□muy□jodido.

Nuestra ciudad sobrevive a duras penas rodeada de enormes y gruesos muros que se deterioran día tras día, bomba tras bomba. Tenemos la suerte de que, en su momento, fuimos una ciudad rica y pudimos invertir en la tecnología de protección aérea; una especie de campo eléctrico o

magnético (o cualquiera que sea el término correcto) que protege el frente aéreo de posibles ataques. Eso sí, la ciudad está sumida en una creciente podredumbre.

Cuando acabo de ducharme vuelvo a mi habitación y me encuentro a Martina durmiendo, así que cojo mis deberes y bajo al comedor. Mark está escribiendo algo en francés cuando me siento a su lado.

-¿Tu tampoco puedes estudiar? dice.

-No.

-Las explosiones son cada vez más fuertes...-murmura. Y, por arte del destino, suena una explosión que hace vibrar los cimientos de la casa. Mark cierra los ojos hasta que el temblor pasa. En un arrebato de ternura poso una mano sobre su hombro.

-No te preocupes, como si pudieras hacerle de verdad.

-Vivo en un constante deja vu- dice-, cada segundo que pasa parece ser el momento anterior cuando lo perdí todo...

-Mark, no vale la pena vivir con miedo, murmuro, como si la esperanza de que se calle.

-No sé cómo lo haces- susurra, pellizcándose el puente de la nariz. No contesto y me centro en la libreta que he abierto. A veces necesito abstraerme usando cosas como los deberes para no sentir que estoy desperdiciando mi vida esperando mi muerte.

Sé que LOW perdona la vida a los jóvenes, pero no siento que sea capaz de sucumbir ante ellos. Aunque, muchas veces, me veo a mi misma desde fuera y me pregunto si soy exactamente lo que está buscando.

La mañana siguiente el despertador perfora mis tímpanos. Me levanto de un salto y me visto con lo primero que encuentro: unos tejanos y una camiseta de cuello alto. Observo el puré de arroz e intento aguantar las arcadas y hacerlo bajar por mi esófago.

-¿Soy yo o esto es horrible?- dice Martina. Cuando se da cuenta que sólo yo estoy sentada en el mesón rehúsa e intentar de socialización.

-Es horrible- contesto, sorprendiéndola. Me lavo los dientes y, tras ponerme un abrigo raído, corro con Mark hasta la escuela, que está a varias calles de nuestra casa.

El concepto de escuela podría sorprender a nuestros antepasados del 2000; se trata de un edificio que, a parte de faltarle distintas ventanas,

parece estar en un estado anterior al de demolición. Apenas hay cuatro clases que compartimos varios grupos de niños. Parece una de esas escuelas rurales en las que conviven diferentes franjas de edad en un mismo espacio. Me siento en la silla más alejada de la profesora □□justo□□ cuando dice mi nombre.

El día pasa con una lentitud extrema, poniendo a prueba mi paciencia. Hay un sentimiento general de desesperación y cada explosión va acompañada de pequeños gritos y exclamaciones ahogadas. Casi me quedo bizca de poner los ojos en □□blanco.

Paso la tarde leyendo, alejada de la sociedad. A la hora de cenar he de volver a hacer el mismo esfuerzo para no atragantarme con la comida; han pasado años y años desde que empecé a comer estos mejunjes y soy incapaz de acostumbrarme.

Cuando me tumbo en la cama para irme a dormir me doy cuenta que va ser imposible viajar al mundo de los sueños. Me incorporo y me quedo sentada, mirando a la nada, intentando alcanzar pensamientos que se alejan cada vez que los □□rozo□□. Al final decidí ponerme unas mallas, una sudadera y salir a correr.

La noche es fresca, típica de la transición hacia la primavera. El aire me acaricia la cara mientras troto por las calles cercanas a mi hogar. Antes solía hacer muchísimo deporte, era una manera de calmar mis pensamientos y aplacar la rabia que el mundo me inspira, pero ahora apenas queda media piscina llena y los gimnasios han □□cerrado□□. Nadie tiene dinero para pagarlos.

Cruzo la avenida principal y entro en unas antiguas oficinas que ahora se encuentran abandonadas. Subo por las escaleras de emergencia hasta la azotea.

Es uno de los edificios más altos de la ciudad y me permite ver el espectáculo que alguien de otra época podría haberlo confundido con fuegos artificiales. Parece haber un permanente incendio en el exterior de la ciudad y, cualquier día, entrará.

Me sacó la manzana que antes he robado de la cocina. Da gusto comer algo fresco.

El agua de la fruta cae por las comisuras de mis labios tras morderla. Cierro los ojos y □□disfruto□□ de □□sabor□□ de □□la vida.

A veces me pregunto porqué todo el mundo está tan asustado por el futuro si no podemos evitarlo. Me miran raro porque jamás he tenido miedo a morir. Yo, por mi parte, simplemente me dedico a vivir. Llevo tanto tiempo con la miseria encima que no conozco nada más, y sé que

tampoco puedo aspirar a algo mejor. Pero, de todos modos, muchas veces me pregunto a mi misma si soy defectuosa; si hay algo dentro de mi que no funciona bien y estoy condenada a una vida solitaria y sin sentimientos.

Algunas veces me pregunto cuántos de mis padres tengo dentro.

Al día siguiente mi despertador es una gran explosión que hace caer arenilla de las paredes de mi habitación. Martina se pone a sollozar y voy en busca de una ducha fría.

Alguien ha calentado agua, así que puedo darme un baño templado. Me toca lavarme el pelo y empleo toda la paciencia destinada al día de hoy en desenredar el matojo de rizos que caen por debajo de mis hombros. Cuando acabo apenas tengo tiempo de vestirme para salir corriendo hacia la escuela.

La mañana parece que va a desarrollarse como todas las demás: aburridas e inútiles lecciones sobre vectores matemáticos, algo de literatura, biología...pero, en mitad de una explicación sobre la reproducción de las células, la explosión más fuerte que he sentido jamás hace temblar la ciudad entera. Todo el mundo guarda silencio.

El aire se condensa a nuestro alrededor, volviéndose espeso y trayendo consigo la noticia. Un segundo antes del inicio de la sirena una niña pequeña se pone a llorar.

Sé lo que está pasando: OW ha entrado.

Capítulo 2

Capítulo 2

El caos tarda menos de dos segundos en desatarse. La profesora es la primera en desaparecer, sabedora de su destino. Yo me quedo sentada mientras la clase se vacía rápidamente. No puedo moverme, no sé cómo reaccionar. El sonido de disparos me reactiva y bajo corriendo las escaleras. Al salir a la calle un mar de gente me engulle. Intento seguir la corriente pero me siento mareada. Los gritos perforan mis tímpanos, noto el miedo; lo respiro. Miedo a la muerte, al desastre total. Noto como me empujan y mueven de un lado al otro; empiezo a perder la respiración poco a poco, empiezo a ver borroso y alargo la mano para agarrarme a una farola que encuentro a mi derecha. El hierro enfría mi mejilla y veo a la gente correr en una vorágine hasta que pierdo la conciencia.

-Levanta-dice alguien. Soy consciente del dolor que siento en la cabeza y después de que estoy tumbada sobre algo duro-. Levanta.

-¿Está despierta?-pregunta otra voz, esta vez masculina. Abro un ojo y veo a una mujer y un hombre inclinados sobre mi. Me miran con una expresión tan sumamente seria que me remueven el estómago. Al incorporarme pierdo el equilibrio y la mujer ha de ponerme una mano en las lumbares para sostenerme. He de tragarme un gruñido de asco mientras lucho por no caerme de nuevo.

-¿Llevas identificación?-me pregunta la mujer. Es rubia, de pelo grueso; sus ojos negros como el carbón me observan con mucha atención. Me doy cuenta que quiere comprobar cuántos años tengo. Por suerte me he llevado la mochila conmigo y saco mi cartera. Mi mirada se detiene un segundo en la fotografía de una mujer y una niña, ambas de pelo rizado y ojos verdes. Sonríen tanto que cualquiera diría que jamás han conocido el mal-. Alaia Corwell, dieciséis años-murmura. Me mira a mi y a la fotografía de mi DNI de manera alternativa hasta que está satisfecha con nuestro parecido. Me devuelve mi identificación y la guardo de nuevo-. Yo soy Emna, él es Paul.

-Síguenos-dice el chico. Tiene el pelo de color azabache y los ojos de un marrón profundo. Si no fuera por el traje de agente y la metralleta, casi podría decir que es guapo.

Les sigo a través de calles. Las recorren como si las conocieran y me pregunto qué historia habrá tras esos uniformes negros. Al girar una esquina hay un reguero de sangre que entra sin parar en las alcantarillas. Cuando descubro la causa, he de ahogar una exclamación: una enorme

montaña de cadáveres ocupa la mitad de la calle. Paul se gira y levanta una ceja.

-¿Pasa algo?-dice, en tono irónico. Cuadro la mandíbula y dreño cualquier sentimiento que me haya podido causar la imagen.

-No-contesto. Doy por hecho que he de seguirles la corriente si quiero sobrevivir. Mi vena superviviente ha aparecido.

Me conducen hasta la zona rica, la única de la ciudad que apenas ha sido tocada por la pobreza. Cuando entramos en el hotel más lujoso de la ciudad los agentes que lo custodian se saludan con Paul y Emna.

-¿Fugitiva?-dice uno, hablando de mi como si no estuviera delante.

-No. Estaba inconsciente-contesta Emna. Las risas me siguen hasta el vestíbulo, que está abarrotado de niños.

-Primero trasladamos a los más pequeños-dice Paul al notar como barro la estancia con los ojos. Pero no me estaba fijando en eso, no. Estaba admirando la belleza del hotel; me fascina el tener bombillas, mobiliario, paredes que no parecen de papel. El ascensor ya me maravilla del todo. Subimos hasta la planta número diez y Paul me acompaña hasta la habitación 1021. Abre la puerta con una llave y apenas escucho lo que me dice mientras observo lo que se acaba de iluminar delante de mi.

-Esta es tu habitación. Tus compañeros vendrán en un rato. No salgas-dice. Cierra la puerta y oigo como la bloquea. Me pregunto durante un segundo para qué me prohíbe salir si, de todas formas, tampoco tengo donde ir, pero el pensamiento se ve aplacado por la enorme habitación, que me engulle de lo bonita que es: paredes oscuras con un gran ventanal que da a la calle, parque de color claro, una enorme cama y otra individual al lado, un sofá que es más cómodo que el colchón en el que he dormido durante tantos años...y una puerta que da a un baño que me parece un balneario. Por un momento olvido todo lo que está pasando y me meto dentro de la ducha. Me desnudo con rapidez y suelto un gemido al notar el agua caliente deslizándose sobre mi piel. Me parece tan nuevo como mágico. Encuentro un pijama blanco (que me va cuatro tallas más grande) dentro de un armario y, después de ponerme, me dejo caer sobre la cama.

Mi mundo se está yendo aún más a la mierda y yo me acabo de dar una ducha caliente, pero no me siento mal. Es algo que llevaba tanto tiempo esperando que, tras los primeros momentos de confusión y todo el espectáculo del desmayo, apenas me afecta. He de reconocer que el corazón me ha dado un vuelco al ver los cadáveres, pero podré vivir con

ello sin arrastrar un trauma.

La puerta se abre y entra Emna con varios jóvenes. Hay dos chicos y una chica. Al cabo de unos momentos reparo en la niña rubia que se esconde entre las piernas de un chico pelirrojo. La chica lleva el pelo completamente rapado y lo observa todo con unos enormes y azules ojos. El otro chico tiene el pelo rizado pero lo lleva corto; aunque tiene cara de niño su cuerpo está muy desarrollado, teniendo unos bíceps del tamaño de mi cabeza.

-Esta es vuestra habitación; ella vuestra compañera-les explica Emna-. Ya se os han dicho las normas. Mañana recibiréis más instrucciones-dice. Cuando se va la chica resopla y se deja caer a mi lado.

-Hola, soy Dana-dice, alargando una mano. Me la quedo mirando un segundo; ha habido algo en ese gesto que me arranca una sonrisa.

-Yo Alaia-digo. Dana mira a los demás.

-¿Y vosotros?

-Karl-dice el chico superdesarrollado. Se estira en la cama individual y coloca la cabeza sobre sus manos, muy relajado. Frunzo el ceño al mirarle y me pregunto si de verdad hay alguien capaz de estar más zen que yo en esta situación.

-Patrick-dice el otro chico, el pelirrojo. Tiene los ojos rojos y se nota que ha estado llorando. De pronto, arranca a sollozar y se esconde dentro del baño.

-¿Y ella?-pregunto, señalando a la niña, que se ha hecho una bola en una de las esquinas de la habitación.

-Ni idea-contesta Dana-. Ha estado así desde que hemos llegado.

-Pues vaya.

-Sí-asiente Dana, moviendo la cabeza en señal afirmativa. Nos sostenemos la mirada un segundo y tengo ganas de sonreír de nuevo-. ¿Cuántos años tienes?

-Dieciséis, ¿Y tu?-digo.

-Ayer cumplí diecisiete-contesta.

-Menudo regalo de cumpleaños-interviene Karl-. Yo tengo quince.

-La verdad es que llevaba tanto tiempo esperando esto que ni siquiera me ha sorprendido-dice Dana. Giro bruscamente la cabeza hacia ella al oír una de mis frases en boca de otra persona-. Y, espera ¿Quince?, ¿Qué eres?, ¿Hijo de terminator?

-Soy yo-responde Karl con sencillez. Dana se ríe y Karl dibuja un amago de sonrisa antes de cerrar los ojos.

-Tengo muchísima hambre-dice Dana. Abre su mochila y saca un paquete de galletas-. ¿Quieres?

-Pues sí-digo, compartiendo comida con alguien de forma voluntaria por primera vez en mi vida. Tras darme unas pocas se acerca a la niña y le pregunta si quiere. Al no recibir contestación se encoge de hombros y vuelve a su sitio.

-¿Y ahora qué?-dice Dana.

-Es mi primera vez recluido por una organización asesina, lo siento-contesta Karl. Intento no sonreír porque empiezo a estar incómoda de lo muy cómoda que me hacen sentir estos dos.

-Intentaría dormir, pero estoy demasiado excitada.

-Y yo-digo.

-¿Sabes algo de tu familia?-pregunta Dana. Se da cuenta de que quizás ha sido demasiado directa y abre y cierra la boca-. Lo sien...

-No, tranquila-digo, siendo amable por primera vez con alguien-. No tengo.

-Ah...-dice Dana, preocupada. Tengo la necesidad de seguir hablando con ella, con los dos. De hacerle saber que no me he ofendido por el comentario. Tengo ganas de...¿Socializar?

-No te preocupes-digo, atropellando las palabras entre si-. ¿Y los tuyos?

-Cuando las cosas empezaron a ponerse verdaderamente chungas, cogieron un avión a Rusia.

-Pero si ya no aceptan refugiados...

-Si tienes dinero, te abren las puertas donde sea-contesta-. ¿Karl?

-Agradezco la terapia de grupo, pero prefiero no hablar de ello-murmura. Entonces se gira hacia la pared, dándonos la espalda, y sus hombros se mueven un poco; parece que está llorando, así que Dana y yo apartamos

la mirada.

-¿Y no te llevaron contigo?-pregunto.

-No-contesta, seca. Creo que no quiere hablar del tema y apunto mentalmente no sacarlo más.

-Nunca te había visto por la ciudad-dice Dana, cambiando de tema.

-No suelo socializar-contesto, en un murmullo.

-¿Por?-pregunta, sorprendiéndome de nuevo al querer saber algo de mi. Me sale de dentro ser sincera con ella.

-No suele gustarme la gente...

-Tranquila-dice-, a mí tampoco. Aunque me coronaron Miss Simpatía.

-Estoy manteniendo la conversación más larga de mi vida-digo. Dana se ríe.

-Bienvenida al mundo de las relaciones adolescentes.

-Gracias, supongo-contesto, sintiéndome extraña. Nunca había tenido ganas de escuchar y ser escuchada por alguien. La sensación es tan nueva y agradable como terrorífica. El simple hecho de que alguien pueda ver cómo soy o saber de dónde vengo me asusta. Quizás debería empezar por ahí, preguntándome porqué soy de hierro con los demás.

La tarde pasa de forma rápida. Dana no para de arrancarme frases y alguna sonrisa. Karl, pasada su crisis, se une a la conversación. Patrick no sale del lavabo y nos llegan sollozos cada dos por tres; la niña no mueve ni una pestaña. Cada minuto me siento más relajada y me pregunto qué ha cambiado en las últimas veinticuatro horas para que ahora sea capaz de escuchar a alguien durante más de cuatro frases seguidas. Lo cierto es que con Dana hay momentos en los que tengo la sensación de estar hablando conmigo misma, y Karl me tiene en ascuas de forma constante, no soy capaz de predecir su siguiente frase. Me descolocan porque, al igual que yo, se salen de la normalidad. Eso me lleva a preguntarme porqué he necesitado que mi mundo se hunda del todo, se destruya y se vea alterado sin posibilidad de retorno para encontrar alguien con quien pueda mantener una conversación sin tener ganas de asfixiarle. Eso también hace que me pregunte otra vez si, después de todo, la que de verdad tiene el problema soy yo.

Mis pensamientos se ven interrumpidos por un leve temblor y el sonido de una máquina poniéndose en marcha. Una fuerte luz entra desde la calle tiñendo las paredes de blanco. Me acerco a la ventana y enormes tanques

custodiados por agentes de LOW avanzan por la calle. La puerta del baño se abre y aparece Patrick, con los ojos tan rojos como la misma sangre y oscuros cercos bajo ellos.

-El exterminio ha empezado.

Paso la peor noche de mi vida. Miles de disparos suenan cada minuto, ahogados por gritos y chillidos. Dana se mueve inquieta a mi lado, sé que tampoco puede dormir. Karl resta mirando hacia el techo, con los ojos bien abiertos y el pecho subiendo y bajando de forma agitada. Patrick solloza dentro del baño y la niña se ha trasladado al sofá; sigue hecha una bola, pero parece que el cansancio ha vencido a la pequeña y va quedándose dormida cada dos por tres.

Soy consciente, o empiezo a serlo, de que cada grito va unido a una muerte; a la pérdida de alguien inocente. Y todos los chillidos van clavándose en mi cerebro, poco a poco, despertando sensaciones que jamás había conocido. No sé ponerles nombre al principio, pero ahí están: poderosas, violentas, haciéndome hiperventilar. Cuando el amanecer está más cerca logró ponerles nombre: compasión, indignación, ansiedad. Con esta última ya he tenido algún encontronazo a lo largo de mi vida, pero nunca por causas ajenas a mi. ¿Qué me pasa? Siento rabia por aquellos que están muriendo sin que yo pueda hacer nada al respecto. Esa gente no debería estar perdiendo su último aliento por culpa de LOW.

Siento que les debo algo, quizás la vida.

El amanecer llega con una parsimonia casi agotadora. Consigo dormir media hora cuando los disparos cesan, pero mi cerebro está cansado de procesar tanta información que la cabezadita me cansa aún más. Estoy llegando al sueño profundo cuando unos fuertes golpes en la puerta hacen que me incorpore. Entran Emna y Paul, con varios fajos de ropa.

-Poneros esto y bajad al auditorio-dice Paul, lanzando los paquetes contra Karl. Se sostienen la mirada unos segundos y los dos agentes vuelven a dejarnos solos.

-¿Qué ha sido eso?-pregunta Dana.

-¿Qué?-le espeta Karl.

-Puedo entender que intentes asesinar a un agente de LOW con la mirada, pero...

-Es mi primo-la corta Karl. Nosotras proferimos exclamaciones de interrogación pero se levanta y se empieza a cambiar-. Repito, prefiero no

hablar de mi familia.

-Vale, lo siento-se disculpa Dana.

Nos cambiamos; la muda trata de un pantalón negro de chándal y una sudadera del mismo color con las siglas LOW bordadas en dorado en toda la espalda. También nos suministran ropa y camiseta interior y unas deportivas negras. Acaricio la tela, sorprendida por su calidad. Karl despierta a Patrick y Dana se encarga de la niña. Observo la escena con el ceño fruncido, admirando su capacidad de comunicarse con dulzura.

-Hola bonita-le dice. Un ojo azul se asoma detrás de las manos que le cubren el rostro-. Tenemos que ir abajo, pero primero necesito que te pongas esto-le susurra, como si fuera un secreto entre las dos. La niña asiente y se deja desvestir y vestir-. Antes de irnos, también necesito que me digas tu nombre.

-Abigail-murmura, mirándose los deditos.

-Perfecto Abigail, lo estás haciendo de maravilla-dice Dana.

Salimos de la habitación en una especie de marcha fúnebre y nos abarrotamos en el ascensor con otro grupo de chicos. Nadie habla y el aire es tan denso que se podría cortar con un cuchillo. Seguimos la corriente de gente hasta una sala de proporciones épicas. Calculo que hay unos 500 niños y adolescentes reunidos, sentados allí y allá, hablando entre susurros o aguantándose las lágrimas. Alguno que otro lleva alguna venda o yeso. También hay varios bebés y niños sostenidos por sus hermanos mayores o por desconocidos; supongo que aún no habrán podido moverlos a todos. Me eriza la piel el vernos como mercancía que LOW va a ir moviendo de un lado a otro. Y entonces me doy cuenta de que somos armas en potencia, sólo que aún no nos han desarrollado.

Tomamos asiento en la última fila y un agente de LOW nos da un paquetito de galletas y un brick de zumo. El gusto y la textura no dista mucho de los menjunjes que comía en la casa de acogida. Dana mira la comida con el ceño fruncido mientras que Karl directamente la ha escondido debajo del asiento. Patrick parece un poco más calmado, aunque ahora lo mira todo con ojos miedosos; Abigail, a su vez, ha cambiado las lágrimas por un posado serio. Algo en sus ojos me llama la atención; tras la primera impresión de unos ojos azules e inocentes se esconde algo frío, calculador, maduro. Mis pensamientos se ven interrumpidos por la oscuridad: han apagado las luces de la sala. El silencio es ensordecedor e instantáneo. Una pantalla se ilumina en mitad del escenario y una serie de imágenes superpuestas entre si desfilan a la velocidad de la luz mientras una voz reza: "LOW es el futuro y la

salvación".

-Pensaba que serían más discretos con el tema de lavarnos el cerebro-
murmura Karl, muy muy bajito-. No miréis.

Le hago caso y aparto la mirada de las imágenes que parecían estar absorbiendo mi mente. Veo por el rabillo del ojo a Abigail parpadeando sin parar con lágrimas rodándole rostro abajo. Le pongo una mano sobre los ojos. Su pequeño cuerpo pega una leve convulsión y me agarra la mano con fuerza. Cuando la retiro, clava los ojos en el suelo. El vídeo termina y las luces se encienden. Unos pasos suenan y un hombre de unos cuarenta años, con el rostro deformado por el Botox y con un tono de pelo y de piel difíciles de distinguir a causa de los rayos uva, se coloca en mitad del escenario. Un agente le pasa un micrófono y antes de empezar a hablar un asqueroso rictus que pretende ser una sonrisa se dibuja en sus labios.

-Bienvenidos, soy Dan-dice, manteniendo el gesto. Su profunda voz se clava en mis tímpanos-. Espero que hayáis encontrado cómodas vuestras habitaciones. LOW se encargará de proporcionaros lo mejor para que podáis crecer con nosotros. Tenéis que recordar que LOW es la salvación, la clave del éxito, y que queremos contar con vosotros para que lo hagáis posible.

-Pero habéis matado a mis padres-dice una voz. El cuerpo se me congela cuando me doy cuenta que ha sido Abigail quién ha hablado. Me quedo inmóvil mientras Dan clava su penetrante mirada en ella y baja del escenario removiendo entre sus dedos un papel de caramelo.

-¿Verdad que cuando te portas mal te castigan, niña?-dice, susurrando, cuando está llegando a nuestra posición. Abigail le sostiene la mirada y asiente de forma contundente una vez-. Entonces entenderás que tus padres hayan merecido su castigo por ser unos sucios y blasfemos infieles, ¡¿Verdad?!-dice, acabando la frase gritando.

-Por favor, déjela-murmura Dana, bajando la mirada y alargando una mano hacia Abigail. Dan resta en silencio unos cuantos segundos, analizando nuestro grupo. -Tened cuidado-dice, y se gira hacia los demás presentes-. Con vuestro segundo día en las manos y camino de LOW ponemos en marcha los traslados a nuestras distintas bases y ciudades-explica-. A partir de mañana empezaremos a mover pequeños grupos cada día. No obstante, todos los mayores de dieciséis años se someterán hoy a una pequeña entrevista para determinar su futuro dentro de la organización. Vuestros guías os darán las instrucciones pertinentes. Gracias.

-Vamos-dice Emna. Me tengo que tragar la risa al conectar la palabra

guías con Emna y Paul. Yo les llamaría carceleros; asesinos. O ambos.

Subimos a la habitación y hay un momento de incomodidad cuando nos damos cuenta de que Emna y Paul van a quedarse con nosotros. Me siento en la cama, intentando obviar su presencia. Al final lo más interesante que encuentro para hacer es mirar la pared. Empiezo a dar golpecitos contra el suelo y me doy cuenta de que estoy pisando algo; es la mochila con la que llegué el primer día. Con el talón la muevo debajo de la cama.

-¿Qué es eso?-inquire Paul, acercándose a mi.

-Nada-digo de forma instantánea. Paul me empuja y agarra la mochila. Vuelca todo el contenido sobre mi cama: una bolsa de patatas vacía, un par de libros de matemáticas e historia, mi cartera y una fotografía. Paul mira unos segundos la instantánea y la acerca tanto a mi cara que me roza la nariz.

-¿Quién es?-dice.

-Mi madre-respondo. Aparta un poco la fotografía y puedo admirar unos segundos la belleza que poseía: pelo rizado, ojos verdes, la sonrisa más amable que he visto jamás...

-No puedes tener esto-dice, rompiendo la fotografía.

-¡Para!-digo, de forma involuntaria- ¡Es lo único que me queda de ella!

-Mira-dice, con algo de rabia. Me agarra la barbilla y coloca nuestros rostros a escasos centímetros-. Si no supiese que no tuvo siquiera la oportunidad de unirse a LOW, ahora mismo estarías muerta-susurra, con fuerza. Me suelta con algo de agresividad y se gira, guardándose los pedazos en un bolsillo-. Aquí el pasado está muerto. Como ella. Y todos los demás que lo merecían ¿Entiendes? Aquí no cuenta si eras huérfana o si tus padres eran una mierda. Olvídala.

-Sí-digo, con rabia. Las lágrimas luchan por salir, pero no lo permito. Apreto tanto la mandíbula que temo por la integridad de mis dientes, pero no puedo reprimir lo que estoy sintiendo. Tengo ganas de saltar por encima de la cama y estrangular a Paul. Estrangularlo hasta que sus ojos estén en blanco y me suplique por su vida. Lo único que me lo impide es la certeza de que no llegaría a tocarle siquiera un pelo. Y, al mismo tiempo, se afianzan en mi interior unas ganas tremendas de destruir y eliminar esta organización. No sé cómo, ni cuándo, pero es lo único que me retiene de sentenciar mi propia muerte. Vuelvo a la realidad cuando Paul le da una bofetada a Karl.

-Como vuelvas a poner los ojos en blanco o a respirar algo parecido a un suspiro, estás muerto-le murmura al oído.

-Paul-dice Emna, inmune a la escena-, llaman a Alaia.

-Vamos- me ordena. Lo último que quiero hacer ahora mismo es atender una orden de Paul, o seguirle, pero tengo que obligarme.

Salimos de la habitación y bajamos en ascensor hasta la planta menos uno. Los escasos quince segundos están llenos de tensión. Paul parece tener la mente a kilómetros de aquí y le tiembla la mano derecha. Se abren las puertas del ascensor y nos está esperando un hombre canoso y algo jorobado. Me mira por encima de sus gafas de media luna y alarga una mano en mi dirección.

-Buenos días-dice-, soy el doctor Kellan McKan.

Le sigo a través de un laberinto de pasillos. Un grito hace que me sobresalte; un agente de LOW aparece al fondo del pasillo. Está arrastrando a una chica agarrándole del pelo. Me quedo petrificada y noto la presencia de Paul detrás de mí. Pega su cuerpo al mío y me coge con fuerza la muñeca.

-Muévete-murmura. Reacciono y camino con la mirada fijada al frente mientras los gritos de la chica van alejándose. Sé que es crucial que no pierda el control. No ahora. Intento apartar de mi mente las preguntas y sentimientos que se están amontonando y centrarme en algo básico: no acabar como ella.

Entramos en una sala decorada de forma sobria. El doctor se sienta detrás de una mesa de color blanco. Me invita a tomar asiento mientras Paul se coloca detrás de él.

-Veamos quién eres...-dice el hombre. Abre un cajón y saca un artilugio que no he visto nunca: parece una pantalla de televisión, pero pequeña. Como uno de esos teléfonos tan caros sin teclado. Es totalmente traslúcido, y puedo ver cómo aparece mi fotografía del carné de identidad acompañada de distintos textos que van sobreponiéndose unos a otros. El doctor me descubre mirando el aparato con el ceño fruncido-. Es una tablet. He puesto tu nombre aquí, ¿Ves? Y nuestra red ha recopilado todos los datos sobre ti que hayan sido introducidos en un ordenador.

-Entiendo-digo.

-Huérfana-murmura. Como si no lo supiera-. Veo un homicidio por aquí.

-Sí-contesto-. Mi padre.

-¿Asesinó a tu madre?

-Sí.

-¿Y cómo te sientes respecto a ello?

-No me acuerdo.

-¿Entonces no te importa?

-No. Sí. Supongo que sí.

-¿Estás a favor de LOW?-pregunta.

-Sí-digo sin pensar. Agradezco mis instintos de supervivencia. Entiendo lo que está haciendo; está intentando tocar mis puntos débiles, para hacerme bajar la guardia y que así sea sincera. He pasado por las consultas de suficientes psicólogos a lo largo de mi vida como para saber manejar la situación. Mi pulso se ralentiza y gano confianza.

-Nada espectacular respecto a tu paso por el instituto....-murmura-, pero eres deportista.

-Sí.

-¿Te gusta el deporte?

-Sí.

-Te noto tensa, ¿Estás bien?

-Claro.

-¿Te incomoda LOW?

-En absoluto-contesto, sin parpadear.

-De acuerdo-dice él, analizando mis respuestas. Me mira unos segundos y vuelve a rebuscar en mi pasado-. Lo que no soy capaz de encontrar por ningún sitio son amigos.

-No tengo-digo.

-¿Y cómo te sientes respecto a ello?

-Bien-contesto. Decido jugar mis cartas-. No he sido capaz de encontrar a alguien con quien compartir mis ideales.

-¿Compartes los ideales de LOW?

-Por eso estoy aquí.

-En LOW puedes avanzar de distintas maneras-explica, recostandose en la silla-. En primera instancia puedes desarrollarte como científico, político, informático, médico o militar. Me gustaría proponerte para el cuerpo militar

-Me gusta-digo, con sencillez. Mi mente trabaja a toda velocidad; es una buena manera de pasar desapercibida dentro de la organización mientras decido qué hacer.

-¿Matarías por LOW?

-Sí-contesto, mientras mi estómago se revuelve.

-¿Y cómo te siente respecto a ello?

-Los infieles tienen que morir. Alguien tiene que matarles.

-Creo que ya estamos-dice, escribiendo algo en la tablet-. Paul, podéis retiraros.

-Gracias-dice, antes de salir. Caminamos en silencio hasta el ascensor. Paul parece inquieto. Las puertas se cierran y el ambiente se vuelve asfixiante-. Lo has hecho muy bien.

-¿Perdón?-digo. Levanto la cabeza para mirarle y, de pronto, me arrincona contra la pared.

-Mira-dice, susurrando con fuerza e invadiendo mi espacio personal de manera provocadora-, hay dos maneras de sobrevivir aquí: haciendo lo que tienes que hacer o dejando que te limpien la mente. Y a mi no me engañas. Y si a mi no me engañas, habrá alguien más por ahí al que no convencerás con este discurso tuyo.

-Vale-contesto, sin saber qué más decir.

-Ten cuidado-dice cuando se abren las puertas. Espero a que salga conmigo pero me doy cuenta que no me va a acompañar hasta la habitación cuando Dana entra en el ascensor y Emna me espera en el pasillo.

-¿Cómo ha ido?- me murmura Karl cuando llego.

-Estoy de vuelta, supongo que eso quiere decir que bien-contesto.

-¿Qué?

-Aquí no-murmullo, cuando Emna vuelve a entrar en la habitación.

Esperamos a Dana mientras no paro de darle vueltas a lo que ha ocurrido con Paul. No entiendo si intenta ayudarme o hundirme. He de clavarme las uñas en el brazo cuando recuerdo cómo ha acabado la fotografía de mi madre. Y eso me lleva a reflexionar sobre lo que ha ocurrido hace un rato: me van a formar como militar. El simple planteamiento de verme a mi misma matando a gente inocente hace que me maree. Me estiro en la cama, disimulando. Adopto la postura fetal mientras los pensamientos se suceden tan rápido que quiero vomitar de la ansiedad que me provocan.

Y no quiero.

Ni puedo.

Por la tarde nos reúnen por grupos en la planta baja del hotel y diferentes agentes de LOW van soltando mierda por sus bocas; desde la increíble y heroica historia de LOW hasta lo prometedores que son nuestros futuros. Patrick parece estar en otro mundo y Dana no para de intentar entablar conversación. Algo le ronda la mente porque no es capaz de calmarse. Me cambio de sitio para evitar que se deje en evidencia mientras una mujer relata los inicios de LOW.

-Hace veinte años empezó el despertar intelectual-dice-. Los máximos dirigentes de la organización empezaron a reclutar a gente. En aquellos tiempos LOW era una sociedad privada y secreta. Pronto el número de afiliados fue más de dos mil y empezó la conquista de aquellos pueblos y aldeas más alejados de la civilización; aquellos que eran más puros y que estaban menos contaminados por la sociedad. Fue fácil hacerles ver la verdad. Entonces la organización recibió un golpe duro: el Señor S, el máximo dirigente de LOW, fue encarcelado por los infieles. Fue entonces cuando la organización se presentó ante el mundo y el verdadero cambio empezó.

Tengo que controlar todos mis músculos faciales para no saltar por encima de las sillas y empezar a gritar lo que pienso de su conquista intelectual. El resto de la tarde no hace más que poner mi paciencia al límite. Cuando llegamos a la habitación Dana explota.

-Me imagino el resto de mi vida así y me dan ganas de suicidarme-dice

Dana, nerviosa.

-No digas eso-contesto, ofendida.

-No debes ir en contra de LOW-dice Patrick. Nos quedamos todos callados al percibir el tono de la frase: no es con odio, es con protección. Nos miramos entre nosotros y acordamos mantener el silencio.

Las horas van pasando y el encierro se convierte en agonizante, con el plus de la falta de libertad de expresión. Patrick parece bipolar, cada media hora parece cambiar de su estado zen a favor de LOW a deprimido por la pérdida de sus padres. Los demás le observamos cómo si fuera un espécimen de laboratorio. Dana y yo murmuramos, con las cabezas muy juntas.

-No pensaba que fuera a ser así-dice-. Un par de horas y su cerebro parece haberse hecho puré.

-Ni yo-digo. Intento añadir algo más, ávida de compartir todas las emociones que he estado sintiendo en las últimas cuarenta y ocho horas, pero aún no soy capaz.

-¿Te pasa algo?-dice Dana. Tardo un segundo en entender que me habla a mi.

-No, no...-contesto.

-Puedes contármelo-replica. Alguna mueca debo hacer porque relaja su expresión y sonrío-. Cuando estés preparada.

-¿Y tu?

-¿Si estoy bien?-dice. Se ríe y asiente. Alguien aporrea la puerta y entra Paul. La tensión se apodera de la habitación y puedo oír cómo Karl sierra los dientes.

-Lo de esta mañana no debe repetirse-dice-, o habrán consecuencias. Karl puede decirnos que hacemos con las personas desleales.

-Cállate-le espeta Karl, levantándose. Los dos se miran con fuerza, con los ceños fruncidos. Mi cuerpo entra en alerta roja cuando los músculos de Karl se contraen más y más cada vez que coge aire. Cuando Paul arquea una ceja y adopta una expresión de burla pasa medio segundo para que Karl salte sobre de él, lanzándole un puñetazo. Un desagradable crack suena, pero Paul parece no inmutarse y con otro golpe derriba a Karl. Se sienta a horcajadas sobre él y le agarra del cuello. Cuando el rostro de Karl empieza a volverse morado le suelta y coloca su cara a dos

centímetros de la de él.

-Ten cuidado-escupe-. Tened cuidado. Todos -repite. Se levanta y se va.

-¿Estás loco?!-le digo.

-No entendéis nada-contesta.

-Porqué no nos lo cuentas-interviene Dana.

-Ahora no-dice Karl, que mira a Patrick por encima de nuestros hombros.

Al cabo de un rato, Patrick vuelve a entrar en estado de nervios y se encierra en el baño. A Karl le sangra un poco la nariz con lo que tenemos que curarle. Abigail observa el panorama sentada en la cama, impasible.

-Si dejamos de lanzarnos contra los lobos quizás sobreviviremos-masculla Dana, pasando un algodón por la herida de Karl.

-Es complicado controlarse, ¿Sabes?-contesta él.

-Nadie lo tiene fácil-interviene Abigail, haciéndonos callar a todos.

-La niña tiene razón-murmura Karl, suspirando.

-Deberías explicarnos qué sucede-dice Dana-. Como mínimo podremos apoyarte.

-Paul...-empieza Karl, desenfocando la mirada-. Paul vivía conmigo y mi abuela; sus padres eran drogadictos y los míos murieron hace mucho tiempo.

-De acuerdo...-dice Dana, con cuidado-. Vamos, sigue-le anima.

-Los padres de Paul apenas le visitaban y aparecieron en su decimosexto cumpleaños metidos hasta el culo de pastillas-explica, bajando la mirada-. Mi abuela los echó de la fiesta y tuvieron un accidente de coche de camino a casa. Paul la culpa a ella. Se marchó de casa tras prometer que nos mataría a todos y no volvió.

-Pero eso no tiene sentido...-digo, poniendo una mueca de incomprensión-. Tu abuela no tiene la culpa.

-¿Te crees que no lo sé?-replica Karl, riendo con ironía. La carcajada acababa en quejido.

-Lo que Alaia quiere decir...-empieza Dana, con mucho cuidado-, es que le

cuesta comprender porque Paul huyó.

-Yo tampoco lo sé-dice Karl-. Me gustaría entender porqué culpa a mi abuela.

-Es lo más fácil-murmura Abigail.

-¿Cómo dices?-le espeta Karl. Dana le pone una mano en el hombro.

-Calma.

-No, quiero saber qué dice-contesta Karl.

-A veces es más difícil reconocer que tus padres no valen nada que odiar a alguien que no lo merece-dice Abigail. Yo cierro y abro la boca, intentando averiguar los años mentales de Abigail; prácticamente habla mejor que yo-. Se llama mala gestión de los sentimientos.

-Vale...-balbucea Karl, con los ojos muy abiertos. Dana alucina en silencio. Antes de poder preguntarle a Abigail de dónde ha salido Patrick abre la puerta del baño y nos mira con el ceño fruncido. El párpado derecho le tiembla y parece estar debatiéndose entre muchas emociones. Se deja caer sobre el sofá y nos da la espalda girándose hacia el respaldo. Dana se encoge de hombros y restauramos el silencio que nos estaba acompañando.

Más tarde aparece Emna con bocadillos insípidos. Me acerco a ella para coger el mío y un golpe seco desvía mi atención a la puerta de la habitación de enfrente. Mi cerebro colapsa cuando descubre un agente de LOW tirado en el suelo con un cuchillo clavado en el pecho. Se me cae el bocadillo de las manos mientras dos chicos y una chica pelirroja corren hacia el ascensor. Al mismo tiempo que Abigail se acerca a ver qué sucede aparecen dos agentes de LOW con enormes pistolas. Tengo el tiempo justo de girar su cara hacia mi estómago antes de que tres disparos hagan estallar mis tímpanos. Emna nos empuja con brusquedad hacia el interior de la habitación, pero no lo suficientemente rápido como para evitarme la visión de la sangre brotando del pequeño cuerpo que hace dos segundos pertenecía a la chica pelirroja.

De nuevo encerrada en la habitación miro a mis compañeros y fijo la mirada en Abigail, que aprieta su estómago con ambas manos mientras contiene un ataque de ansiedad. Apoyo mi espalda en la puerta y resbalo hasta quedarme sentada en el suelo, derrotada. No sé si algo se ha roto en mi interior o si, al contrario, se ha puesto en marcha. Tampoco sé qué hacer con el temblor que se ha apoderado de mis manos o con mi hiperventilada respiración. Y no sé reconocer lo que les sucede a mis ojos hasta que me doy cuenta de que estoy llorando. Me toco la cara y me

sorprende que mis dedos se humedezcan. Siento pena, rabia, impotencia.

Es la primera vez que lloro en años.

Capítulo 3

Capítulo 3

El sonido del desbloqueo de la puerta inaugura nuestra segunda semana de cautividad en la habitación que se nos está empezando a quedar pequeña. Ni siquiera me molesto en levantar la mirada cuando Paul irrumpe en la habitación, como cada mañana, cargado con ropa interior limpia y algo con niveles nulos de nutrientes para desayunar. Esta mañana, pero, se ha levantado charlatán.

-Niños-dice, con algo de asco-. Segunda semana aquí. Vestíos con esto.

-¿Cómo?-murmura Dana a mi lado, somnolienta.

-No voy a repetírtelo-contesta Paul.

Tira fajos de ropa sobre mi cama y pongo los ojos en blanco. Paul clava su feroz mirada en mi y por un segundo me siento en peligro. Un sentimiento cruza su cara y, antes de que pueda averiguar cuál, se gira y se va.

El nuevo uniforme de presos consiste en unos pantalones negros, una camiseta de manga corta del mismo color y una chaqueta deportiva con las siglas de LOW bordadas. Parece de mejor calidad que el anterior y me odio al reconocer la comodidad de las nuevas deportivas. Abigail me trenza el pelo mientras desayuno. Parece haberse calmado y ese carácter maduro y perspicaz la ha poseído del todo. No duda a la hora de mostrarse leal a LOW y a ratos me inquieta la frialdad que hay debajo de su dulce mirada.

-Paul hace esto a propósito-murmura Karl, paseándose por la habitación vestido con ropa que le va dos tallas pequeña.

-Tienes las piernas más peludas que he visto jamás-ríe Dana, mordiendo una galleta.

-Gracias a ti también-contesta Karl, sonriendo con ironía.

-i¿Queréis parar?!-grita Patrick, que se ha puesto rojo y la vena de la cabeza le palpita con violencia.

-Tranquilo-le digo, tan ofendida por su reacción como preocupada. Cada día que pasa Patrick se vuelve más sensible a cualquier muestra de felicidad que ve; sus temblores y crisis nocturnas han desaparecido casi del todo y recita en sueños los vídeos de LOW. Es el único de nosotros que

está siendo influenciado por el lavado de cerebro, pero tampoco podemos hacer nada. Ya no. Intento apartar de mi mente el sentimiento de que es culpa mía, por no haberle rescatado, pero no puedo castigarme. Y más después de descubrir que, hoy en día, aunque mi mirada se escape a la pantalla donde pasan los vídeos, ya no pueden afectarme. Quizás sólo hacen efecto en un tipo de personalidades, o simplemente deberíamos habernos prestado al lavado de cerebro el primer día que pusieron vídeos. También me planteo que sea porque soy defectuosa y algo no funciona dentro de mi, pero cuando miro a Dana me parece una persona normal. Y ella no está influenciada. Aunque no la conozco, viendo la estampa que creamos Karl, Abigail y yo, parece la más cuerda de todos.

El ambiente en el hotel empieza a cambiar. La gente empieza a bajar las defensas y a sentirse a gusto rodeada de LOW. Parecen contentos de estar aquí, controlados por asesinos. Los primeros días me dije a mi misma que no podíamos ser los únicos no influenciados por LOW, pero parece ser que sí. O, mejor dicho, somos los únicos que no intentamos escapar, o cometer un acto suicida. Si queda alguien más sin influenciar, ha aprendido a pasar desapercibido. Y sí, los demás han muerto. A veces, dentro del hotel, resuenan solitarios disparos acompañados del consecuente olor a desinfectante para limpiar la sangre derramada.

Me he pasado toda la vida ignorando bombas y explosiones, viviendo con ese eterno sonido; pero ahora soy incapaz de pasar por alto los disparos del exterior. En la soledad de nuestra habitación siento cada alma que desaparece. Un disparo, una muerte. Y me duele. Y me enfada. Ese vacío existencial en mi interior se está llenando de odio hacia LOW. Ellos intentan crear a alguien leal, pero conmigo está pasando lo contrario. Jamás me había imaginado rindiéndome ante LOW, pero tampoco yendo en contra; y ahora cada minuto que pasa me hace tener más ganas de retorcer los cuellos de aquellos que han provocado este desastre. Cada vez que logro alcanzar una brizna de mi antigua personalidad, se esfuma, y me deja con la gran duda ¿qué está aflorando dentro de mi interior? ¿Quién soy?

Con todo este cóctel de emociones bajamos a la sala de actos, dónde se está amontonando la gente. Pillo a Paul mirándonos, le sostengo la mirada durante unos segundos que se tornan incómodos. Al final cedo ante la insistencia de esos ojos marrones, duros y fríos, y desvío mi foco de atención. Dan camina por el escenario con confianza, vestido de forma impecable, como ya es costumbre. Atiende una llamada y le hace señas a un agente para que se le acerque; tras murmurar algo a su oído se gira hacia todos nosotros y sonríe. Un escalofrío me recorre cuando concibo, durante un ínfimo segundo, el futuro que me espera.

El resto de la semana se sucede de manera extraña. Nos dejan andar a nuestras anchas por el hotel y la libertad me sabe amarga. Por la noche suenan menos disparos, pero durante el día no paran de pasar camiones

que rebosan cadáveres. Tengo que alejar a Abigail de la ventana cada dos por tres; la situación ya es suficiente traumática de por sí como para añadir leña al fuego. Y, aunque esté pasando desapercibida, me siento en constante control, por Paul, por Emna, por todos los agentes que caminan arriba y abajo del hotel. Pero creo que la confianza en nuestra lealtad ya no es el factor principal de este control: es LOW; su manera de ver el mundo y su obsesión por controlar todos los aspectos de la vida de sus súbditos.

A veces (sólo a veces) pienso en mis compañeros de la casa de acogida. No me he cruzado con ninguno de ellos. Me duele un poco no haber desarrollado la suficiente sensibilidad hacia ellos como para preocuparme sobre su paradero; pero tras los últimos avances en mi carrera hacia la normalización de mis sentimientos, he de reconocer que me alegraría saber que están bien.

De todos modos, el cariño que siento hacia Dana, Abigail e incluso Karl se hace más intenso cada día. No me miran extraño cuando me aílo en una esquina de la habitación, o no me llaman rarita por no decir más de dos palabras seguidas. He encontrado algo que no sabía que tenía: la confianza en mi misma. De hecho, no tenía ni un poco, pero ellos me están haciendo ver que no está tan mal ser yo.

Me desestabiliza estar encontrando estabilidad dentro de esta situación, pero visto que no hay nada que pueda hacer y que va para largo, no me queda más opción que no sentirme mal y disfrutar de la oportunidad que me brinda el presente.

A veces es agotador sentir tantas emociones, que sean tan contradictorias entre sí y no volverse loca.

-¿No es frustrante?-digo, de pronto. Dana y Karl intentan ocultar su sorpresa al ver que estoy empezando una conversación.

-¿El qué?-pregunta Karl.

-Me gustaría huir-murmuro-, pero no sabría dónde ir. Me gustaría acabar con todo esto, pero no sé cómo.

-No quiero sonar brusco...-empieza Karl.

-Siempre sueñas brusco-le corta Dana, mirándole con intención.

-Bueno-dice, haciendo una mueca con los labios-, lo que intentaba decirte es que, de momento, intenta llegar viva a tu siguiente destino.

-Si ni siquiera sé dónde iré.

-A eso me refería-contesta.

-Lo que Karl intenta decir-interviene Dana-, es que vayas paso a paso.

-Lo que quieren decir-dice Abigail-, es que como pasas desapercibida, de momento tus días no están contados, así que no te precipites.

-Creo que lo he entendido-digo-, hace rato.

-No te enfades-me murmura Abigail dándome un abrazo. El contacto me sorprende pero lo recibo con cariño.

-No me enfado.

-Eres borde-dice Karl.

-¿En serio?-pregunta Dana, con ironía. Abigail ríe, pero se ve interrumpida por el sollozo de alguien. Patrick nos mira desde la puerta, acaba de llegar. Abro y cierro la boca, intentando saber qué decir.

-No puedo más-dice. Entonces me fijo en sus ojos, inyectados en sangre, y en su hiperventilada respiración. Un mal presentimiento me recorre la espina dorsal.

-Patrick, cálmate-digo, atropellando las palabras entre sí.

-¿Cómo quieres que me calme?-dice Patrick, en un tono demasiado tranquilo. Empieza a gesticular y a buscar la manera de decir lo que siente, pero sólo es capaz de sollozar de nuevo y de agarrarse el pecho como si se estuviera ahogando. Nos mira y avanza hacia nosotros. Cojo a Abigail y, de forma instintiva, la coloco detrás de mi en el extremo más alejado de él-. Me he convertido en uno de ellos-dice, haciendo que la saliva salga despedida de su boca. Señala hacia el pasillo y habla intentando susurrar, pero acaba siendo un grito-. ¡He dejado que me laven el cerebro!

-Patrick...-dice Karl, acercándose a él con cautela. Patrick no duda en pegarle un puñetazo y Karl cae al suelo con la nariz sangrando. Dana salta hacia ellos, pero Patrick se escurre y corre hasta la ventana. La abre y me mira, no sé si gritándome con la mirada que le ayude o pidiéndome perdón por lo que va a hacer. Antes de que pueda reaccionar, mira a Dana y Karl y se deja caer hacia atrás. En ese preciso instante mi cuerpo se lanza hacia la ventana, estirando la mano como si aún pudiese salvarle la vida. Suena el impacto del cuerpo contra el suelo y no me atrevo a mirar. En su lugar, me giro hacia el interior de la habitación y observo a mis compañeros. Abigail llora en silencio y Dana y Karl son incapaces de

articular movimiento o palabra. Llega Paul, con la respiración entrecortada y se queda unos segundos en silencio, contemplando la escena e intentando atar cabos.

-¿Qué ha pasado?-dice. Nadie responde-. ¡¿Qué ha pasado?!

-¡Se ha suicidado!-grita Dana, al borde de explotar. Soy la única que parece poder mantener los sentimientos bajo control.

-Patrick ha saltado por la ventana-digo, sorprendiéndome de lo serena que suena mi voz.

-¿El chico pelirrojo?-pregunta, como si no supiese de quién hablo.

-Sí, él-digo.

-Acompáñame-dice.

-¿Yo?-pregunto.

-¿Prefieres que alguno de ellos haga el reporte?-me espeta, señalando con la barbilla a los demás. Karl se aguanta la nariz mientras sigue sangrando, Dana intenta controlar sus nervios y jamás se me ocurriría enviar a Abigail. Puede ser madura, pero sigue siendo la más pequeña y debo protegerla.

-De acuerdo-digo. Tengo un deja vu al seguirle a través de los pasillos.

-Ya sabíamos que era débil, pero hasta ahora su evolución había sido positiva-dice Paul, más para él que para mi. Subimos varias plantas y me conduce hasta un despacho. Llama dos veces y entra. Es el despacho de Dan.

-¿Qué ocurre?-pregunta Dan al verme.

.-Tenemos un 812-contesta Paul. Dan chasquea la lengua.

-Vaya, que pena-dice, sin nada de sentimiento. Lo dice como quien pierde un calcetín. Saca un papel de uno de los cajones y me lo extiende junto a un bolígrafo-. Rellena esto.

-¿Qué es?-digo.

-Sólo es un sencillo procedimiento para reportar lo ocurrido-contesta. No hago más preguntas y relleno el estúpido papel: fecha, hora, cómo ha ocurrido, quién y por qué. A lo último no sé qué contestar. Opto por poner "disconformidad con el presente". La respuesta parece hacerle algo de gracia a Dan, pero archiva el papel. Y, sin más, Patrick ya no existe para

LOW. Uno menos. Salimos del despacho y no soy capaz de reprimirme.

-Necesito irme de aquí-le digo a Paul. Se queda quieto y me mira.

-¿Cómo dices?

-Quiero irme.

-¿A dónde?

-Dónde sea que tenga que ir para ser militar.

-Esto no funciona así-dice.

-Me voy a volver loca.

-¿No estamos todos locos ya?

-Paul, lo digo en serio-digo, temiendo estar cometiendo el mayor error de mi vida-. Necesito avanzar. Servir. Colaborar con LOW.

-Guárdate eso para los jefes-contesta, en un murmullo. Su postura se relaja y se cruza de brazos-. ¿Y qué propones?

-No sé.

-¿Pretendes que te ayude?

-Sí.

-Ajá-dice, esbozando algo parecido a una sonrisa. Y en este momento me doy cuenta de que, detrás de toda esas expresiones duras, es un chico guapo, con su mandíbula cuadrada y ojos oscuros y profundos. Suelta un suspiro y parece que le he convencido-. A ver qué puedo hacer.

-Vale-digo. Vuelve a entrar en el despacho y los minutos pasan como horas. No sé lo que acabo de desencadenar, pero me siento más segura que en la habitación contemplando el suicidio.

Algo se remueve en mi interior al recordar lo que acaba de suceder y me pregunto si, en parte, me siento culpable por la muerte de Patrick. Podría haber hecho más. Podríamos haberle ayudado, en vez de dar por hecho que era un caso perdido. Me siento sucia, narcisista. Paul rompe el hilo de mis pensamientos.

-Está hecho-dice-. Nos vamos mañana.

-¿Nos?

-Sí, en plural-contesta-. ¿Algún problema?

-No.

-Vale.

-¿Puedo pedirte un favor?

-Querrás decir otro.

-No importa.

-Dímelo-dice, en tono seco.

-No.

-Entonces mañana te quedas aquí.

-¿Me estás haciendo chantaje?

-Sí-contesta, con sencillez.

-Me gustaría ir a buscar algunas cosas a mi antigua casa-murmuro, sin ser capaz de inventar alguna excusa-. Ya sé lo que has dicho antes...

-Esa foto era importante para ti-dice, como si fuese una reflexión muy complicada de hacer.

-Sí.

-Y supongo que quieres otra.

-Sí.

-¿Y qué excusa ibas a poner?

-No he pensado ninguna.

-Tienes suerte de que sea yo y no Emna-dice, andando hacia el ascensor.

-¿Por qué?

-Ella duda menos a la hora de matar-me espeta. Siento un instante de pánico y me echo un paso atrás. Paul se ríe y me sorprende tanto que me

horrizo más-. No te voy a matar. Demasiado fácil.

-¿Perdona?

-Vamos a ver cuánto tardas hasta descubrirte y matarte sola.

-Eso no va a pasar.

-Ya veremos-dice-. Si sucede estaré ahí para verlo, bien acomodado en mi silla y comiendo palomitas.

-¿Entonces vamos?

-Sí-contesta-. Considera esto como la última cena de un preso condenado a pena de muerte.

-¿Vas a parar?

-No. Vamos.

Bajamos a la planta principal y, tras una rápida visita al cuarto de los agentes, dónde Paul me da una chaqueta y se arma, salimos al exterior. El contacto con el aire libre me marea unos segundos y pierdo la orientación. Aún quedan vestigios del invierno en el ambiente: frío y húmedo. Caminamos por las calles desiertas, dónde no queda ni un alma. Eso sí, el suelo está lleno de sangre derramada. Agradezco no ver más cadáveres, pero las fantasmales manchas rojas me provocan escalofríos. Camino dos pasos por delante de Paul cuando oigo el sonido de un mechero.

-¿Qué haces?-digo, olvidando por un momento quién es y bajando la guardia.

-Fumarme un cigarro.

-¿Puedes hacerlo?

-¿Sabes?-dice-, el día que llegaste leí tu ficha. Supe que, o bien acabarías muerta durante la primera semana, o aprenderías a pasar desapercibida.

-¿Cómo?-pregunto, intentando normalizar el hecho de estar hablando con un agente de LOW sobre mi no-rendimiento ante ellos.

-No es fácil crecer sin familia. Aprendes a moldearte a cada situación.

-Tu tenías familia-salto, sin poder reprimirme. Paul se para y cierra los ojos mientras. Su pulso se acelera y mueve el cuello hasta que parece

retomar el control sobre si mismo.

-Ten cuidado con lo que dices-murmura-. Yo estoy aquí porque no tuve elección; salí de un agujero de mierda para meterme en otro agujero de mierda. Pero al menos aquí sobreviviré.

-Pero...-empiezo.

-¡Calla!-grita. Cierro la boca y camino en silencio-. Métete en tus asuntos.

Hacemos el resto del camino sin cruzar palabra. Paul me ha sorprendido con la confesión. Quizás, después de todo, sólo es un capullo que intenta sobrevivir (lo de capullo es inamovible).

Llegamos a mi casa de acogida y he de tragar saliva al ver el desolado edificio. Si antes ya parecía estar en estado de demolición, ahora parece un montón de basura. He de subir a oscuras hasta mi habitación, intentando no ponerme melancólica.

-¿No teníais luz?

-No-contesto-. ¿Por qué hay luz en el hotel? Y agua.

-LOW tiene sus propios recursos.

-Ah-digo, distraída. Cojo una mochila de mi armario y la lleno con un par de tejanos y jerséis.

-No vas a necesitar nada de eso-dice Paul, con un punto de burla en la voz.

-Déjame.

-¿Qué es esto?-pregunta, cogiendo varias medallas que cuelgan del cabezal de mi cama.

-Métete en tus asuntos-le espeto, poniéndome a la defensiva.

-Eh, eh, tranquila-dice, divertido-. Así que quedaste primera en la competición de natación del año 2034. Enhorabuena.

-Ya está-digo, ignorándolo. He conseguido coger la otra fotografía que tengo de mi madre, guardada a conciencia en el fondo de un baúl. Necesito llevarla cerca. Cerciorarme de que no la olvido. El simple hecho de saber que no voy a volver jamás aquí me da ansiedad, y no puedo dejarla atrás.

-Esto es bonito-dice Paul, con burla. Paso por su lado y bajo las escaleras, dispuesta a irme.

La vuelta al hotel se produce en silencio. No voy a intentar entender la psicología de Paul, simplemente voy a agradecer los detalles que tenga de humanidad. Me falta capacidad para expresar lo que significa tener esa fotografía conmigo y sólo con que me permita tenerla sin meterme una bala en el cerebro es suficiente. No necesito explicaciones ni justificaciones.

-Mañana te vendré a buscar después del desayuno-me dice Paul al llegar al hotel-. Debes estar preparada, ¿Entendido?

-Sí-digo. Paul se gira hacia el ascensor, dispuesto a irse-. Oye.

-¿Qué?

-Gracias.

-No seas cursi-contesta, con un tono que podría considerarse ofensivo-. Compórtate.

-Entendido-digo. Paul no se gira lo suficientemente rápido como para disimular la sonrisa que se le ha escapado. Sacudo la cabeza, alejando todas las dudas que me está creando su comportamiento. Entro en la habitación y me encuentro a mis tres compañeros sentados en la cama de matrimonio.

-Pensábamos que no ibas a volver-dice Abigail. Dana se atraganta.

-No es verdad.

-Sí lo es-corrobora Paul.

-Oye-digo-, no pasa nada. Yo hubiese pensado lo mismo.

-¿Entonces?-pregunta Dana.

-¿Qué?

-Te está preguntando qué ha pasado-interviene Karl, con su ya (muy) habitual tono.

-Nada-contesto. Karl pone los ojos en blanco, exasperado por mi falta de comunicación. Entiendo que es uno de esos momentos que requieren más de una palabra-. He rellenado un papel explicando lo que ha sucedido.

-Me siento un poco mal-reconoce Dana-. Por él, por Patrick.

-Siento decirte que no podemos hacernos cargo de todos aquellos que se dejan abducir-murmura Karl.

-¿Por qué eres siempre tan desagradable?-pregunta Abigail. Karl vuelve a poner los ojos en blanco y Abigail acentúa más su mirada de reprobación. Dana y yo, a su vez, seguimos alucinando con las salidas de la niña.

-Mañana me voy-suelto.

-¿Qué dices?-me espeta Karl.

-¿A dónde?-dice Dana.

-No sé-digo.

-Alaia, sé que tu punto fuerte no es la palabra, ¿Pero podrías darnos más detalles?-dice Karl, con falsa simpatía y pasándose una mano por el pelo.

-Pues me voy a dónde sea que van los militares-contesto.

-¿Tan pronto?-murmura Abigail, haciendo un mohín con los labios.

-Necesito salir de aquí.

-Todos-contesta Karl. Me quedo en silencio. Dana opta por ser más compasiva. Se acerca a mi y me abraza.

-Sigue tu camino-dice.

-Dana, no seas tan jodidamente espíritu...

-Calla-le susurra Abigail. Yo estoy disfrutando del abrazo e ignoro a Karl. Algo en mi se mueve y tengo un arrebató de ternura.

-Os voy a echar de menos-digo.

-Y nosotros a ti-dice Dana.

-Yo no-murmura Karl. Dana le pega una colleja y parece relajarse.

-Necesitas dormir-le digo a Dana. Tiene profundas ojeras debajo de los ojos hinchados de llorar. Sé que lo de Patrick nos ha afectado de forma distinta. A ambas nos ha afligido, sí, pero a mi me ha llenado de fuerza para seguir hacia delante. Y tengo un objetivo, uno muy claro. No puedo dejar la vida pasar mientras todo se destruye a mi alrededor, mientras personas van muriendo, mientras todo se reduce a la nada. No tengo un

plan.

O sí; llegar a lo más alto y, luego, matar al responsable de todo esto.

Capítulo 4

Capítulo 4

Sus rizos me acarician la cara. El sol tuesta mi piel mientras su aliento me acaricia la mejilla. Me siento en casa; segura. Abrazo el cuerpo que me acuna. Felicidad. Levanto la mirada y ahí están esos ojos verdes, profundos, llenos de vida. Esa sonrisa que me ilumina. Y dice mi nombre y me reencuentro con lo que perdí hace tantos años. Ese reflejo de mi misma que se suponía que iba a ser mi guía. Llega la oscuridad. Algo me aparta de ella, grito pero nadie me escucha. Pensaba que el grito era mío, pero no, es suyo. Hay sangre. Mucha. Y, entre todo el caos, una risa. Es cuando contemplo el cadáver de mi madre que sé que estoy soñando. Me despierto con un grito atragantado y la risa de mi padre martilleando mi cabeza. Paul me observa desde la puerta de la habitación y parece descolocado. Se recompone en un par de segundos y me tira un fajo de ropa.

-Vístete, nos vamos en diez minutos-dice. Se va sin decir nada más y me visto mientras mis compañeros se despiertan.

-Esto se me va a hacer muy extraño-dice Dana.

-Incluso a mi-murmura Karl.

-Te voy a echar de menos-dice Abigail, abrazando mis piernas. No sé cómo reaccionar, pero me deshago de la coraza unos momentos y le acaricio el pelo.

-Y yo.

-Nos volveremos a ver-asegura Dana, más para sí misma que para mi.

-Eso no lo dudes-digo.

-¡Alaia!-grita Paul desde el pasillo, aporreando la puerta. Miro a mis compañeros; o, mejor dicho, a mis amigos, y estoy feliz de haberlos encontrado. El momento sentimental aún me dura y abrazo a Dana y a Karl. Salgo de la habitación sin mirar atrás-. ¿Te vas a poner a llorar?

-No.

-Ah-dice Paul-. Vamos.

-¿Dónde vamos?

-A una de las bases de LOW-contesta. No hago más preguntas porque entramos en el ascensor con más agentes de la organización. Bajamos hasta el vestíbulo y Paul hace señas a un compañero suyo-. Ella es la última de hoy.

-¿Quién es?-pregunta, mirando entre varias hojas de papel que lleva en las manos-. Alaia Corwell, ¿Verdad?, dieciséis años.

-Sí-contesto. Le seguimos al exterior, donde hay aparcado un minibus. Subimos y tomo asiento junto a Paul al fondo de todo. En los asientos de delante se encuentran varios bebés, todos extrañamente dormidos, y en el resto hay sentados niños y niñas de distintas edades. En la parte trasera hay cinco chicos y chicas que parecen más de mi edad. Todos están relajados, menos mi interior. El agente que nos esperaba en el vestíbulo se pasea por el pasillo comprobando que todo el mundo esté en su sitio. Cuando termina, nos mira a todos y coge un micrófono.

-LOW os da la bienvenida y os agradece haber tomado el camino correcto-dice. Me entran ganas de vomitar de lo ridículo y repulsivo que suena lo que acaba de decir.

-¿Tenías una pesadilla?-me pregunta Paul, al cabo de un rato.

-¿Te importa?-contesto, siendo más brusca de lo pretendido.

-No.

-Vale.

El autobús recorre las calles de lo que fue mi ciudad a una velocidad vertiginosa. Pronto cruzamos las derruidas murallas y nos adentramos en la absoluta nada que rodea la metrópoli; el más absoluto desierto, provocado por la guerra. El sol va surcando el cielo a medida que avanza el día, igual que nuestro viaje. Las horas se suceden entre sí y yo me muevo entre el mundo inconsciente y el presente. Paul se mantiene despierto, mirando al frente. De vez en cuando comprueba el enorme reloj que lleva en la muñeca. Me descubre mirándolo y esboza una media sonrisa de superioridad.

-¿Conoces algún artilugio tecnológico?- pregunta

-El teléfono.

-No cuenta.

-Entonces no.

-Vaya-dice pasándose una mano por el pelo, recordándome a Karl.

-¿Qué?

-Esto es un Tabox-explica.

-Vale.

-He visto que lo mirabas, no disimules.

-No.

-¿Sabes decir más de dos palabras seguidas?

-No-contesto. Paul se pone serio y temo haberle enfadado-. Sí.

-Eres odiosa-murmura.

-¿Por qué me hablas?-digo. Paul se pasa la lengua por el interior de la boca, visiblemente molesto. Gira la cabeza hacia otro lado y me ignora el resto del viaje. No entiendo qué necesidad hay de comunicarse conmigo. Es un agente. Aunque a ratos temo que si, al estar enfadado, significa que me va a descubrir. Hay algo extraño en la manera que me trata, en la manera que está cambiando al mismo tiempo que también cambio yo, pero no me interesa saber el porqué; suficiente acojonada estoy como para preocuparme por los cambios de personalidad de un asesino.

Sé que estamos llegando cuando alguien suelta una exclamación ahogada. Miro por la ventana y, primero, pienso que estamos yendo directos hacia una montaña. Pero no, al fijar mejor la vista me doy cuenta de que esas enormes y altas paredes corresponden a una muralla que se extiende a lo largo más de lo que mis ojos pueden abarcar. La sombra que crea la fortificación pronto nos alcanza. Lo que al principio parecían cientos de puntos negros se convierten en franco tiradores y el destello que sobresalía sobre las murallas se convierte en el edificio más alto que he visto jamás.

El nerviosismo se instala en la base de mi estómago. Siento que me estoy adentrando de forma directa en la boca del lobo. Esto puede salir o muy bien, o muy mal. Paul se remueve a mi lado y me pregunto qué le estará pasando por la mente. Mi cuerpo se pone en tensión de manera involuntaria cuando una agente, totalmente armada y equipada, entra en el autobús y comprueba todas las identidades.

Cruzamos las gruesas murallas bajo la atenta mirada de cientos de agentes y, oficialmente, entro en el mundo de LOW. El autobús nos deja

delante de un edificio de una planta, sin ninguna indicación de lo que es. Una mujer nos observa desde la puerta y nos conduce al interior. Mis ojos tardan unos segundos en acostumbrarse a la dura luz que ilumina el interior, completamente blanco. Es tan impoluto, sobrio y aséptico que me incomoda.

-¿Qué pasará ahora?-le digo a Paul.

-Os van a hacer un reconocimiento-contesta, sin mirarme.

-¿A ti también?-pregunto.

-¿Ahora me hablas?-dice. Se cruza de brazos y mira hacia otro lado. Me quedo mirándole hasta que se rinde y suspira-. No, a mi no. LOW ya me tiene registrado.

-Estoy nerviosa, lo siento-murmuro.

-¿Por eso eres así?-dice.

-¿Así como?

-Pues así. Borde.

-¿Yo soy borde?

-Sí.

-Prefiero no contestar-digo.

-Antes eras una prisionera-dice, acercándose a mi oído-. Ahora te has convertido en mi compañera.

-Paul, has sido desagradable conmigo.

-Es mi trabajo.

-¿Alaia Corwell?-pregunta la mujer que nos ha recibido. Me levanto y, para mi sorpresa, Paul me sigue. Bajamos unas escaleras y entramos en una consulta médica.

-Buenas tardes-dice el hombre que hay sentado tras una mesa. Me invita a tomar asiento y empieza el interrogatorio más a fondo que me han hecho jamás: desde mi fecha de nacimiento hasta mis huellas dactilares pasando por mi grupo sanguíneo-. De acuerdo, ahora desnúdese.

-¿Cómo?-inquiero. El hombre ve mi disimulada mirada a Paul y levanta

una ceja.

-Señorita, no creo que tenga nada que este hombre no haya visto antes-dice. La frase no hace otra cosa que incomodarme aún más, pero hago lo que me dice. Se podría decir que no describiría una situación idílica como estar desnuda delante de dos hombres pertenecientes a LOW. Me hace sentir extremadamente vulnerable.

Así que, desnuda e incómoda, el doctor pasa a realizarme todo tipo de pruebas físicas: reflejos, densidad muscular, el índice de grasa en mi cuerpo, me coloca delante de una pantalla gris y, con algo parecido a unas gafas, parece estar investigado el interior de mi cuerpo, me comprueba la vista y me saca sangre para pasarla por una máquina que determina que estoy "limpia".

-Póngase esto-me ordena, pasándome unos pantalones cortos y un sujetador de deporte. Se gira y cruza una puerta que hay en una esquina; le imito y me encuentro en una sala igual de impoluta que la anterior con una cinta de correr en el medio-. Suba.

Me coloca miles de cables por todo el cuerpo y me indica que simplemente he de correr hasta que no pueda más. En otras palabras, es una prueba de resistencia. Cuando el médico y Paul se colocan detrás de un cristal y encienden varias máquinas sé que la verdadera carrera hacia mi objetivo empieza aquí, sobre esta cinta. Estoy más preparada que nunca para dar lo mejor de mi cuando el temporizador que hay en frente de mi hace la cuenta atrás.

Mi cuerpo se activa y mis piernas empiezan a moverse. Puedo notar como mis músculos se han acartonado un poco durante estas dos semanas, pero puedo controlar perfectamente mis extremidades. Y corro. El sudor no tarda en empezar a caer por mis sienes. Cuando el temporizador marca veinte minutos siento un ligero calambre en la pierna derecha, pero no me detengo. Treinta, treinta y cinco, cuarenta, cincuenta. Cuando supero la hora empiezo a estar demasiado cansada y la adrenalina que me ha proporcionado el reto y la situación empieza a evaporarse. El resultado final es una hora y nueve minutos.

-Bastante impresionante-murmura el doctor al entrar en la habitación, acompañado de su bloc de notas y de Paul. Yo aún estoy recuperando la respiración e intentando que el sudor no me entre en los ojos, pero me siento orgullosa-. Normalmente vienen en mal estado.

-¿Hemos terminado?-digo, rezando porque no hayan más pruebas.

-Sí-concluye él-. Creo que vamos a tener una buena incorporación al

cuerpo militar.

Cuando salimos del edificio el aire me hace tiritar, y Paul me sorprende pasándome su chaqueta. Caminamos en silencio y, como parece que no está dispuesto a entablar conversación, disfruto de no tener que socializar; estoy demasiado cansada como para encadenar una simple palabra. Sigo a Paul, que parece saber dónde vamos. Nos cruzamos con cientos de agentes que ignoran nuestra presencia, pero no puedo parar de analizar el nuevo entorno en el que estoy. Hay algo frío.

-Esto es la residencia-dice Paul, cortando el hilo de mis pensamientos cuando entramos en el segundo edificio más alto de la base. El vestíbulo es, de nuevo, completamente blanco. El mobiliario se reduce a la variedad cromática del gris y del negro. La sobriedad del entorno me produce una extraña opresión en el pecho. Me doy cuenta que este es el mundo que LOW quiere cuando me fijo en que nadie sonríe, ríe, o expresa emoción más allá de la seriedad. El ascensor refuerza aún más esa sensación de claustrofobia que me provoca el ambiente. Subimos hasta el piso veinte y sigo a Paul por el interminable pasillo.

-Esta es nuestra habitación-dice Paul, abriendo con una llave (que no tengo ni idea de dónde la ha sacado) la puerta número 20100.

-¿Nuestra?-pregunto, entrando en la habitación y suspirando, una vez más, por la sobriedad que desprende.

-Sí-dice. Alguna emoción debe cruzarme el rostro porque Paul se acerca a mi oreja-. Tranquila, no puedo hacerte daño-murmura. Noto que levanta la barbilla, señalando algo detrás de mi. Me giro y una cámara está mirando en mi dirección. Paul se deja caer sobre una de las dos camas y coloca sus brazos detrás de la cabeza-. Bienvenida a LOW.

Capítulo 5

Capítulo 5

Después de comprobar que la cámara sigue todos mis movimientos me siento más desnuda que cuando no llevaba ropa delante de dos hombres. Me giro, frustrada, y echo un vistazo a lo que será mi hogar durante un número indeterminado de meses. Dos camas, dos armarios y una pequeña estantería son el único mobiliario de la habitación. Entro en el baño y me ilusiono unos segundos al no encontrar una cámara, pero maldigo en silencio cuando encuentro varios micrófonos.

-¿Qué tal?-dice Paul.

-De maravilla-contesto-. Voy a ducharme.

-No tienes tiempo-dice, mirando su Tabox-. De hecho, haces tarde a la charla de bienvenida.

Salimos prácticamente corriendo del edificio. Dos calles más allá hay una pequeña aula delante de un campo de tiro. Entramos y un grupo de quince adolescentes se revuelven inquietos en sus sillas mientras una mujer y un hombre nos observan.

-Alaia-dice la mujer-, te estábamos esperando-. Me sobresalta que sepan mi nombre, pero entonces recuerdo que lo saben todo sobre mi.

-No permitiremos más retrasos-interviene el hombre, serio. Los dos van uniformados-. Soy el Coronel Kiri y ella la Teniente Coronel Avery. Somos vuestros superiores e instructores y, a efectos prácticos, también vuestros jefes.

-Este grupo está formado por aquellos que habéis llegado a la base en las últimas dos semanas. Os vamos a dividir en grupo A y B dependiendo de vuestras puntuaciones en el examen médico-explica la Teniente Coronel Avery. Cortan la explicación para hacer los grupos; yo estoy en el A.

-Recibiréis una copia del horario-dice el Coronel Kiri-. No se admiten retrasos y se exigen buenos resultados.

-Los que no alcancen el nivel necesario serán recolocados dentro de la estructura de LOW-interviene la Teniente Coronel-. Debéis entender que somos uno de los organismos más importantes de la organización; de nosotros depende la correcta exterminación de aquellos que no han elegido el camino correcto. Nosotros estamos creando un mundo nuevo y

requerimos a los mejores profesionales.

-Tenéis la tarde libre-dice el Coronel-, pero para tener una primera toma de contacto con vuestro futuro, debéis escoger vuestra arma.

Salimos al exterior y entramos en una de las casetas que hay en el campo de tiro. Espero fuera mientras todos eligen sus armas; soy la última en entrar. Hay cientos y cientos de pistolas colocadas en largas filas, pero una en concreto llama mi atención.

-Una Glock 17, 9 milímetros...Buena elección. Me sorprendes cada vez más- me dice Paul.

-¿Buena elección?

-Era la más usada por los policías. Te irá bien.

Miro la arma y me doy cuenta de que es mía.Y me asusto un segundo.La guardo en su funda y me ato el cinturón. Es más ligera de lo que pensaba y me siento contenta con mi elección.

-Apretar el gatillo contra un agente de LOW y moriréis de la misma manera- está diciendo el Coronel Kiri cuando salgo. Hace una pausa y esboza una sonrisa que me pone los pelos de punta-. Vamos a ver qué tal lo hacéis.

Nos colocan por grupos y van llamándonos por nuestros apellidos. Mi turno llega enseguida, pero me siento segura. No me gusta caer en estereotipos o prejuicios, pero al crecer en una casa de acogida he conocido personas y vivido experiencias de todo tipo; entre ellas, disparar un arma. Aún así, cuando me preguntan si he disparado alguna vez digo que no, ya que siempre lo he hecho bromeando y si, por obra del destino me sale bien, quiero que piensen que es por naturaleza.

De todos modos, he de rescatar la información de cómo se dispara una pistola mientras me coloco en la línea blanca que cruza el césped a unos veinte metros de la diana. Desenfundo la pistola y la cojo con ambas manos al mismo tiempo que noto como todos los ojos están sobre mi. En lugar de ponerme nerviosa, mi confianza aumenta. Levanto el arma y me coloco en posición, con las piernas separadas. Veo a la Teniente Avery acercándose a mi y saco el seguro de la pistola antes de que me lo indique. Controlo mi respiración, exhalo todo el aire que hay en mis pulmones, apunto y apreto el gatillo. La sacudida que me provoca el disparo hace que mueva un poco los brazos, desviando el itinerario de la bala. Aún así, ha traspasado el círculo anterior al centro de la diana. Bajo los brazos, satisfecha.

-No está nada mal- comenta la Teniente Avery.

-Paul fue un regalo cuando llegó, pero parece haber vuelto para traernos uno mejor-dice el Coronel Kiri. Veo como Paul sierra los dientes disimuladamente y me siento culpable.

Cuando volvemos a la habitación y me dejo caer en la cama me doy cuenta de que Paul está raro (más, si cabe). No para de caminar por la pequeña habitación, con el ceño fruncido y apretando los puños.

-Di ya lo que piensas-le digo. Él me mira y se queda quieto. Suspira y apoya su costado izquierdo en la pared, dándole la espalda a la cámara de vigilancia.

-Déjame en paz- contesta, moviendo los labios y casi sin usar la voz.

Me levanto, furiosa, con la determinación de pegarme una ducha. Al abrir el armario para coger una muda de ropa, descubro un bañador y un gorro de piscina. No lo pienso dos veces y me cambio. Me voy de la habitación dando un portazo. Cada vez que Paul se aleja un paso de ser un estúpido agente de LOW, luego se acerca dos. No deberían importarme sus cambios de humor, o si quiere hablar conmigo o no, pero por alguna extraña razón lo hace. Y no sé si me enfada más eso que su actitud.

Necesito desconectar un poco de la realidad, así que me centro en mi tarea de encontrar la piscina. Al final opto por preguntar a una chica que me cruzo en el pasillo y, aunque me contesta sin apenas mirarme a los ojos, consigo llegar a mi objetivo. La piscina es, por lo menos, de tamaño olímpico. Está vacía a excepción de un chico haciendo estiramientos en uno de los bordes. Me coloco el gorro y entro en el agua.

Estoy nadando cerca de una hora. Mi cuerpo apenas procesa lo mucho que estoy disfrutando. No veo una piscina desde que era pequeña; la guerra nos dejó sin el dinero necesario para mantener la municipal. Era uno de mis deportes favoritos y, por un instante, me siento llena al poder practicarlo. Mis músculos están un poco doloridos después del esfuerzo de esta mañana, pero la excitación por estar en una piscina es tal que no se quejan. Salgo del agua hiperventilando, pero satisfecha. Por un segundo, ínfimo, el drama de LOW ha quedado lejos; todas las cosas que he visto en las últimas dos semanas se han esfumado, la espina que tengo clavada por la muerte de Patrick ha desaparecido y, también durante un minuto, me he sentido en paz. Pero al mismo tiempo que mi piel se pone de gallina por el cambio de temperatura la realidad vuelve. Me envuelvo con la toalla y voy directa al ascensor. Cuando las puertas están a punto de cerrarse aparece una mano por la pequeña abertura que queda y se separan de nuevo. Es el chico que estaba nadando; musita una disculpa y se coloca a mi lado. Le observo de forma disimulada mientras ascendemos. Tiene el pelo negro y lo suficientemente largo como para

tenerlo un poco enmarañado. Las gotas resbalan por las angulosas facciones de su cara; espesas cejas negras coronan unos grandes ojos de color gris claro. La mandíbula y los pómulos bien marcados hacen que tenga una belleza fácil de apreciar. Además es más alto que yo y se ve a simple vista que es deportista. Me pregunto cuánto tiempo lleva aquí, cuál es su historia, por qué su mente parece estar en cualquier sitio menos en este ascensor. Se abren las puertas en el piso 19 y el chico se va, murmurando un distraído adiós. Me olvido de él mientras camino hacia mi habitación, temiendo el humor de Paul. Me lo encuentro durmiendo, tan relajado como yo después de nadar. No sé cuántos años tiene Paul, pero ahora mismo parece de mi edad: cero tensiones en sus facciones. Dejo de mirarle cuando algún tipo de sentimiento de ternura se despierta en mí. Intento centrarme en quién es.

El estómago me ruge con violencia, así que después de ducharme para sacarme el cloro, decido volver a hacer una expedición por la residencia y encontrar el comedor. Me visto con la ropa que encuentro en el armario; sudadera negra con las siglas LOW en plateado y un pantalón de chándal. Me calzo las chancas y bajo a la planta principal siguiendo a dos chicos que parecen estar tan famélicos como yo.

El comedor es una sala rectangular de paredes blancas y mesas grises, con una barra al más puro estilo bufé libre. Me acerco a las distintas bandejas con comida y los ojos se me salen de las cuencas. Jamás había visto tanta comida junta. Ni de esta calidad. Mis sentidos no dan abasto y, al mismo tiempo que quiero comerlo todo, tengo la sensación de que mi estómago no aceptará esta comida. Tras dieciocho años a base de gachas y mejunjes me hace sentir mal tener todo esto. Aún así, me lleno el plato con arroz, pollo, verdura (¡fresca!), y más cosas que huelen deliciosas pero no tengo ni idea de lo que son. Y como; como con ansia. El estómago me pide que pare cuando no me he acabado ni la mitad de la comida. Y quiero seguir comiendo, pero no puedo. Si sigo vomitaré y me sentiré aún peor por tener toda esta comida. Mis compañeros de la casa de acogida aterrizan en mi mente durante un par de segundos y ya no puedo soportar estar disfrutando de esto cuando no sé ni dónde están. Entro en un estado de crisis nerviosa y corro a mi habitación. No entiendo por qué estoy así, pero ahora mismo sólo me centro en respirar.

-¿Estás bien?-pregunta Paul, murmurando. No digo nada; estoy tumbada en mi cama, mirando hacia la pared-. No puedes ponerte así; sea lo que sea. Lllamarás la atención.

-Para.

-Aunque no lo creas, eres un libro abierto-susurra, aún más bajito.

-¿Qué?-le digo, girándome.

-Olvídalo-contesta, seco de nuevo-. Sólo controla tus sentimientos.

-Paul...

-Calla.

Y entonces paso de contestar. Estoy demasiado alterada como para dejar a Paul traspasar esas murallas que me permiten poner una barrera entre la gente y yo. Además, estoy intentando racionalizar la situación y entender mi reacción. Mi estómago va a estallar de lo mucho que se ha llenado. No puedo sentirme mal por todo esto; y, de todos modos, tampoco sé si mis compañeros están disfrutando de lo mismo. Pero sé que ha sido una válvula de escape para todas las tensiones que he ido viviendo; aún no me he dado ni cinco minutos para sentir la muerte de Patrick, aunque, al mismo tiempo, no sé si estoy retrasando ese momento porque no tengo nada que sentir. Me dolió ver a alguien saltar por la ventana y en cierto modo me siento culpable por no haberle ayudado, pero también empiezo a ver que, si quiero realizar mi objetivo, no puedo ser una ONG e ir preocupándome de todas aquellas personas que no sepan soportar la situación que vivimos. El resumen es mi cabeza hecha un lío; tengo pensamientos y sensaciones completamente opuestos entre sí. Y todo es un torbellino hasta que, sin darme cuenta, me duermo.

El sonido del despertador hace que me despierte sobresaltada. No recuerdo haber puesto la alarma, pero me froto los ojos un par de veces y pego un salto. Alguien ha dejado varios fajos de ropa limpia y una carpeta con nuestros horarios dentro del armario. Siento un momento de repelús al darme cuenta que alguien ha entrado mientras dormía, pero me estoy acostumbrando tanto a que mi intimidad no exista que lo supero en un instante. En el horario veo que he de estar en la piscina en diez minutos, así que cojo una mochila que también encuentro en el armario, me visto con el bañador y los pantalones de chándal y estoy lista.

Paul sigue roncando en su cama y me voy sin despertarle. El ascensor está abarrotado, tanto de la gente de mi grupo como de otros. La piscina está igual de llena, la gente nada a un ritmo constante y ordenado. Estiro rápidamente y empiezo a nadar. La Teniente Avery va gritando órdenes cada tres minutos: más rápido, braza, más lento, mariposa...y así cuarenta y cinco minutos. Hay gente que se cansa y ralentiza el ritmo e incluso veo algunos que abandonan la piscina. A mi me falta el aliento y cada dos por tres trago agua de lo cansada que me siento, pero no paro. Tengo un objetivo y lo conseguiré. Cuando suena el silbato que indica el final del entrenamiento casi me pongo a llorar. Me tiemblan un poco las piernas al salir de la piscina y necesito unos minutos para recobrar la

respiración.

-Muy bien Corwell-me dice la Teniente al pasar por mi lado. Y detrás de ella está Paul, mojado y enfadado.

-¿Qué pretendes? He llegado quince minutos tarde. Podrías haberme despertado-me susurra mientras se acerca.

-Yo no ayudo a las personas que me tratan mal, ¿Sabes?

-No entiendes nada.

-Quizás-contesto. Paul se pasa una mano por el pelo y se va, frustrado.

Ahora tengo veinte minutos de descanso y, en lugar de ir a tomar una ducha como los demás, prefiero desayunar algo. Apenas son las ocho de la mañana y mis músculos tiemblan por el sobreesfuerzo al que les estoy sometiendo. El comedor está tan abarrotado como el resto de zonas comunes, y he de abrirme paso entre la compacta masa de gente que rodea la barra de comida. Cojo un plato y, evitando repetir la crisis nerviosa de ayer, lo lleno de un par de manzanas y algo que descubro como muesli; jamás lo había probado pero repito cuando me acabo el primer plato.

Mientras mastico como una vaca se sientan delante de mi un chico y una chica. Me observan con una media sonrisa y al final opto por devolverles el gesto, aunque me siento un tanto violenta al notar sus ojos sobre mi mientras intento tragarme la bola de muesli que tengo en la boca.

-Hola, soy Ethan-dice el chico.

-Hola-digo, intentando que no se me caiga la comida de la boca.

-Yo Nicole-dice la chica. La situación es tan rara que acabo por sonreír. Entonces advierto algo.

-¿Sois hermanos?

-Se nota, ¿Verdad?-responde Nicole. Lo único que cambia entre ellos es la largura del pelo. Se hace un silencio que para mi es incómodo, pero ellos parecen la mar de tranquilos.

-Llegamos tarde a clase-dice Ethan, mirándose el reloj.

-Nos vemos luego-digo, dispuesta a centrarme de nuevo en el muesli.

-No-replica Ethan-, tu también.

-Mierda-susurro mientras salimos corriendo hacia nuestro siguiente destino. Parecen saber dónde tenemos que ir, así que les sigo. Me conducen hasta un aula situada en un edificio cerca del campo de tiro. La mujer que se presenta como la profesora Martin casi nos fusila con su mirada cuando llegamos.

-Tendréis estas clases teóricas durante las primeras dos semanas, para daros a conocer aquellos aspectos básicos de la organización, historia bélica o estrategias de combate-dice. Yo frunzo el ceño y me preparo para las dos horas más largas de mi vida.

Sobre las diez salgo del aula con la cabeza llena de nombres como "escuadra de rombo", "swarming" o con las estrategias empleadas por Alejandro el Magno. Debo reconocer que son cosas interesantes de aprender, pero no desde el punto de vista de LOW. Camino detrás de Nicole y Ethan hasta el campo de tiro, mientras conversan apasionadamente sobre lo aprendido. Yo intento olvidar las connotaciones que ha dado la profesora sobre la grandeza del Señor S y su organización. Cuando veo a la Teniente Avery de pie al lado de las dianas noto el peso de mi arma en la cadera y me pregunto qué haremos hoy. Al llegar la Teniente nos coloca cada uno frente a una diana diferente, a una distancia de unos veinte metros. Y simplemente nos deja practicar. Quizás espera ver cuál es nuestra capacidad de autoaprendizaje. Yo repaso mentalmente los puntos principales de cómo disparar bien un arma: estabilizo tanto mi respiración como mi postura, agarro la pistola con las dos manos, procuro mantener los dedos fuera de la corredera...Cuando siento que estoy lista, fijo el punto donde quiero que la bala impacte y disparo justo cuando exhalo todo el aire de mis pulmones. En una milésima de segundo impido que la sacudida del disparo mueva la pistola y entonces miro como ha ido el tiro: casi perfecto. El impacto se ha producido unos centímetros más cerca del centro que la otra vez. Aún sin haberlo hecho perfecto me siento orgullosa. Cuando la Teniente ve mi soltura para disparar, empieza a jugar con la distancia y los ángulos desde los cuáles he de hacerlo. La sensación de tener un reto y la oportunidad de poder superarme hacen que me motive. Justo cuando acaban las prácticas alcanzo el centro de una diana después de rodar un segundo por el suelo e incorporarme en otro.

-En breves empezará con objetivos móviles-me dice la Teniente-. Buen trabajo Corwell.

-¡Buen trabajo!-grita Ethan cuando la Teniente se ha alejado de nosotros. Me da una palmada en la espalda y vamos al comedor. Nos apresuramos en llenar nuestras bandejas con comida. Yo opto por seguir descubriendo alimentos: salmón con verdura y dos plátanos. Justo cuando nos vamos a

sentar en una mesa aparece Paul.

-¿Podéis dejarnos solos?-pregunta, dirigiéndose a los hermanos. Estos, me lanzan una mirada y yo asiento. Paul, a su vez, se deja caer delante de mi.

-Bueno, ¿Puedes dejar de odiarme?

-¿En serio?

-Sí.

-No te odio.

-Lo parece.

-Pues no.

-¿Por qué siempre tenemos este tipo de conversaciones?

-Es nuestra manera de ser.

-Eres una orgullosa.

-Y tu un capullo-contesto, susurrando. Paul se queda unos segundos en silencio y decide cambiar de estrategia:

-Lo siento.

-No costaba tanto.

-Lo siento.

-Con una vez basta, Paul. Tampoco te pases.

Mucho más relajada después de solucionar las cosas con Paul, vuelvo a ponerme en tensión cuando descubro que en lo que me queda de día he de hacer dos horas de ejercicio programado y dos horas de ejercicio libre. Las dos primeras consisten en correr por toda la base militar, saltar a la comba, levantar peso, arrastrarse por el barro y mil torturas más que acaban por hacerme sentir agujetas antes de finalizar tales actividades. Me tiro en el suelo para recobrar la respiración, pero el momento parece no llegar nunca así que me levanto. Decir que me tiemblan las piernas es un eufemismo. Al pensar que aún he de hacer dos horas más me dan ganas de estirarme de los pelos. Maldigo mentalmente la decisión de venir a esta base y me pregunto que le costaba a mi genética ser un poco más intelectual; ahora mismo podría estar estudiando cosas sentada en una

apacible silla. En fin.

Tras una rápida visita al comedor para devorar una barrita energética, Paul y yo huimos a nuestra habitación para dejarnos caer en la cama y dormir durante un par de horas. Me levanto cerca de las cinco, o cinco y media, y sólo poner un pie en el suelo ahogo una exclamación del dolor que se enciende en todas mis extremidades.

-Maldito sea el momento en el que accedí a acompañarte a este lugar-gruñe Paul.

-Así te pondrás en forma de nuevo.

-Yo fui el mejor de mi promoción, ¿Sabes? Estoy haciendo todo esto por segunda vez.

-No creo que te vaya mal cambiar de aires-digo, atándome los zapatos. Paul guarda silencio y levanto la mirada, preocupada por haber cruzado la línea de confianza de nuevo. Pero no parece enfadado o indignado, me mira con cierto halo de pena.

-Tienes razón.

-¿Estás bien?-susurro, dándole la espalda a la cámara. Tampoco creo que estén las veinticuatro horas del día vigilando, pero prefiero no correr riesgos.

-No tienes que actuar como si te importara-murmura Paul.

-Me importa.

-Parece ser que no soy el único que está cambiando-dice. Cierra los ojos un segundo y se levanta-. Vamos.

Decido no insistir más, aunque tampoco sé qué decir. En teoría tendría que estar cambiando yo para parecerme más a Paul, pero parece que él se aleja más y más del arquetipo de agente asesino y ahora ambos navegamos hacia lo desconocido; ¿Una amistad?, no sé decirlo. Hay momentos en los que me pregunto porqué confío en él, pero luego opto por creer en mi instinto, que no para de decirme que hay mucho más en él de lo que se ve a simple vista. Me inquieta encontrarme a mi misma cogiéndole cariño.

Todos los pensamientos se ven apartados cuando empiezo a pedalear la bici estática que hay en el gimnasio. El dolor de mis músculos calla cualquier reflexión y me provoca una involuntaria mueca de tortura. Paul,

en la otra punta de la sala, se aguanta la risa mientras levanta pesas.

El gimnasio está una planta por debajo de la piscina, y es enorme. También está lleno a rebosar por sudorosos chicos y chicas que parecen llevar mucho mejor que yo el dolor de las agujetas.

Pedaleo durante un buen rato, hasta que mi cuerpo entra en calor y puedo caminar sin parecer un pingüino. Luego me atrevo a levantar pesas y a hacer algunos ejercicios de flexibilidad y tonificación. Tengo tanto sudor acumulado que empiezo a darme asco. Las dos horas pasan más rápido que antes porque puedo marcar mi propio ritmo. Paul se acerca a mi, también empapado en sudor.

-¿Aún tienes energía?

-No.

-No seas quejica, vamos-dice. Le sigo a regañadientes por toda la base, helándome de frío por el viento y la temperatura. Paul me lanza su sudadera con el ceño fruncido, aunque en el fondo de sus ojos puedo ver que le divierte la situación. Me conduce hasta un edificio blanco con un rótulo negro en el que se lee la palabra "Warpaint". Levanto mis cejas hacia él y se encoge de hombros.

-Es una manera de practicar y pasarlo bien.

-¿Tenéis permitido pasarlo bien?

-No te pases-dice. Se pone serio-. Podrían estar escuchando, contrólate.

-Vale.

-No te preocupes-contesta, abriendo la puerta. Dentro nos encontramos a un grupo de chicos vistiéndose con un traje negro, un chaleco y un casco. Entre ellos encuentro los ojos grises del chico de la piscina. Un chico de pelo negro y ojos oscuros se acerca a nosotros.

-¿Jugáis?-dice.

-Claro-contesta Paul.

-Yo no-digo-. No sé qué es.

-¿Sabes lo que es el Paintball?-dice el chico. Yo niego con la cabeza. Los demás me miran con la burla marcada en sus ojos. En cambio, al chico de los ojos negros parece no importarle-. Nos dividimos en dos equipos, es un simulador ¿Ves esta pistola? Es una réplica de las de verdad, y lanzan dardos con pintura. El equipo que más dardos dispare al contrincante,

gana.

-De acuerdo...-digo, sin estar muy convencida.

-Es divertido-dice el chico. Paul se adelanta y empieza a cambiarse-. La equipación evitará que te duelan los dardos, no te preocupes.

-No me preocupo-contesto, poniéndome un poco a la defensiva. El chico abre un armario.

-¿Qué pistola usas?

-Glock 17.

-Toma-dice-. Soy Jon, y ellos Marcus, Joseph y Kevin. Somos tu equipo.

-¿Cómo te llamas?-dice uno de los chicos. No he sido capaz de conectar los nombres con las caras, aunque poco importa cuando se bajan la visera del casco y lo único que los diferencia del otro equipo es una cinta amarilla alrededor del brazo.

-Alaia.

-Bien-contesta-, procura no hacernos perder.

-¿Eres la novata que dispara bien?-pregunta Jon, que reconozco su voz. Me sorprende la pregunta y tartamudeo un poco al contestar.

-Sí, supongo...

-Tampoco te crezcas diciendo novata, llevamos aquí tres semanas-dice otro. Me mira y levanta el pulgar derecho-. Lo harás bien.

Pasamos a la sala donde llevaremos a cabo el juego. El espacio está sumido en la penumbra y parece un laberinto. Sigo a mis compañeros y, antes de perder de vista al otro grupo, Paul me hace una mueca. Me bajo la visera del casco y esperamos a que el cronómetro se ponga en marcha. Suena un bip; el juego ha empezado.

Sólo sé que Jon es el capitán porque lleva dos cintas amarillas en lugar de una. Me hace una seña para que le siga y cubra. Nos separamos del resto del grupo, giramos la esquina y caminamos lentamente, agudizando el oído. Se oye un disparo en la lejanía y el marcador cambia 1-0 a favor del equipo contrario. En una intersección, se asoman dos personas con cintas rojas en los brazos, y sin pensarlo dos veces les disparo a los dos. Lo hago de manera natural e instintiva y los dardos con pintura impactan justo donde yo quería: en la visera del casco. Ahora tendrán dificultad para ver y, además, he hecho dos puntos. El marcador cambia 1-2 a nuestro favor.

Tras cinco minutos, cuando llevamos siete jugando, estamos empatados. Jon ha recibido un disparo en la espalda y he ahuyentado al atacante disparándole en todo el pecho. Todos mis compañeros coincidimos en el centro del laberinto. Soy la única que está limpia de dardos. Jon dice que debemos separarnos, así que empiezo a caminar por los pasillos inexplorados.

Oigo pasos a mi derecha; me estiro en el suelo y saco un poco la cabeza para ver quién es. Resulta ser Paul, con su inconfundible manera de caminar. Le disparo en la entrepierna y, cuando se da cuenta, me enseña el dedo corazón. Me río y salgo corriendo antes de que pueda alcanzarme.

Cuando queda un minuto para acabar seguimos empatados. Camino con cautela porque quiero acabar el juego completamente limpia. El marcador empieza la cuenta atrás y, a falta de nueve segundos, oigo un ruido detrás de mí. Al girar me encuentro con el chico de la piscina, que tiene la visera del casco subida y está clavando sus ojos grises en lo profundo de mi alma.

-Pum-susurra después de sonreír. Me dispara en el pecho y las luces se encienden.

Entonces se va.

Tras unos segundos quieta, sigo el sonido de las voces hasta el centro del laberinto, dónde están todos reunidos. Sólo llegar mis compañeros chocan los cinco conmigo.

-¡Menuda crack!-dice Jon-. La primera vez que jugué apenas se me veía debajo de toda la pintura.

-No te preocupes por Neith-dice uno de los chicos. Supongo que Neith es el chico de la piscina-. Nadie puede escapar de él.

-Si sigues así te ascenderán pronto-dice Paul al salir.

-¿Ascender? Llevo aquí dos días.

-Bueno-contesta-, LOW siempre busca nuevos talentos.

-¿Ascender?-repito.

-Cuando avanzas suficiente, te incluyen en una escuadra para limpiar las

ciudades que ya han sido atacadas. Ese es el siguiente nivel.

Paul sigue hablando mientras volvemos a la habitación y no puedo alejar de mí la expresión "limpiar una ciudad". Se me hace un nudo en la garganta sólo de pensar en disparar a un inocente a sangre fría. Ni el agua de la ducha puede calmar mi interior, que empieza a entrar en una de sus psicosis. Me doy cuenta que en el camino que he tomado acabaré enfrentándome a situaciones en las que tendré que hacer cosas que, desde mi propia moral, no serán correctas. Y no sé si seré capaz de hacerlas. Empiezo a ponerme nerviosa y todo pierde el sentido, ¿Estoy haciendo lo correcto? O, mejor dicho, ¿Qué estoy haciendo?

Y Patrick viene a mi mente. Y la chica pelirroja. Y todas aquellas víctimas, con o sin rostro, que han muerto sin que pueda evitarlo. Mi mente es incapaz de crear la imagen de mí misma apuntando a una de esas personas. La rabia sube por mi esófago como lava. No puedo controlarme y le pego varios puñetazos a la pared. Suena un crujido y suelto un grito.

-¿Estás bien?-dice Paul desde fuera. No contesto y maldigo en voz baja-. ¿Alaia?-pregunta. Me visto sin decirle nada y salgo fuera agarrándome la mano con fuerza.

-¿Qué ha pasado?

-Me he roto la mano-digo, y salgo de la habitación dejándole con la respuesta en la boca. Me dirijo al sitio donde me atendieron el primer día y encuentro al doctor que me hizo las pruebas. Arquea las cejas al verme.

-¿Sí?

-Me he roto la mano-digo. Se acerca a mí y me explora la extremidad. Ríe para sí mismo y me mira.

-No exageres, sólo es una contusión.

Me voy de la consulta médica más azorada que aliviada y me doy cuenta que debería empezar a controlar mi temperamento. Aunque después de toda una vida sin sentimientos, se me está haciendo complicado dominarlos.

Al llegar al vestíbulo de las residencias me encuentro con el chico de la piscina, Neith. Acelero el paso para evitar que me vea pero no lo consigo. Levanta la mano y luego mira su reloj, acordándose de la hora que es.

-¿Qué haces aquí?-dice. Le da un mordisco a una manzana y señala con un dedo el reloj, como si no supiese leer la hora-. Es tarde, deberías estar

arriba.

-Igual que tu.

-Yo vengo de la piscina-contesta. Me doy cuenta de que tiene el pelo mojado-. Pero tu no pareces venir de ahí.

-No.

-¿Te ha pasado algo en la mano?-dice, al fijarse en mis nudillos.

-No.

-Vale-contesta. A pesar de mi nula capacidad de conversación parece divertirse la situación-. Pues siento decirle que parece que le has dado un buen golpe a algo. O a alguien.

-Soy patosa-digo de forma instantánea. Neith se ríe y parece dar la respuesta por buena.

-Buena disparando y patosa. Me lo apunto-dice. Nos quedamos en silencio y al final opto por llamar al ascensor. Entramos y Neith sigue mordisqueando la manzana-. He oído que llegaste hace dos días.

-Y yo que llegaste hace tres semanas.

-Pues sí-dice. Me mira y sale del ascensor-. Buenas noches. Y por cierto, me llamo Neith.

-Ya lo sé-contesto justo cuando se cierran las puertas. Suspiro al frustrarme por encontrar amables todas las personas que conozco aquí dentro. Aunque debe ser porque son novatos, ya que los que llevan más tiempo ni sonríen ni parecen tener algo debajo de la piel. Aún así, me parece más peligrosa la situación que estoy viviendo porque no sé en quién puedo confiar y quién va a acabar siendo un fanático de LOW. Resuelvo que lo mejor es no confiar en nadie; hasta hace poco esa estrategia me ha estado funcionando.

Llego a la habitación y me encuentro a Paul ojeando un libro sobre las estrategias de Alejandro el Magno. Me ve y suelta un suspiro de alivio; cuando se acerca parece que hace el ademán de abrazarme y yo me asusto tanto que doy dos pasos hacia atrás. Entonces Paul aterriza en la realidad y le echa una mirada fugaz a la cámara.

-¿Cómo estás?

-Bien, ha sido una contusión.

-Ten cuidado...

-Lo sé, lo sé-digo. Paul me mira, serio, y al final le dedico una pequeña sonrisa que parece relajarle-. ¿Estás bien?

-Sí-contesta-. No.

-Sé escuchar-digo. Paul masculla algo en voz baja, y se coloca de espaldas a la cámara.

-Sólo estoy confuso-empieza. Veo que espera una respuesta.

-¿Por qué?

-Antes lo tenía todo muy claro, ahora ya no.

-Te entiendo.

-Lo sé-dice-. Aunque también sé que tenemos distintos tipos de confusión.

-No.

-¿Por?

-Creo que, en esencia, los dos estamos en la mítica búsqueda de nosotros mismos. Tu sólo vas unos años tarde.

-Deberías de encadenar más de dos palabras con mucha más frecuencia-contesta-, aunque no sabes cuántos años tengo.

-Más que yo-contesto-. Más de veinte.

-Veinticinco, sabueso.

-Abuelo.

-Estabas mejor cuando eras antisocial-dice, sonriendo-. A dormir.

A las seis y media de la mañana siguiente me cuesta menos despertarme; la conversación con Paul y su correspondiente confesión respecto a su confusión me ha sacado un peso de encima. Ese repelús que me provocaba empezar a considerar a Paul de confianza se está esfumando. Aún así, no puedo evitar echar de menos a Dana, Karl y Abigail, ellos son

mis compañeros originales de este viaje, e intento no acordarme de que no puedo comunicarme con las primeras personas que me han aceptado en toda mi vida; o que no sé dónde están. O que ni siquiera sé si siguen vivos. Lo que me mantiene estable es ese hilo que nos conecta; tres personas distintas unidas por el apocalipsis. Suena casi bíblico.

Paro con la filosofía, ya que es demasiado pronto para estar pensando en la razón de ser de las cosas. Me levanto de un salto y despierto a Paul. En cinco minutos estamos bajando a la piscina: la rutina ha empezado.

Mi cerebro parece haber preparado a mis músculos para el esfuerzo al que los voy a someter hoy, y mañana, y pasado. Cada centímetro de mi cuerpo se queja cuando me pongo en movimiento, pero al mismo tiempo estoy cargada de energía.

No obstante, al finalizar la sesión me urge administrar algo de azúcar a mi organismo, así que corro hasta el comedor para no llegar tarde a la clase. Me abro paso entre la gente y me quedo quieta intentando averiguar qué refresco tiene más azúcar. Mi conocimiento empieza y acaba en el agua, como mucho he probado la limonada casera cuando mi ciudad aún podía permitirse importar o cultivar verdura y frutas frescas.

-¿Qué buscas?-pregunta alguien. Es Neith.

-Azúcar-contesto.

-Toma-dice, pasándome una lata que pone cola-. Pero no te aficiones.

Apenas le sonrío y me voy. Soy la primera en llegar a clase, así que exhalo con fuerza y mi cuerpo resbala por la silla. No puedo determinar el punto exacto de la clase en el que empiezo a ponerme de mal humor; giro el cuello y hago crujir los huesos de la parte superior de mi columna vertebral mientras la "profesora" compara la grandeza de Dios y sus diez plagas contra los hebreos con la limpieza y castigo que está imponiendo LOW con los infieles. Eso hace preguntarme hasta qué punto es una organización racista; aunque quizás parte del lavado de cerebro incluye despojar a la gente de sus creencias religiosas, ya que no podrían tener el apoyo mundial si fueran racistas en cuanto a etnias o religiones. Toda esta reflexión la hago con lentitud, para llenar los minutos que quedan hasta que termine esta tortura. Lo peor de la clase es que no puedo moverme y centrar mi cuerpo en otra acción, simplemente he de limitarme a absorber (o más bien repeler) los conocimientos que me proporciona LOW.

Recibo las clases de tiro como un soplo de aire fresco. Entro en pánico durante un segundo, cuando pienso que estoy entrenandome para matar a gente; pero lo alejo de mi tan pronto como viene. La clase es intensa, incluso divertida. No paro de rodar por el suelo, probar nuevos ángulos, hacer doble disparo, correr de un lado para el otro...;al acabar el sudor

baja por mis sienes. Sonríó cuando veo los centros de las dianas que he usado completamente agujereados.

-Muy muy bien-dice Avery con algo parecido a la sorpresa-. He de reconocer que estoy sorprendida; esto es lo que le suele costar más a los principiantes.

-Gracias-digo, sin saber qué tono ponerle a la contestación.

-Deberías practicar con objetivos móviles-dice Avery- ¿Conoces el Warpaint? Debajo del contador hay un pequeño panel con distintas opciones; ve tu sola y practica. Buen trabajo.

En lugar de volver a decir gracias, asiento con la cabeza y me voy. En el comedor me siento con Ethan, Nicole y Paul. Estoy sumida en mi plato de pasta mientras los demás comentan temas triviales.

-Qué ganas tengo de aprender a disparar-me dice Ethan.

-Date tiempo-dice Paul.

-Cuanto antes aprenda, antes podré empezar a exterminar infieles-dice, con total tranquilidad. Casi escupo la comida y Paul me pellizca la pierna, para que me contenga.

-Claro, tienes razón-dice Paul en mi lugar. Me quedo en shock unos segundos más. Aquello que pensé anoche sobre que todos parecían amables se esfuma de golpe. Ethan puede ser todo lo amable que quiera, pero tras esta frase creo que no voy a acercarme más a él. Me ha dejado estupefacta y me doy cuenta de que LOW es más peligroso de lo que parece cuando estás dentro: tienes la sensación de que puedes confiar en los demás, que aparentan ser gente buena, pero en su interior no es así. Soy consciente de lo peligroso que es eso; debo tener mucho cuidado con lo que digo y a quién.

-Tienes razón, deben morir todos-le digo a Ethan; pero me estoy refiriendo a todos aquellos que apoyan a LOW.

Capítulo 6

Los días pasan y se convierten en semanas. Cuando casi llevo un mes en la base apenas soy capaz de reconocermme al mirarme en el espejo; mi musculatura ha aumentado de tamaño, mi pelo es una cascada de rizos salvajes, y he dejado de parecer una niña. Los días han empezado a sucederse entre si sin apenas diferenciarlos. Paul y yo estamos más y más cercanos cada día, aunque ya no lo siento extraño porque ahora puedo ver más allá de sus barreras. Nos comunicamos en silencio, con miradas, con gestos apenas perceptibles. Jamás habría imaginado que Paul acabaría siendo "mi persona" dentro de esta locura. De hecho jamás habría imaginado que había más Paul detrás de ese airado agente de LOW.

Me ducho con algo de nerviosismo ya que nos han dado el fin de semana libre y podemos ir a visitar alguna de las ciudades más grandes de LOW. Paul me dijo que todos los niños de mi ciudad iban a ser destinados a Unice, que es la más cercana a nuestra base. Yo, obviamente, voy a intentar por todos los medios ver a Abigail. Ni siquiera sé si está allí, pero Paul dice que es fácil de descubrir.

Me visto con los tejanos que traje de casa y con una camisa de LOW que encuentro entre la ropa de Paul. No puedo evitar soltar un suspiro de placer cuando me pongo las deportivas con las que llegué, las del uniforme me hacen rozaduras.

-Te dejo mi camisa-dice Paul, poniéndose una sudadera gris, también con las siglas LOW.

-Lo sé-contesto. Paul suelta una risotada pero se pone en serio cuando el mecánico sonido de la cámara interrumpe el momento. La vigilancia y represión de nuestros sentimientos ha ido en aumento; apenas se oye una risa entre los novatos, o algo más allá de la seriedad o fanatismo por LOW. Seguimos recogiendo las cosas mientras somos conscientes que hay alguien en una centralita observándonos y determinando si deben eliminarnos o no. Como nadie llama a nuestra puerta para volarnos los sesos doy por hecho que nos han perdonado la vida. ¿Gracias?

Bajamos al comedor y Jon, uno de los chicos con los que jugamos al Warpaint, levanta la mano, llamando nuestra atención. Nos sentamos con ellos después de llenarme un plato con avena y mi nuevo vicio, el yogur.

-Buenos días-dice Jon con cierta amabilidad. Aún no sabría emitir un juicio sobre él, pero desde luego he descartado la opción de asesino fiel a LOW. A veces parece tener que controlar sus sentimientos y jamás ha dicho nada en favor de la organización, pero tampoco en contra. Esbozo una media y fugaz sonrisa mientras repaso su pelo azabache y sus ojos del mismo color. Es un oscuro y profundo negro tan puro que se hace bello. He de decir que es un chico guapísimo, con los pómulos y la mandíbula bien marcada. Aunque como parece no estar lleno de mierda eso le suma puntos.

-¿Vais a Unice?-pregunta Paul.

-Sí, ¿Y vosotros?-contesta Neith, dejándose caer al lado de Jon. Me mira con intención e intento que no se me note el rubor que me sube por las mejillas. El otro día fui a practicar al Warpaint, yo sola. Parecía una pantera abatiendo todas sus presas: de manera sigilosa y limpia. Cuando juegas solo tienes que alcanzar hologramas humanoides e intentar que ellos no te disparen ninguna bala virtual, que aunque no duelan afectan al orgullo. Acabé una partida completamente limpia y, tras escuchar un sonido detrás de mi, me giré y me encontré apuntando a Neith.

-Los dardos duelen si no llevas la equipación-dijo, con los brazos levantados. Relajé mi postura y arqueé una ceja.

-¿Qué haces?

-Pasaba por aquí...-dijo.

-¿Con dos latas de cola y galletas?

-Sí-contestó. Me crucé de brazos, sintiéndome extraña.

-No voy a matarte. Ni siquiera llevo la pistola-dijo-. Vamos.

-¿Dónde vas?-pregunté. Neith no contestó y salió del edificio. A regañadientes lo seguí a través de toda la base hasta más allá del campo de tiro. Cuando siguió caminando hacia una esquina de la muralla, pisando un montón de plantas, me paré-. ¿Neith?

-Es un punto ciego-dijo, acercándose a mi de nuevo-. Sin cámaras.

-¿Te das cuenta de lo sospechoso que es esto?

-Está bien tener un poco de intimidad de vez en cuando-contestó. Yo no sabía si fiarme de él; en mi cabeza podía ser una trampa, una prueba de lealtad. Así que no contesté y me dejé caer en el suelo, a su lado. Me dio una cola y el sonido al abrir la lata y beber el líquido fue lo único que rompió el silencio durante un buen rato-. Te dije que no te volvieras

adicta.

-No lo soy.

-Disparas bien-dijo, mirando hacia el cielo.

-Sí, supongo.

-¿Te gusta?

-Sí, supongo.

-Sí, supones-repitió, entre divertido y avergonzado.

-No soy muy buena en esto de responder interrogatorios.

-En realidad sólo he hecho una pregunta-contestó, adquiriendo de nuevo seguridad en sí mismo.

-Me gusta la sensación de no estar siendo vigilada-dije, al cabo de un rato. Neith sonrió, girando la cabeza para ocultar el gesto.

-La línea entre el bien y el mal es difusa.

-¿Qué?

-Eso.

-¿Pero a qué viene?

-Nada-contestó. El silencio volvió durante los siguientes minutos-. En realidad, ¿Tu qué opinas?

-Que siempre gana el fuerte.

-Ya veo-dijo-. ¿Echamos unos tiros?

-¿Podemos?-pregunté. La media sonrisa de Neith me dio la respuesta. Le acompañé hasta el campo de tiro y me quedé quieta en mitad del césped preguntándome de qué iba todo eso. Neith entró al edificio donde escogí mi arma y salió con dos cachivaches que reconocí como silenciadores. Me ayudó a colocarlo a mi pistola y me invitó a ponerme en la línea para empezar a disparar. No había ninguna diana fuera-. ¿Y bien?, ¿Cuál es el objetivo?

-Yo.

-¿Qué?-dije.

-Tienes que disparar a esto-dijo, poniéndose su lata de cola sobre la cabeza.

-No.

-Sí-dijo, seguido de un montón de alegaciones para convencerme-.
¿Tienes miedo?

-No.

-Pues hazlo-murmuró, acercándose a mi. Luego se colocó a varios metros de mi y se encogió de hombros. Yo no sabía cómo escaparme de la situación, pero el morbo de sentirme retada ganó y me posicioné para disparar. Neith estaba impasible, con la maldita lata encima de su cabeza y con una sonrisa de suficiencia marcada en el rostro. Conté varias veces hasta tres, pero no daba el paso. La burla que cruzó los ojos de Neith hizo que me activara y disparé-. ¡Sabía que podías!

-¡Madre mía!-exclamé, llena de adrenalina. La energía del momento nos acompañó durante la vuelta a la residencia, por unos instantes me olvidé de dónde estaba; me olvidé incluso de todas esas barreras que cortan mi relación con los demás. No paraba de hablar, con la verborrea descontrolada. Me callé cuando pillé a Neith mirándome con una sonrisilla en la boca. En el ascensor todo volvió a ser silencio, hasta que se abrieron las puertas.

-Gracias-dijo-. Por este rato.

-¿Cómo sabías que iba a acertar?

-No lo sabía-contestó. Lo último que vi antes de que se cerraran las puertas fue su sonrisa

Vuelvo a la realidad arrastrando con los recuerdos todas las dudas que me surgieron. Por mucho que todos mis sentidos griten que me relaje con Neith, soy incapaz de no tomármelo como una posible amenaza. Durante este mes me he ido sintiendo más oprimida y controlada, y sigo sin saber si las personas que se me presentan como amables lo son de verdad. Tengo la sensación de tener una espada sobre mi cabeza, pendida de un hilo, que en cualquier momento puede romperse. Entonces muero. Y de momento no tengo planeado morirme

-¿Vamos?-me dice Paul.

-Podéis venir con nosotros-interviene Neith mientras me levanto. Antes de

que pueda contestar Paul me corta.

-La verdad es que vamos a ir por nuestra cuenta.

-¿A qué ha venido eso?-le pregunto al salir del comedor.

-Tengo que hablar contigo.

-Vale-contesto, seca. Hace días que Paul parece estar callándose un montón de cosas. Noto su energía vibrando, con ganas de explotar. Y mejor explotar en la intimidad, entre él y yo, que en medio de una base de una organización asesina-. ¿Cómo vamos a Unice?

-En coche-contesta, algo distraído. Me conduce hasta la entrada de la base e intercambia unas breves palabras con un agente. Paul coloca la mano sobre un aparato que le da el chico y después he de hacerlo yo.

-Toma- me dice el agente, pasándome una pulsera.

-¿Qué es?-le pregunto a Paul mientras me la coloca. Es de color negro y tiene una textura metálica.

-Un localizador-contesta-. No te lo saques bajo ningún concepto.

-¿Por?

-No quieras saberlo-me murmura, serio. No sé si pretendía calmarme, pero un escalofrío me ha recorrido el cuerpo y me quedo mirando la pulsera como si fuera a matarme tras verse sometida al mínimo movimiento-. No te preocupes.

-Vale-contesto. Salimos de la base y la rodeamos hasta llegar a un parking con cientos de vehículos colocados de manera ordenada. Paul sacude unas llaves que saca del bolsillo sonriendo de manera disimulada. Aprieta un botón y el sonido de un coche al desbloquearse suena un par de filas a la derecha. Nuestro vehículo resulta ser un enorme 4x4 descapotable que parece poder resistir un tornado. Nos subimos y Paul arranca el motor; conduce rodeando la base y nos coloca en la fila de coches que se mueven a la misma velocidad y hacia la misma dirección. Estamos tan rodeados de otros agentes de LOW, con sus rostros impasibles, que me pregunto cuando pretende Paul hablar conmigo. Cinco minutos después estoy a punto de formularle la pregunta en voz alta, pero Paul da un giro brusco y se separa de la procesión.

-¿Qué haces?-digo, algo alarmada.

-Tomar un camino alternativo.

-Paul...

-No te preocupes-me corta-. Confía en mí. Murmuro una vaga queja mientras Paul acelera y el aire me revuelve el pelo. Un sentimiento de ligereza y libertad nace en mi pecho. Cierro los ojos y disfruto del sol en mi piel; hace un día radiante.

-Y bien...-empieza Paul. Se para a mitad de frase, indeciso.

-Dime.

-Habrás notado cosas.

-Que ya no eres tan capullo.

-Estoy hablando en serio.

-Y yo-contesto, esforzándome por poner una sonrisa en mi rostro. Mi estrategia funciona y Paul se relaja.

-Es sólo que ahora me hago preguntas que antes no me atrevía a hacer.

-¿Cuáles?

-LOW no hace las cosas bien.

-Eso es una afirmación.

-Vamos Alaia-dice, exasperado-, sé que te cuesta hablar de cosas profundas, pero soy un libro abierto contigo. Ya sabes que...

-Que no estás de acuerdo con LOW.

-No-afirma-. Nunca he estado de acuerdo, pero tampoco en contra.

-¿Y qué ha cambiado?

-Tu-contesta-. Y Karl. Y mi abuela.

-¿Que pasó con ella?

-No...

-¿La mataste?-le inquiero, sin andarme con rodeos. Es un tema que me pica por dentro. Sé que Paul ha cambiado, pero sólo con pensar que

quizás mató a su abuela me dan ganas de vomitar.

-No-dijo-, pero sí dejé que otros lo hicieran.

-No sé muy bien que decirte.

-Llegué unos minutos después de que la mataran-murmura-. Durante mucho tiempo he dejado que el odio me domine.

-Almenos te has dado cuenta.

-No me lo perdonaré nunca.

-Ya-contesto,seca, intentando conectar con la situación y ver más allá de mi moral-. Ahora sólo te queda hacer que su muerte valga para algo.

-¿Cómo?

-Lucha.

-No es tan fácil.

-Si tenemos en cuenta lo que es fácil, más lo es no hacer nada.

-Ya lo sé Alaia.

-¿Y quieres ser ese tipo de persona?

-No, claro que no. Pero tampoco podemos hacer nada para cambiar la situación.

-Algún día se nos ocurrirá algo.

-¿Y mientras?

-Sobrevive y trata de no enloquecer.

-¿Por qué pareces la madura de los dos?

-Lo soy-contesto, siguiendo el juego que ha iniciado Paul para cambiar de tema.

-La verdad es que yo iba a sugerir que todo es un efecto de tu falta de emociones-dice, bromeando. No puedo evitar sonreír mientras giro los ojos en blanco.

-Sí que tengo.

-Lo sé-contesta, fijando la vista al horizonte-. Aunque no quieras también eres un libro abierto para mi. Desde el primer día.

-¿Y por qué no me delataste?

-Me vi en ti-contesta-. Y os vi a todos, con esa fuerza interior. No sé.

-No hace falta entenderlo.

-Sólo sé que no puedo ni quiero dar marcha atrás.

-Pues bienvenido al club.

-¿Cuál?

-El de los incomprendidos que probablemente acaben con una bala en la cabeza.

-Maravilloso.

-Como la vida misma-concluyo. La situación hace reír a Paul, con un tono de tristeza en sus leves carcajadas. Yo le miro, valorando si se ha vuelto loco.

-Estoy bien-dice-. Dentro de mi mochila hay un CD, cógelo.

-Hace años que no veo uno de estos-murmuro al sacarlo-. ¿Michael Jackson?

-LOW lo tiene prohibidísimo. Están prohibidas todas aquellas músicas que inciten al libertinaje o a la libertad en sí misma.

-Estas cosas están dejando de sorprenderme.

-Mejor-dice-. Este será nuestro secreto.

-Uno de tantos-contesto mientras Paul pulsa el play.

-¿No la conoces?-pregunta.

-Hace mucho que no disfrutaba de electricidad-digo-. Y mucho menos de música.

-Bueno, te presento Black or White.

-Me gusta-digo, sonriendo un poco. Paul parece satisfecho y durante unos minutos lo único que rompe el silencio es la voz de Michael Jackson.

-Gracias por no juzgarme-dice Paul al cabo de un rato.

-Sí lo hago-contesto, sin mirarle-. Pero supongo que la situación no me permite ser más dura contigo.

-Es complicado...

-Paul-le corto-, siempre hay elección. Mírame a mí.

-Tienes razón-murmura-. ¿Recuerdas algo?

-No-contesto-. Aunque, siendo sincera, no sé si lo primero que haría al tener a mi padre delante sería apretar el gatillo.

-Como con el Señor S-dice Paul, de nuevo murmurando. Me paralizó unos segundos al oír en voz alta mis propios pensamientos.

-Como con el Señor S y cualquier persona que haya causado esto.

Pasada una hora volvemos a introducirnos en el largo desfile de coches al mismo tiempo que empiezo a divisar una larguísima muralla. De vez en cuando me pregunto a qué viene tanta protección si a LOW no le quedan enemigos.

El calor empieza a ser agobiante cuando, pasada media hora, seguimos esperando para entrar en Unice. Este oasis de calor en mitad del tiempo que ha estado haciendo últimamente es de todo menos bienvenido. Aunque el agobio viene incentivado por el silencio opresor que me rodea.

La muralla va acercándose hasta que llena todo mi campo de visión. Una agente toma nuestras huellas y nos permite el paso. Mientras Paul aparca mis sentidos se ven inundados por la belleza de la ciudad. Está limpia, impoluta. Rascacielos de vidrio reflejan la luz del sol, edificios lujosos forman un agradable puzzle que me deja deslumbrada. Jamás he visto una ciudad que no sea la mía; y eso implica que jamás he visto una ciudad en buen estado. Entonces advierto algo que le saca toda la magia al momento; todo es blanco o negro; hay cámaras cada escasos metros y la gente camina en una masa uniforme como si fueran robots. Todos los pelos de mi cuerpo se erizan.

-Tranquila-me susurra Paul. Le miro, algo sorprendida-. ¿Ves? Te conozco.

-Sí, vale.

-Podemos averiguar si está Abigail-dice Paul.

-Respecto a eso...

-Dime.

-¿Podemos?

-Claro, ¿Por qué no podríamos?

-No sé-digo-. No me parece propio de LOW permitir visitas entre miembros sólo porque me apetezca verla.

-Verás-contesta-, la fraternidad entre miembros de LOW está más que bien vista. Tómame esto como una visita para ver su desarrollo dentro de la organización.

-Bueno-digo-...vale.

-Vamos-dice, tranquilizándome con la mirada. Me relajo un poco, sabiendo que Paul no me pondría en peligro. Entonces me vuelvo a dar cuenta de que confío en él y de que es mi amigo. La vida da demasiadas vueltas como para pararme a analizarlas, así que lo acepto y, en parte, me alegro de tener alguien cuidando de mi.

Caminamos por varias calles e intento no sorprenderme cada vez que me fijo en el rostro y actitud de aquellos con los que me cruzo. Si bien las actitudes de los agentes de la base ya me parecen insulsas y escalofriantes, los ciudadanos de Unice acaban de batir un récord.

Paul me conduce hasta un edificio que parece ser el epicentro de la ciudad. Acaba en punta y es totalmente de cristal. Entramos y Paul va directo al ascensor; subimos hasta la planta 33. Un rótulo que anuncia "Departamento de Control Humano" nos recibe. Frunzo el ceño y casi me parece gracia lo poco disimulado que es el nombre.

-¿En qué puedo ayudaros?-dice una chica detrás de un mostrador.

-Queríamos localizar a Abigail McKein-contesta Paul. Antes de poder preguntarle cómo sabe su apellido extiende su brazo y me deja ver la pantalla de su Tabox con la ficha de Abigail.

-Aquí tienes la dirección-dice la chica-. Te la envío.

-Gracias.

-Debéis visitarla mañana.

-¿Por qué?

-Está en fase de adaptación. Las visitas sólo están permitidas los domingos.

-De acuerdo....-contesta Paul, girándose hacia mi.

-¿Qué hacemos?

-Quedarnos a pasar la noche-dice, toqueteando su tabox. Se aleja de mi e intercambia unas palabras con su muñeca-. Hecho.

-Gracias.

-No hay de qué-contesta. Entonces se acerca un poco más y baja la voz-. Para eso están los amigos.

El resto del día se sucede entre el horror y la admiración. Hay una parte de mi, aquella privada de las comodidades propias de vivir en una situación normal, que no para de alucinar con Unice: calles limpias, construcciones impecables, supermercados rebosantes de comida, parques con el césped perfecto..., toda la ciudad contiene un lujo que no había visto jamás. Pero luego están las cámaras, el ambiente frívolo y el fanatismo por LOW, así como su presencia en todos sitios: desde la ropa de los ciudadanos hasta en los envases de la comida. Estamos invitados a visitar una escuela y mi repelús aumenta hasta niveles estratosféricos: los niños nos reciben coreando el nombre de LOW.

-Es sábado-murmuro por lo bajinis.

-¿Y?

-¿Qué hacen aquí?

-Todos los días menos el domingo.

-Pensaba que sólo los que estaban en período de adaptación.

-LOW da mucha importancia a la formación durante todas las etapas.

-Es fantástico, ¿Verdad?-dice una chica a nuestro lado. Yo asiento y controlo las ganas de poner los ojos en blanco.

Cuando los niños vuelven a corear LOW y a gritar que es la salvación del mundo me doy cuenta de que, cuando mi generación muera, el mundo quedará poblado únicamente por autómatas de LOW.

Paul tira la mochila sobre la única cama de la habitación. Nos alojamos en un hotel increíble, mejor de lo que mi imaginación puede llegar a crear en un sueño. Me acerco a la ventana de la habitación, que ocupa una pared entera. La rojiza luz del atardecer acaricia mi piel mientras intento deshacerme de todas las energías negativas del día. Esa parte de mi que ha vivido en la pobreza no para de dar saltitos por la ilusión de dormir en un sitio así, pero mi parte racional no para de preguntarse porqué el precio de una calidad de vida así debe ser la situación actual. Lo de calidad de vida es relativo, ya que estoy en una ciudad llena de cuerpos pero vacía de almas; me cuesta creer, incluso a mi, reina de la introspección, que una vida sin sentimientos sea lo correcto. Y nunca seré capaz de ver los métodos de LOW como válidos. En resumen, toda la situación me frustra.

-Tendremos que compartir cama-dice Paul. Se abre de brazos y encoge los hombros-. No nos han dado nada más.

-No te preocupes-contesto, mirando de reojo la cámara que sigue nuestros movimientos. Cuando entro en el baño y encuentro otra deo de tener pis. Al salir miro a Paul con los ojos muy abiertos.

-LOW-dice, con sencillez-. ¿Quieres ir a un pub?

-¿Qué?-le espeto. Aprecio como Paul se aguanta la risa y compruebo el motivo quince minutos después. El concepto de pub de LOW dista bastante de lo que yo conozco como tal: una sala perfectamente iluminada con una barra en la que no sirven alcohol y gente haciendo movimientos rígidos al son de una música inexistente. Espeluznante.

-La gente debe venir aquí dos veces por semana-me susurra Paul. Mi interior se ríe: hasta "divertirse" es obligatorio.

Disfruto de mi agua con gas mientras me rodea el ensordecedor silencio. La gente apenas cruza palabra, a no ser que sea para comentar los últimos avances de LOW y lo maravillosa que es la organización. Me parece todo tan ridículo que me planteo estar soñando y que todo esto sea producto de mi imaginación. Pero no, porque el pellizco que me hago en el brazo confirma la triste realidad.

Volvemos al hotel con un ambiente raro entre los dos. Por muy controlados que estemos en la base, aún gozamos de cierta libertad, tanto al poder hablar entre nosotros como una mínima sensación de intimidad.

A lo lejos divisamos varias figuras y enseguida reconozco los andares de Jon. Parece saber exactamente cómo comportarse, ya que no nos sonrío ni saluda con su habitual tono. También está Neith, que nos mira con los ojos tan cerrados que me pregunto si ve algo. No recuerdo el nombre del otro chico.

-¿Todo bien?-dice Jon. Yo asiento y Paul se da la mano con él-. ¿Volvéis ya?

-No..-empiezo, pero mi frase se queda en el aire porque Neith se ha girado en redondo y se ha ido.

-¿Neith?-pregunta Jon, extrañado. No recibe respuesta así que se despide de nosotros haciendo el saludo militar.

-No entiendo qué acaba de pasar-dice Paul.

-Hay gente muy extraña-contesto.

-Lo dice el modelo de normalidad.

Llegamos al hotel y hay unos momentos de vergüenza al darnos cuenta que tenemos que dormir juntos. Pero entonces Paul enciende el televisor y me veo abrumada por recibir noticias del mundo por primera vez en más de un mes. Aunque, para mi sorpresa, las cosas siguen prácticamente igual: Rusia y Bielorrusia son frentes infranqueables. Han habido ciertas conquistas en varios puntos de África, pero LOW sigue sin mostrar demasiado interés en ese continente. Lo mantienen aislado y lo controlan, pero no lo han arrasado como el resto del mundo.

Me doy una ducha con la cámara apuntando en mi dirección, sintiéndome más desnuda que nunca. Encuentro un pijama de algodón en uno de los estantes del baño y me lo pongo.

-Ya estoy-digo al salir. Paul ya está en la cama. Me dejo caer a su lado y, aunque la cama es tan grande que no nos rozaríamos ni queriendo, la situación sigue siendo extraña.

-Dormimos juntos cada día-susurra.

-No es lo mismo-contesto, seca-. ¿Qué les costaba darnos dos camas?

-LOW no aprueba las relaciones sentimentales-explica Paul-, y mucho menos las sexuales.

-¿Y qué tiene que ver con esto?-pregunto, poniendo una mueca. Paul mira

la cámara de reojo y se acerca unos centímetros más.

-Como seres sin sentimientos no deberías sentirte incómoda. Y si alguien que comparte cama comparte también algo más, pues acaba muerto. No les preocupa tenernos así. Es más, prefieren tenernos juntos. Más fácil...

-Más fácil de controlar-acabo-. Y cómo...¿Y cómo van a continuar con la humanidad?

-Pensaba que tenías menos tapujos a la hora de hablar de estas cosas-dice-, estas roja.

-Te voy a asfixiar mientras duermes.

-Vale, vale...-dice-. Pues no lo sé. De momento tienen bastantes generaciones bajo su poder. Cuando los que hoy en día son bebés crezcan, ya se les ocurrirá algo.

-De acuerdo.

-Eres una borde-murmura-. A dormir.

Le doy la espalda y suspiro varias veces mientras mis ojos recorren la vista panorámica que me brindan los ventanales. Más allá de las murallas todo es oscuridad. Y esa negrura tan profunda empieza a absorberme y la ansiedad sale a la superficie. Dana, Karl, Abigail. Pasan los tres por mi mente y me gustaría poder alcanzarlos y volver a la seguridad de nuestro pequeño universo dentro de aquella habitación de hotel. Paul parece percibir, una vez más, lo que está ocurriendo en mi interior, porque pasa un mano por debajo de las sábanas y me dibuja pequeños círculos en la espalda. Yo no doy muestra de estar percatándome, ya que me da demasiada vergüenza sentirme así de a gusto con alguien. También es un tema de orgullo. Pero esas pequeñas caricias alejan incluso las imágenes de una Alaia matando a gente en nombre de LOW; alejan hasta la risa de mi padre; me alejan de la realidad y, relajada por primera vez en muchas semanas, me dejo ir y caigo rendida al sueño.

Capítulo 7

Capítulo 7

Me despierto con la sensación de haber dormido demasiado; pero al final resultan ser sólo las nueve. El agua corre dentro del baño así que me quedo disfrutando de esos instantes en los que no estás ni del todo despierto ni del todo dormido. Y son deliciosos. Entonces recuerdo lo que tengo que hacer y todo el cuerpo se me remueve por los nervios. Abigail.

-Buenos días-dice Paul. Tiene todo el pelo mojado y las gotas de agua le resbalan torso abajo. Consciente de la cámara apuntando en mi dirección contengo la sonrisa que amenazaba con salir y simplemente musito una breve respuesta-. Toma, cogí ropa para ti.

-Gracias-digo mientras agarro al vuelo la muda que me lanza. Intentó ocultar, de nuevo, la sorpresa y el placer de que alguien se preocupe por mi. Me ducho con rapidez y en un instante me visto. Bajamos a desayunar al enorme y ostentoso comedor del hotel. Hay tanta variedad de comida que me mareo, pero decido investigar varios tipos de fruta.

-Maracuyá, pomelo, mango...-va diciéndome Paul. Estoy tan contenta por ver a Abigail que ni siquiera me molesta ser una analfabeta en cuanto a comida. Paul me ofrece café, pero opto por probar un batido.

-Esto es delicioso-digo, contenta. Paul me mira y baja la mirada, sonriendo.

-Contrólate Alaia...-dice. Automáticamente cambio mi expresión, pero sigo vibrante por dentro. Paul me mira largo y tendido durante varios segundos-. Estás distinta.

-Estoy bien.

-No he dicho bien o mal, he dicho distinta.

-Entonces vale.

Salimos del hotel y buscamos el coche. Apenas hay gente en la calle y supongo que LOW ha respetado el descanso dominical para todo el mundo. Hasta los asesinos tienen que dormir.

Mi nerviosismo va en aumento mientras nos dirigimos a la casa donde está Abigail. Nos alejamos del centro de la ciudad y entramos en el barrio residencial; miles de casas exactamente iguales se extienden más allá de

mi vista, en infinitas calles paralelas entre si. Gracias al GPS, que Paul me ha dicho que es un programa que te puede dirigir a los sitios, podemos localizar el hogar de Abigail. Desde fuera no parece distinta a las demás, no parece estar dando cobijo a la hermosa criatura que es esta niña. Llamo a la puerta, aún dudando. Al cabo de unos breves instantes nos recibe una mujer de facciones angulosas, con una gran mandíbula y ojos muy pequeños. Lleva el pelo peinado de manera impecable, recogido en una cola. Su traje está tan impoluto que siento que mi ropa está sucia.

-Bienvenidos-dice, con una voz grave y seria-. Me avisaron que vendrían a visitar a Martina.

-¿Perdona?-le espeto. La mujer apenas se percató del tono de mi voz.

-La próxima vez exigiremos más margen de tiempo a la hora de avisar.

-¿Martina?-digo.

-Hola Alaia-dice una voz detrás de la mujer. Es Abigail, totalmente cambiada; pelo a ras de hombro, tan liso que parece de mentira, ropa blanca con el logo de LOW y unos ojos que expresan mucho más de lo que puede decir en voz alta: rabia, dolor, felicidad, temor.

-Tenéis quince minutos-dice la mujer, acompañándonos al comedor. Nos deja solos y cuando voy a sentarme en el sofá Abigail me agarra de la ropa y me señala la butaca que hay delante. Cuando tomo asiento me doy cuenta del porqué: una enorme cámara me está enfocando y, en cambio, Abigail le da la espalda mientras saca una libreta y la apreta contra su tronco. Entiendo que no podemos hablar con libertad.

-¿Cómo estás?-digo, reprimiendo la rabia que siento.

-Bien, aprendiendo cada día más-contesta, con voz de autómatas. Nos enseña la libreta: "Mal, es una pesadilla".

-¿Karl?, ¿Dana?

-Todos bien-contesta, pero escribe "Dana tuvo problemas, no sé de ella". Trago saliva. Abigail escribe de nuevo: "Sácame de aquí".

-Cuando pueda vendré a verte-digo. Abigail pone una mueca donde fusiona la tristeza con la rabia. Me rompo por dentro. Entonces desvía la mirada a Paul y parece percatarse por primera vez de su presencia, asustándose. Paul se sienta a su lado y garabatea algo en la libreta. Me levanto para mirar: "Estoy con vosotras".

No puedo despedirme de Abigail como hubiese querido. Sólo le rozo la mano al pasar por su lado y luego se la estrecho bajo la atenta mirada de

la mujer. Cuando subo al coche aún no he cruzado palabra con Paul. Así seguimos hasta que salimos de la ciudad y el desierto nos rodea.

-¿Estás bien?-pregunta él, rompiendo el silencio.

-No-contesto. Paul espera, pero no tengo nada más que decir.

-Háblame, Alaia-dice. Yo resoplo, frustrada.

-Nosotros podemos relacionarnos, ella está sola-digo-. Has visto a esa mujer, la casa; has visto cómo está.

-Por mucho que te fastidie, ahora mismo no puedes hacer nada.

-¿No puedo ir a vivir a la ciudad?

-No, claro que no.

-¿Y la gente que hay? Como mínimo estaría cerca de ella.

-Tienes que servir al ejército un mínimo de cuatro años-explica. Yo me quedo en silencio, frustrada. Paul me acaricia la mejilla pero yo aparto el rostro. Oigo como chasquea la lengua pero no se enfada-. Encontraremos una solución.

-¿Cuál?

-Aún no lo sé.

Llegamos a la base en apenas una hora porque no tomamos ningún desvío. Después de aparcar y sacarnos los localizadores sólo tengo ganas de evadirme un rato cuando, de camino a la residencia, un cúmulo de gente llama mi atención. Paul me agarra levemente el brazo pero yo me acerco de todas formas. Es entonces cuando entiendo el motivo del gemido de tristeza que ha soltado mientras me alejaba de él; la escena me repugna tanto como asusta, enfada y entristece. Paralizada, observo como Ethan está agarrando a su hermana gemela, Nicole, mientras con otra mano le apunta la cabeza con su arma.

-¿Intentabas escapar?, ¡Intentabas escapar, ¿Eh?!-grita.

-Sucia infiel...-dice con asco la Teniente Avery observando la escena desde atrás.

-Hazlo, Ethan-le dice el Coronel Kiri. Ethan sonrío como un demente y le vuela los sesos a su hermana. Apenas oigo los aplausos mientras me saca la sangre que me ha salpicado de las mejillas. Alguien me agarra desde

atrás y me saca del epicentro del asesinato.

-Si te ven así vas a crearte un problema-me susurra Paul al oído. Salimos a toda prisa de allí mientras yo intento entender lo que acaba de suceder. Ni todas las cosas que he pasado hasta ahora me han preparado para presenciar esto. Ethan acaba de asesinar a su hermana gemela y, encima, de una manera totalmente denigrante. Aún siento la sangre en mi cara y tengo grabado a fuego en la retina las sonrisas de Ethan y el Coronel Kiri. Estoy sobrepasada.

-Paul-digo, al subir al ascensor.

-Alaia, para-contesta. Me pega un empujón y me arrincona-. Acuérdate de donde estás. Recomponte.

-Necesito un rato sola-murmuro. Prácticamente huyo de la habitación segundos después de entrar. Bajo a la piscina y, tras cambiarme, me tiro dentro del agua para nadar hasta que no pueda más. Pasa un rato atemporal en el que mi cuerpo trabaja sin cesar, pero llega un momento en el que la ansiedad acude a mi y tengo que parar. Floto en la superficie de la piscina mientras mi pecho sube y baja a toda velocidad. Supongo que hay punto en el que dejas de sentir la tristeza y el dolor, pero por mala suerte aún no estoy ahí. El silencio es total y mis pensamientos parecen resonar en el pabellón. Al final decido salir antes de protagonizar un ahogamiento. Cuando estoy esperando el ascensor las puertas de éste se abren y aparece Neith. Antes de poder decir siquiera hola me arrastra hasta un cuartillo que hay a mano derecha. Nos encierra dentro y empieza a remover las cosas, y me doy cuenta que busca micrófonos. Estoy tan sumida en intentar entender la situación que me olvido de preguntarle qué cojones hace. Neith parece satisfecho con su registro y me encara con una expresión que dista mucho de la amabilidad.

-¿Dónde estabas?

-¿Qué?-le espeto.

-¿Estás bien?, ¿Te ha hecho daño?

-¿Qué?, ¿Quién?

-Ayer no volviste-dice. Parece que está perdiendo la paciencia. Nunca me habría esperado una faceta así de él.

-¿Paul?-pregunto, incrédula.

-Sí.

-Claro que estoy bien; nunca me haría daño.

-Vale.

-Oye, sé cuidarme sola.

-Ten cuidado-contesta, bajando la mirada. Y así, sin más, se va. Me quedo mirando la puerta un buen rato, desconcertada. Llego a la conclusión de que estamos todos locos.

Cuando abro la puerta de mi habitación veo que Paul no está. Me pego una ducha con el agua muy caliente. Las sensaciones de todo el día me nublan la vista y empiezo a marearme. Apoyo la cabeza en la pared e intento respirar.

Me dejo caer en la cama y, aunque el ambiente de hoy es templado, me tapo con el edredón, enterrando mi cabeza debajo de las sábanas. Y entonces me permito llorar un poco, bajando todas las barreras. Esa Alaia pequeña, huérfana y asustada se asoma a la superficie y las lágrimas empiezan a resbalar por mi rostro. Y lloro; bajito, suave, controlado. Si me descontrolo, pierdo. He de taparme la boca para no sollozar en voz alta.

Oigo como Paul entra en la habitación. Cuando pasa por mi lado, algo debe delatarme por qué me destapa y me mira fijamente a los ojos. Sé que no puede abrazarme, ni consolarme. Pero también sé lo que dicen sus ojos: "aguanta".

La mañana siguiente me cuesta una barbaridad levantarme. Paul y yo llegamos muy justos a la piscina, y sin apenas calentar empezamos la rutina. Los músculos se resienten más de lo habitual; en mi cuerpo reina un cansancio físico muy fuerte, pero hoy mi punto débil es la mente: está agotada. Aún así, la Teniente Coronel Avery me felicita.

Desayuno sola en una esquina del comedor. Ignoro los gestos de Jon para que me acerque y las miradas asesinas de Neith. No tengo ganas de confiar en nadie más de aquí después de lo de Ethan. Mi cerebro es incapaz de procesar lo que sucedió ayer.

Cuando entro en el aula, el coronel Kiri nos aguarda con su posado serio. Espera en silencio a que entremos todos y gasta unos minutos más en mirarnos sin apenas parpadear. Su frialdad es una pesadilla personificada.

-Bien, agentes. Finalmente en 5 días se abre una nueva convocatoria para crear escuadras. Esta vez, pero, no os elegiremos de manera directa-hace una pausa-, sinó que celebraremos una competición y, de todos los que os presentéis, se crearán cinco escuadras de cinco personas cada una. Os

podéis apuntar en mi despacho. Gracias.

Al abandonar la sala, el coronel deja una estela de poder que nos hace quedar callados. Veo como mis compañeros sopesan las posibilidades que acaban de crearse. Escuadras: ascender. Para mi, significa ascender hacia la destrucción de LOW, pero para la mayoría significa ascender hacia los exterminios, la hegemonía de la organización...hacia la destrucción total del mundo como lo hemos conocido. Y les parece positivo.

Recorro el aula con la mirada, fijándome en mis compañeros. En sus ojos hay esperanza, nervios, deseo. Cuando mi mirada se cruza con la de Paul, el mundo parece detenerse. La realidad pende de un hilo. Respiramos al unísono y soy capaz de imaginar sus palabras cuando asiente imperceptiblemente: ya estamos un poco más cerca, porque ascender significa acercarse a aquellos que tienen más poder.

La mañana transcurre entre el bullicio que ha creado el anuncio de la competición. La Teniente Avery me felicita de nuevo en clase de tiro, aunque ya ha llegado un punto en el que no puede corregirme nada; lo hago perfecto.

No sé cómo ni porqué, pero disparar es algo sencillo para mi. Desde cualquier ángulo, a cualquier diana; en movimiento, quieta. Nada parece resistirse a mi. Y eso parece fastidiar a gente como Ethan. Me mira con rabia. Apunto mentalmente tener cuidado con él. Además de su pasión por LOW, también noto que su técnica disparando es bastante buena; consigue bastantes tiros limpios. Sólo espero no coincidir con él en una escuadra.

Como con Paul y consigo saciar el hambre voraz que me ha estado devorando toda la mañana. Jon y Neith pasan por nuestro lado y se detienen. El primero nos sonrío y se sienta en nuestra mesa, en cambio el otro tarda unos segundos en hacerlo. Neith no cruza ni palabra ni mirada con nosotros; hace unos días pensé que podría ser interesante, ahora me planteo si es estúpido.

-Tienes que presentarte a la competición-me dice Jon.

-Gracias por contar conmigo-contesta Paul.

-Bueno, los dos. Sería genial que los cuatro estuviésemos en la misma escuadra.

-¡Tienes razón! ¿Tu que opinas?-digo con mala intención, dirigiéndome a Neith. Él levanta la mirada y eleva durante unas fracciones de segundo las comisuras de los labios. En fin.

-¿Qué te pasa?-le susurra Jon a Neith cuando Paul y yo retomamos nuestra conversación. Él simplemente niega con la cabeza.

Salimos corriendo del comedor, y aunque llegamos tarde, empiezo con muchas ganas el entrenamiento físico. La mañana me ha cargado las pilas y me siento efervescente. Así que corro, salto y me arrastro por toda la base sin dejar que el cansancio vuelva a mí.

Cuando estoy en el gimnasio, con pesas sobre mis hombros, miro mi reflejo en el espejo. Me veo más delgada; los músculos marcados. Pero sobretodo me sorprende mis facciones. En el transcurso de este mes he crecido. Ya no queda rastro de niña en mí. Entonces me río: ¿Qué niña tendría por objetivo asesinar a alguien?

Me he convertido en alguien más frío en cuanto mis acciones y muy emocional en cuanto a pensamiento. Y no para de sorprenderme el cambio; lo maravilloso de poder sentir y, sobretodo, de poder compartir cosas con personas como Paul. Pienso en mis chicos: Karl, Dana, Abigail. Les echo de menos, pero cada día es un día menos para verles.

Y en medio de este momento tan emocional aparece el Señor S. No le puedo poner cara ni cuerpo, simplemente es una silueta. Y me imagino a mí misma, apuntando hacia su cráneo y disparando.

Ni siquiera parpadeo cuando pienso esto y sigo.

Los días pasan con una rapidez increíble, y en un abrir y cerrar de ojos llega la competición. Han sido cuatro días intensos: me he levantado más pronto y acostado más tarde. Estoy convencida que mi masa muscular ha aumentado en estas noventa y seis horas.

Durante estos días la gente se ha ido agrupando. Jon, Paul y yo hemos estado pegados; hemos salido a correr, hemos nadado, hemos jugado al Warpaint (aunque de juego ha habido poco. Sólo ha servido para mejorar la técnica de disparo), y simplemente hemos cortado cualquier relación con los demás. Neith, a su vez, nos ha seguido de mala gana cuando no ha tenido con quien ir. Eso sí, no ha cruzado palabra conmigo ni con Paul.

Sigo sin saber si Jon es de confianza. Lo único que puedo decir es que no dice en voz alta pensamientos radicales a favor de LOW y que parece amable y buena gente. Pero aún no puedo afirmar nada. Aquí las personas no resultan ser lo que parecen. Como por ejemplo Neith, que me ha sorprendido para mal. El lado bueno es que de una manera u otra Paul y yo hemos encontrado a alguien con quien formar un grupo y así poder avanzar.

Cada día estoy más impaciente por alcanzar mi meta. Soporto la realidad por el objetivo que me he marcado. Y Paul es un pilar en mi paciencia

diaria.

Al levantarme de la cama le miro. Aún duerme y está tapándose la cara con los brazos. Primero reparo en lo bello que es, con los músculos marcados, la piel tostada y el pelo oscuro. Y desde que se sinceró conmigo se ha vuelto más bello si cabe, en sus ojos ya no hay un peso tan grande. Sabe que puede confiar en mí y viceversa. No ha vuelto a sacar el tema de su abuela y yo tampoco, pero sé que intenta remediarlo con cada acción que lleva a cabo.

Después de estas semanas en la base puedo decir que Paul es mi mejor amigo. Incluso diría que le quiero. Nunca hubiese pensado que acabaríamos así el día que le conocí, cuando me encontró en el suelo y yo sólo quería marchar lejos de monstruos como él. Me alegro de que al menos él haya recapacitado, de poder decir que ahora es una buena persona.

Me ducho y, al salir, trenzo mi pelo. Encuentro un uniforme especial en mi armario: un mono de algo parecido al cuero y unas botas militares. Todo negro con el logo de LOW bordado en plateado. Despierto a Paul y me visto.

Bajamos a desayunar; hoy el horario es diferente: a las 10 empieza la competición y tenemos libre hasta entonces. Decido llenar mi cuerpo de energía cogiendo avena, frutos secos, una manzana y dos plátanos.

-Hoy es nuestro día-dice Paul al dejarse caer en la silla de mi lado.

-¿Aunque estés graduado puedes participar en la competición?-pregunta Jon.

-Allí donde vaya esta chica voy yo.

-Qué halago-digo, intentando sonreír con los ojos.

-Un día me echarás de menos.

-No creo.

-Más quisieras.

-Vale.

Jon se ríe por lo bajinis, seguidamente mira a su alrededor para comprobar si alguien se ha percatado de su fugaz momento de felicidad y seguimos desayunando. Neith hace acto de presencia, tan de morros como estos últimos días. Ha llegado un punto en el que lo ignoro; no vale la pena. Comemos y seguimos a los agentes que nos guían fuera de la

base. En medio del desierto han construido una especie de estadio. Parece uno de los antiguos institutos, con gradas de hierro. Cientos de agentes están tomando asiento mientras otros llaman a los concursantes. Calculo que somos unos cien.

Un agente me da una identificación con un nombre que me cuelgo del cuello. Nos dan diez minutos para calentar y luego nos mandan a formar.

-La primera fase constará de una sencilla prueba física-dice el coronel Kiri a través de un micrófono-, tenéis dispuestas distintas máquinas de correr, simplemente debéis correr hasta que sea necesario.

En primera instancia no suena tan horrible como acaba siendo. Cuando ya llevo corriendo una hora sobre la extraña máquina, que en lugar de ser la clásica sólo es una cinta que da vueltas, empiezo a preguntarme cuándo se dará por finalizada la fase. Pocas personas han defallido durante esta primera hora, pero empieza a reinar un cansancio y exasperación general. El sudor empapa cada centímetro de mi piel, noto el mono tan pegado a mi que me da manía, pero es transpirable y estoy bastante fresquita. A mi lado Paul corre a un ritmo completamente estable, sin padecer. Me mira unos segundos y me guiña el ojo. Detrás de mi están Jon y Neith, que parecen estar un poco más comprometidos. Olvido por unos segundos la actitud que ha tenido Neith en los últimos tiempos e intento transmitirle fuerza con la mirada. Su respiración se calma un poco y cuadra la mandíbula.

Cuando está a punto de dar la hora y media apenas puedo seguir, el sol calienta mi piel y me siento débil. En una situación normal no habría sido capaz de aguantar tanto rato, pero las ansias de avanzar unos pasitos dentro del sistema de LOW hacen que queme hasta la última reserva de energía. Y, de pronto, anuncian el final de la fase. Intento tragarme tanto el vómito como las lágrimas. Cuando hacen el recuento veo que casi un cuarto de nosotros ha sido eliminado; quedamos ochenta y uno. La última media hora ha sido la decisiva para eliminar a los que no podían más.

Me crujo el cuello mientras nos explican que la segunda prueba consiste en disparar. Nos agrupan y un pequeño jurado irá valorando nuestras acciones. Me tranquilizo porque domino esto a la perfección. La primera ronda es pan comido: dar en el centro de la diana. Podría haberlo hecho sin mirar. Otros aspirantes no tienen la misma facilidad y unos pocos son eliminados. En la segunda ronda hacemos un seguido de ejercicios de tiro: moviéndonos nosotros, moviéndose la diana, puntería en concretas partes de un maniquí, disparar desde ángulos y posiciones extrañas...uno a uno voy bordando todos los objetivos. Cuando acierto la última diana miro al Coronel Kiri y veo como sonrío. Un escalofrío me recorre la espalda al darme cuenta que me está viendo como una buena aspirante a agente de

LOW. Eso me reconforta y horroriza al mismo tiempo.

Esta prueba ha sido demoledora para muchos, sólo quedamos cincuenta. Miro a mi alrededor y somos los únicos novatos que quedan. Veinticinco eliminados más y sólo quedaremos los mejores. Me incluyo porque sé que voy a conseguirlo. Aunque cuando oigo de que trata la última fase se me cae el alma a los pies:

-Felicidades, estáis demostrando una gran dedicación. LOW necesita jóvenes como vosotros-dice Kiri-. Ahora queda lo más difícil; cualquier agente de LOW ha de saber defenderse sin arma. Así que en esta fase tendréis que conseguir que vuestro oponente esté en el suelo durante 7 segundos.

Me entran ganas de llorar. No quiero pegar a nadie, ni sé cómo hacerlo. O quizás sí, pero no me apetece descubrirlo. De dos en dos van entrando y peleando dentro de un círculo rojo dibujado en el suelo. Por suerte Paul, Jon, Neith y yo no nos tenemos que enfrentar entre nosotros y así no hay posibilidad de eliminarse mutuamente. Alguien dice mi nombre junto con el de Ethan. Mi respiración se corta y por el rabillo del ojo veo como Paul se clava las uñas. No puede ser. Se me encogen las entrañas al ver los asesinos ojos de mi adversario ¿Cómo puedo ganar a alguien que mató a su propia hermana?

Camino lentamente hacia el círculo. Ethan parece ansioso y el mundo parece haberse detenido. No sé cómo empezar, nunca he pegado a alguien de manera gratuita. De golpe, el dolor inunda mis sentidos y me doy cuenta de que estoy en el suelo. Miro a un lado, desorientada, y vuelvo a encontrarme con los ojos de Kiri. Entonces me doy cuenta de que, para él, esto es un juego; una función. Nosotros somos los toros hasta que uno vence y es el torero, y él es el espectador que disfruta con el macabro espectáculo.

Recobro el control de mis sentidos y oigo como alguien está contando. Va por el cinco cuando reacciono, encendida por la rabia, y empujo con una pierna a Ethan. Me levanto un poco mareada, pero de golpe estoy focalizada y con la mente muy fría. Concéntrate Alaia. Concéntrate.

Ignoro el escozor que me producen las rascadas que me he hecho al caer. Tengo la piel de los codos levantada y sangra levemente. Me seco el sudor que me cae encima de los ojos y escupo la arenilla que he tragado.

Me abalanzo sobre Ethan y disfruto una milésima de segundo de su cara de sorpresa. Esta no la esperabas, capullo. Consigo encajar un puñetazo en su mandíbula y le doy un par de patadas en las piernas. Cuando voy a tirarle al suelo, él reacciona y me pega otro puñetazo. El golpe de antes parecía una caricia comparado con este. Se me nubla la vista y caigo al suelo, mareada y derrotada. No puedo focalizar nada, veo borroso y al

dolor se le suma el líquido caliente que empieza a caerme por encima del párpado derecho. Me incorporo y me doy cuenta de que estoy sangrando. Miro mi mano y a Ethan de forma alternante. Y en un segundo recuerdo a todas las víctimas que conozco y desconozco. Recuerdo caras inexpresivas, sangre, dolor, miedo. La cara de Patrick se desdibuja en mi mente cuando la rabia acude a mi. Un mecanismo se activa en mi mente y mi cuerpo se relaja. Estoy tranquila y serena por fuera, pero dentro de mí crece una rabia poderosa e implacable. Cuando Ethan se acerca hacia mí, confiado para rematar su trabajo, se detiene al ver la mirada que le dedico. Me acerco a él amenazadoramente y de un golpe lo derribo. Sin perder tiempo, me coloco encima de él y empiezo a darle puñetazos. No paro. Ni siquiera cuando la bocina avisa del final del combate. Sigo, sin piedad. La sangre me salpica y disfruto viendo como la conciencia se esfuma de sus ojos al ponerlos en blanco. Deja de luchar y yo me siento como un cazador con su presa.

Cuando debajo de mí sólo queda un cuerpo inconsciente, me doy cuenta de lo que he hecho. El silencio reina a mi alrededor y noto cientos de miradas sobre mí. El rostro de Ethan está irreconocible y me observo las manos, pensando como he sido capaz de hacer eso.

La rabia da paso al temor. Temor de mí misma y de qué va a pasar ahora. Me mareo cuando aspiro el olor de la sangre; cuando la noto en mis manos y cayendo por mi rostro. Lo último que veo antes de desmayarme son los ojos del coronel Kiri.

Capítulo 8

Capítulo 8

De lo primero que soy consciente es del dolor de cabeza. ¿Dónde estoy?, ¿Qué día es?, ¿Qué son esos pitidos y olor a desinfectante?...¿Quién soy?

Las respuestas llegan a mi de golpe y el dolor se intensifica. Alaia: ese es mi nombre. Estoy en la base de LOW en algún día de un caluroso Marzo. Me llevo una mano a la cabeza y me apreto las sienes. Siento la sangre bombeando a través de mis venas. Abro un ojo. Delante de mi hay una camilla con un chico...Ahogo un grito al reconocer a Ethan debajo de las magulladuras y al darme cuenta de que se las he hecho yo.

-Eh, tranquila-dice alguien. Me sobresalto al ver a Neith con cara de preocupación.

-¿Qué haces aquí?-consigo responder.

-Mira, es muy importante la manera en la que te comportes a partir de ahora-explica con un hilo de voz-. Son una panda de buitres y les encanta que seas tan....letal; pero recuerda donde estamos y qué aquí los sentimientos más allá de la lealtad a LOW no están permitidos...

En ese instante irrumpe en mi campo de visión el Coronel Kiri, la Teniente Coronel Avery y un par de agentes más. Neith se retira de la estancia, no sin echar una mirada de disculpa por su comportamiento. Me relajo un poco al ver que quizás su enfado ha terminado.

-Buenas tardes, señorita Corwell-dice con voz calmada el Coronel-. ¿Cómo se encuentra?-. Yo, en respuesta, simplemente asiento.

-Vayamos al grano-interviene Avery-. ¿Es consciente de que ha estado a punto de matar a un agente de LOW?

-Yo sólo quería un puesto en las escuadras-contesto. Y aunque estoy diciendo la verdad me siento orgullosa de lo serena y firme que suena mi voz.

-Agradecemos su dedicación-dice Kiri, ignorando la arqueada ceja de la Teniente. Entonces, por motivos que desconozco, deciden creerme. Los rostros de ambos se relajan y la tensión del ambiente se esfuma-. Eres de las mejores incorporaciones que hemos tenido en mucho tiempo. La

verdad, pensaba que fallarías contra Ethan; pero estoy impresionado.

-Gracias.

-Dadas las circunstancias, hemos llegado a la conclusión que tu escuadra estará formada por Paul Smith, Neith Perkins, Jon López y Jude McKellen.

-¿Mi escuadra?-digo. Atónita. Así estoy. Más allá de que vaya a estar en una escuadra compuesta por mis compañeros, no esperaba que fuese a ser mi escuadra-, Paul está más preparado que yo para ejercer como líder.

-Exactamente por eso. Él te aconsejará. Si lo haces bien, ya tendremos dos líderes-contesta Kiri. Lo dice de tal manera que queda claro que no hay posible discusión, así que simplemente he de conformarme y restar en silencio.

Cuando se van, aparece Paul. Tiene ojeras oscuras y trae consigo un aura de cansancio. No puede abrazarme, ni besarme, pero me mira con intención y roza sus dedos contra los míos, mientras articula un <<te quiero>>. Por primera vez no me incomoda que alguien exprese cariño por mi e intento contestarle sin palabras.

-¿Cómo estás?

-Bien, contando que casi mato a un chico y que ahora soy tu jefa.

-Bueno-contesta, con una leve sonrisa.

-¿Y tu?

-¿Yo?

-Sí, tu. Parece que hace días que no duermes.

-La verdad, no he dormido nada esta noche. Has estado inconsciente un día entero-dice, añadiendo esto último al ver mi cara de confusión.

-Vaya.

-Sí, vaya. Cuando estés mejor tienes que reunirte con tu equipo.

De pronto, no puedo evitar volver a mirar la cara de Ethan. Su respiración es lenta, pero constante. Suelta algún gemido desde el mundo de la inconsciencia. Me gustaría sentirme mal por lo que he hecho. Bueno, me siento mal por lo que he hecho, no a quién. Cierro un momento los ojos y

al abrirlos veo que Ethan me mira entre una pequeña ranura de sus párpados. Me ve y no me ve. Al cabo de unos segundos vuelve a cerrar los ojos.

Paso el resto de la tarde en lo que parece ser la enfermería u hospital de la base. Tengo la herida en la frente, pero nada grave. Hacia las siete de la tarde me dejan ir. La enfermera me da un chándal negro de LOW y me desea buena salud. Salgo al exterior y mis pulmones se contraen un segundo al respirar aire libre.

-Alaia-dice alguien, que resulta ser Neith. Está apoyado en la pared del edificio. Suena casi aliviado-, ¿Cómo estás?

-Mejor, aunque me duele la cabeza-contesto. Entonces se crea el silencio, y éste se convierte en incómodo. Miro hacia el cielo, intentando no parecer estúpida. Voy a hablar cuando escupe lo que parecía querer decir desde hacía rato:

-Siento mi actitud de estos días.

-No pasa nada-digo, con una sonrisa-, sólo has sido un capullo.

-Bueno-dice mientras se pasa una mano por el pelo-, ahora eres mi jefa. Ven.

Le sigo hasta el piso de la residencia. Parece que siempre acabo rodeada de buenas personas. No conozco a ese tal Jude, pero de momento Jon y Neith parecen sinceros y no parecen fanáticos de LOW. Aunque prefiero no ilusionarme. Ethan sigue rondando mi mente, y me pregunto en qué punto de su vida se convirtió en lo que es ahora o si ha sido un monstruo desde que nació. No tengo respuesta para eso, ni para otras muchas cosas.

Mientras mi cabeza está a kilómetros de la realidad, Neith me ha conducido hasta lo que deduzco que es su habitación. Me incomoda un momento la situación antes de reparar en que Jon, Paul y un chico moreno con el pelo largo, que debe ser ese tal Jude, están sentados en las camas.

-¿Qué pasa jefa?- pregunta Jon alegremente.

-Si dejáis de llamarme así me haréis un favor.

-A sus órdenes-dice Jon con una sonrisa socarrona.

-¡Jon!-digo. El ríe mientras hace el saludo militar.

Oímos un sonido mecánico y al girarnos vemos que la cámara de la habitación se ha movido. Nos mira fijamente mientras el objetivo se mueve. Alguien en algún lugar de la base está observando nuestros movimientos. En un pacto silencioso, entendemos todos que hemos de tener cuidado y que nuestra alegría ha sobrepasado la permitida por LOW. Jon y Paul cambian en menos de un segundo sus expresiones. Ahora sólo somos cinco rostros serios.

-Tienes que planificar un horario-me dice Paul, cruzándose de brazos. Reparo en el tatuaje que tiene en la parte interna del bíceps. Es un escorpión negro-Alaia.

-¿Qué? Ah. Sí. Claro-digo, despertando de mi trance. Medito unos minutos en los que el silencio reina a mi alrededor-. Nos levantaremos a las 7. Hora y media de piscina o ejercicio. Desayuno. Pasamos de las prácticas de tiro, si estamos aquí es porque ya sabemos eso; así que directamente al simulador. Ahí nos quedaremos dos horas.

-Después de eso deberíamos descansar. Cada mediodía nos asignarán una misión para la tarde-interviene Paul.

-¿Qué?!, ¿Cuándo será la primera?-pregunto, alarmada.

-Pasado mañana, creo. Nos harán pegarnos a escuadras más veteranas durante un tiempo para aprender procedimientos.

-Si sólo fuese eso...-comenta Jon entre dientes.

-También valorarán la "validez" y la "efectividad" de nuestra escuadra- me susurra Neith al ver el interrogante en mi cara.

-Con efectividad se refieren a...-dice Jude. Es la primera vez que habla. Su voz es aterciopelada. Lleva el pelo recogido en una coleta y tiene los ojos de color miel. Nos quedamos de nuevo en silencio y Paul asiente una vez.

La tensión y la ansiedad se apodera de la habitación. Me doy cuenta que ninguno de mis compañeros se siente de acuerdo con la tarea que tenemos que llevar a cabo. Eso me tranquiliza. Doy gracias a la suerte por juntarme con personas que no son como Ethan. Nadie se atreve a decirlo en voz alta pero todos nos damos cuenta de esto mientras miramos al suelo, al techo, a cualquier sitio que implique no mirarse a los ojos.

-Es decir, me han puesto como líder de una escuadra que, de momento, está bajo el poder de otra.

-Exacto-contesta Paul.

-Increíble.

-Amazing-murmura Jon, bromeando de nuevo.

-Hemos perdido dos días de entrenamiento. ¿Te ves con cuerpo de hacer algo?-me inquiere Neith. Asiento tras hacer un rápido chequeo de mi cuerpo. Aunque tengo la sensación de tener cemento en mis extremidades, me veo capaz. Por suerte (o no) estoy en una base de LOW y nadie se preocupa demasiado por mis desmayos, ¿Qué estoy despierta? Pues lista para seguir.

Una de las ventajas de ser de una escuadra es poder salir fuera a hacer ejercicio. Eso sí, siempre con nuestra arma. Nos separarnos para cambiarnos de ropa y nos reagrupamos en la entrada de la base. Nos colocan los dispositivos de seguimiento y somos un poco libres.

Después de unos estiramientos Paul, Jon y Jude se quedan haciendo pesas con unas piezas de hierro que se han traído. Así que me voy a correr con Neith.

Con un ritmo suave pero constante corremos sin un rumbo definido a través del desierto. A pesar de ser las ocho de la tarde, el calor sigue abrasando. Me pregunto cuándo acabará esta ola de calor mientras el sudor se cuele en todos los huecos de mi cuerpo. Aunque me siento cansada, sigo. Meuerzo.

Me fuerzo hasta que se me nubla la vista; pierdo el equilibrio y con ello el suelo bajo mis pies. Antes de poder reaccionar me caigo.

-iAlaia!-dice Neith, alarmado.

-Estoy bien.

-Ven, vamos a sentarnos ahí-. Señala una piedra muy grande, de una posible ruina, que proporciona un poco de sombra. Me dejo caer y respiro pausadamente hasta que siento mi cerebro donde debe estar.

-Lo siento.

-¿Estas de coña?-murmura. Se pasa una mano por el pelo y me mira. Tiene los ojos muy bonitos: grises, sin fondo-. ¿Quién eres?

-Ya lo sabes, Alaia.

-No, en serio ¿Quién eres?, ¿Qué pretendes?

-¿Y tu?

-Yo he preguntado primero.

-Que contestación tan original y poco predecible.

-De acuerdo-dice al fin, después de ver que no tengo intención de contestar en primer lugar. Me mira entrecerrando los ojos, preguntándose si puede y debe confiar en mi. Suspiro y pongo mis rodillas debajo de mi barbilla.

-Sólo con preguntarme eso ya has tomado la decisión de confiar en mi.

-Entonces no hace falta que te diga quién soy.

-Entonces creo que tampoco hace falta que lo diga yo.

Neith me mira unos segundos más hasta que relaja la expresión y el cuerpo. Me sonrío y gira la cabeza para mirar hacia el cielo. Pues nada, ya me he confesado con otra persona. Podría ser una trampa, un juego; pero, por una vez, me dejo llevar por mi intuición. Cierro los ojos y los abro cuando una onda de calidez se extiende por mi cuerpo. Miro la mano de Neith en mi muslo dándome un par de palmadas y luego lo miro a él.

-Aún no me has dicho quién eres, de dónde vienes.

-Suficiente confianza por hoy, Neith-le susurro, a pesar de la extraña sensación en lo profundo de mis tripas que me incita a contarle mis secretos.

-¡A sus órdenes!

Le pego un manotazo y reímos sin control durante unos minutos. Nadie lo ha dicho pero los dos sabemos que pasa. Que extraña es esta realidad: distorsionada, ficticia. Dieciséis años y jefa de una escuadra creada para asesinar a aquellos que no siguen a una organización que ha aniquilado a más de un quinto de la población para establecer un control hegemónico en este mundo; dieciséis años y estoy siendo preparada para convertirme en una implacable máquina asesina.

-Nunca me has dicho cuántos años tienes-le digo.

-Diecinueve desde hace tres días, ¿Y tu?

-Dieciséis. Si no llevo mal las cuentas, no falta demasiado para mi cumpleaños.

-No entiendo porqué eres mi jefa siendo un bebé.

-No lo soy, pero ¿Algún problema?-digo, arqueando la ceja y sonriendo.

-Para nada. Pero no me pidas un chupete por las noches.

Un rato después andamos sin rumbo concreto hablando de todo y de nada. De pronto, vislumbramos unas ruinas a lo lejos. Neith se detiene y cierra un poco los ojos, fijando la vista.

-Parece un pueblo-dice.

-Bueno, lo que queda de él.

-LOW ha arrasado con muchísimos pueblos. Como con el mío; acostúmbrate a encontrarte con esqueletos así.

Levanto la cabeza y lo miro. No me devuelve la mirada por lo que prefiero no preguntar sobre su pasado. Nos acercamos rápidamente y el paisaje es desolador; casas en ruinas, paredes solitarias con recuerdos polvorientos: cuadros, fotografías de desconocidos que el sol y los demás agentes externos han estropeado. El aire está tan muerto como la ciudad. Aparto la mirada de un esqueleto humano y de las manchas de sangre que hay en algunas paredes. Estamos caminando a lo largo de lo que parece una avenida. Al fondo hay un edificio de una planta, es el que está más entero: cuatro paredes, suelo de baldosas con grietas y un tejado rojo. Sólo quedan dos habitaciones, una parece un salón y la otra una habitación. Me dejo caer en la polvorienta cama después de comprobar que es segura. Neith se sienta a mi lado y nos quedamos así, viendo como el sol se duerme y las estrellas se despiertan.

Nos cuesta orientarnos para volver al punto donde estábamos, pero al final resulta que sólo tenemos que caminar quince minutos. Como no vemos ni a Paul ni a los demás, volvemos a la base.

-Ha estado bien-me dice Neith, sonriendo levemente.

-¿El qué?

-Hablar contigo.

Me lo quedo mirando y sacudo la cabeza para evitar ruborizarme. Nos despedimos cuando viene la Teniente Coronel Avery y me dice que le acompañe. Neith pone una mueca y me desea suerte con los ojos.

Pregunto a la Teniente dónde vamos, pero el silencio es mi única respuesta. El sudor de mi piel se ha enfriado y tengo un poco de frío. La calidez que Neith me había provocado se ha esfumado en dos segundos.

Ha sido agradable. Casi estoy convencida de que Neith es buena persona. Pero no me fío lo suficiente como para contarle mi historia y, ni mucho menos, para preguntarle sobre la suya.

Cuando vuelvo de mi mundo mental estoy en un ascensor; las puertas de éste se abren y entro en una sala de paredes blancas y suelos afelpados. Al final de una larga alfombra hay una enorme mesa de madera oscura. No reconozco al hombre que está sentado delante de dicha mesa; canoso y de ojos azules, me observa con cierta hostilidad.

-Siéntate, Alaia-dice con voz grave. Le hago caso- ¿Sabes quién soy?

-No.

-Mi nombre es Ken. Soy subdirector de LOW.

-Vaya, ¿A qué se debe este honor?-digo, rezando por sonar adulatora y no irónica.

-¿Conoces a Daniela Annabel Kennedy II?

-La verdad es que no, ¿Debería?

-Claro...supongo que tu la debes llamar Dana-escupe el nombre con bastante asco.

¿Qué ha pasado? Mi mente entra en estado de alerta y las manos me empiezan a sudar, ¿Estará bien?, ¿Estará viva? Intento controlar mi expresión para que no se note el vuelco que ha dado mi estómago.

-Sí. Sí la conozco-contesto al fin.

-¿Sabes dónde está?-susurra Ken arqueando una ceja.

-No. En absoluto. Pensaba que estaba en mi ciudad, en el hotel -hago una pausa-, ¿Puedo preguntar por qué me pregunta esto?

-Ha desaparecido.

-Se ha escapado- dice una voz detrás de mi. Me giro y es Neith. Mi corazón se para del todo y los ojos se me salen de las cuencas ¿Qué hace aquí?

-Oh, hola Neithan. Alaia, ¿Conoces a mi sobrino?

-Sí-consigo decir. La rabia está luchando con la impotencia y el miedo. Ya está, aquí acaba mi camino. Neith va a contarle lo que sabe de mi. ¿Qué sabe de mi? Realmente no sabe nada, pero sí lo suficiente como para que

me vuelen los sesos. Neith me mira con mucha intensidad y yo intento rehuir su mirada. La tensión se apodera del ambiente. Ken me mira y sonrío.

-Bueno. Si no sabes nada, confiamos en que nuestros agentes se encarguen de ella.

-Claro.

Salgo escopeteada del despacho y no miro atrás. Bajo las escaleras de dos en dos y apreto aún más el ritmo cuando oigo a alguien bajando, ya que supongo que es Neith. Cruzo la base corriendo y, cuando estoy a punto de llegar a las residencias, una mano me tapa la boca y otra me agarra por la cintura. Dejo de sentir el suelo bajo mis pies y doy patadas al aire. Neith me empotra contra un muro. Reconozco las flores y la esquina: estamos en el punto ciego. Intento morderle, pegarle, deshacerme de su agarre, pero no puedo: es más fuerte que yo.

-Sht. Alaia, cálmate.

Le contesto con un intento de patada.

-Hasta que no te calmes no podré soltarte-me susurra al oído. Al final desisto y me relajo-. Si gritas nos meterás en problemas a los dos.

-De acuerdo-digo cuando me suelta del todo. Cuadro la mandíbula e intento no mirarle a los ojos.

-¿Por qué estás tan enfadada?

-A mi me parece obvio.

-Esto no cambia nada. Sólo soy yo.

-Esa es la cuestión ¿Quién eres?!- le empujo lejos de mi. Él hace ademán de decir algo varias veces y al final profiere un gruñido de frustración.

-Soy Neith-dice. Yo arqueo una ceja y sonrío en plan burleta. Él se frustra más aún-. Alaia...jugamos en la misma liga.

-Cuando tu tío es subdirector de la organización más mortífera de la historia de la humanidad no juegas en la misma liga. Y de todos modos, me lo has ocultado.

-Venga. No nos conocíamos ¿Me hubieras dicho siquiera tu nombre sabiendo esto?

-Pues a mi me parece algo relevante que decir, ¿Sabes? Estar a tu alrededor puede ser peligroso. No me gusta la gente que miente y oculta cosas, Neithan-le espeto. Pronuncio su nombre con tanto desprecio que arruga la nariz y la frente, dolido. Que te jodan. He perdido cualquier confianza que hubiese conseguido con Neith. Me giro y me voy. Entro en la residencia y Neith vuelve a agarrarme cuando voy a coger el ascensor. Sacudo su mano de mi brazo y me giro, con los ojos ardiendo de rabia-. Déjame. Nos vemos mañana. Es una orden.

Me levanto quince minutos antes de lo previsto. Hago unos estiramientos y me concentro. Mañana por la tarde tendré que trabajar con personas que han matado a inocentes y lo más probable es que yo también tenga que hacerlo. Vuelvo a acordarme de todos los que he dejado atrás para armarme de valor. Mente fría, acciones frías.

Me pongo el bañador y despierto a Paul. Le digo que en diez minutos tiene que estar en la piscina y luego me dirijo a despertar a los demás.

Ni siquiera miro a Neith cuando llega unos minutos tarde y empiezo a nadar. Voy marcando los ritmos y los estilos: crol, espalda, braza y mariposa. Cuando acabamos, me siento orgullosa de mi equipo. Estamos todos con la respiración entrecortada.

Nos sentamos a desayunar y he de obligar a Jon a desayunar comida sana. Aunque refunfuña, lo consigo. Neith y yo seguimos sin cruzar palabra y los demás se han dado cuenta.

-¿Qué quieres hacer hoy por la tarde? No tenemos misión-dice Jude.

-Tu te vienes conmigo a correr y los demás hacéis pesas-contesto. Quiero conocerle un poco más y estando los dos solos es la mejor oportunidad.

-¿Algún día harás pesas?-dice Neith. Me ofende tanto su intento de comunicarse conmigo que ni siquiera demuestro haberle oído. Jon tose y empieza a hablar con Paul. No me importa cuán estúpida esté siendo mi actitud, estoy realmente dolida con Neith. Si a eso le sumas las escasas veces que he confiado en alguien, el problema se convierte en un conflicto bélico.

Cuando llegamos al simulador, está ocupado. Me llevo el susto más grande de mi vida cuando veo aparecer a Ethan totalmente recuperado: sin magulladuras ni moratones. No es posible. No es posible. Ayer lo vi y no se le veían ni los ojos del hinchazón.

-Hombre, pero si es Alaia.

-Qué bien verte recuperado-interviene Paul.

-Todos tenemos nuestros secretos, ¿No, Alaia? Como tu lado asesino- dice Ethan. Me hace sentir un monstruo.

-Cállate-escupe Neith.

-Venga, si todos somos amigos-dice Ethan alzando la voz. Sonríe con un gesto escalofriante-. ¿Una partida?

-No-digo.

-¿Tienes miedo?-me susurra. La rabia se enciende automáticamente y me acerco a él.

-No. ¿Y tu? Lo tenias cuando te desangrabas delante de todo el mundo-le murmuro en la oreja. Ethan gruñe de rabia y me intenta pegar un puñetazo. Yo agarro su puño con mi mano. En ese instante sé que algo ha cambiado. Es más fuerte. Nada me cuadra mientras me empuja hacia el suelo. Mientras Ethan me mira desde arriba veo como disfruta de su victoria justo antes de que Paul lo empuje lejos de mi. Ethan vuelve a sonreír y se despide poniendo dos dedos sobre su frente. Cuando entra en el simulador, salgo con mis compañeros rozandome los talones. Me dirijo al gimnasio y empiezo a dar vueltas, descontrolada. Paul me arrastra y formamos un corro todos juntos.

-Ha cambiado-digo, susurrando.

-Yo también lo he notado-corrobora Paul.

-Es más fuerte-explico a los demás.

-Sólo hace falta ver como se ha recuperado-dice Jon.

-Neith, sígueme. Chicos, quedaros aquí. Rutinas de ejercicio.

Sorprendentemente me hacen caso y Neith me sigue. Como aún es de día, decido salir fuera para hablar en privado. La cabeza me estalla de impaciencia cuando han de ponerme el localizador. Consigo llegar al pueblo abandonado antes de lo pensado. Este sitio me hace sentir un poco segura y libre de oídos indeseados.

-¿Tu sabes algo?-le inquiero.

-¿Qué? No. ¿Debería?

-Sí. Aprovecha ese lazo familiar tuyo y descubrelo.

-¿Pretendes aprovecharte de mi?

-Pues sí. Aunque no hace falta que lo digas así. Suena peor de lo que es.

-¿Ves algo más allá de tus narices?-dice, enfadado. Entonces se va y me deja sola. Si no estuviese tan rabiosa con él, me habría sentido tan muerta como el pueblo. Pero tengo que tomar decisiones y conseguir lo que quiero y necesito. Si hay un remedio por ahí que te cura de palizas y te hace más fuerte, quiero saberlo.

Con todo esto, me quedo donde estoy y entreno sola un rato. Corro por el pueblo, hago abdominales y más ejercicios que no requieren nada más que mi propio cuerpo.

Cuando camino entre el derruido paisaje, veo un reflejo. Soy yo. Me cuesta unos segundos llegar a esa conclusión. Mi cuerpo ha crecido tanto...tengo más músculo, aunque menos pecho. Lo que más ha cambiado son mis ojos, parecen de una persona mayor; duros, profundos; el derecho enmarcado por una herida que intenta cicatrizar. Caigo al suelo, derrotada... a veces la realidad puede conmigo. A veces soy consciente de toda la gente que ha muerto;siento cada víctima, cada millón. Y he de gritar para no romperme. Cuando empecé a conectar con la realidad no era consciente de la carga emocional que conllevaría, pero ahora no hay marcha atrás.

Echo de menos a mi madre. Nunca he tenido una, pero lo echo de menos; que me abracen y toquen el pelo mientras me dicen que no pasa nada, que alguien cuide de mi... Ese es el gran trabajo de una madre: cuidar de su hijo, protegerle incluso de realidades así. Traer al mundo un hijo es muy fácil, cuidar de él no tanto. Mi padre es un ejemplo.

El recuerdo de mi padre me revuelve el estómago. No es más que una risa, un disparo y el asesino de mi madre. Dejo caer la cabeza entre mis manos y lloro un poco por lo que pudiera haber sido.

Capítulo 9

Capítulo 9

-¿De dónde vienes?-le pregunto a Jude. El sol de la tarde quema sobre nuestras cabezas, aunque la temperatura ha empezado a descender. Después de una mañana tensa, estoy a solas con él.

-De Washington. Aunque no me acuerdo demasiado.

-¿Por qué?

-Fue una de las primeras grandes ciudades que tomaron. Era muy pequeño-musita. Se me hieló la sangre.

-Entonces, has vivido con LOW muchos años.

-Desde los siete hasta ahora, que tengo dieciséis.

-Ah...

-No te preocupes-dice, mirándome. Sé que dice que confíe en él, pero hay algo dentro de mí que no es capaz. Quizás soy muy desconfiada o quizás estoy a la defensiva por culpa de Neith.

-No, no. Estoy tranquila-contesto con una sonrisa.

-No soy una máquina asesina-lo miro con los ojos como platos. ¿Realmente ha dicho eso en voz alta? Miro a mi alrededor aunque sé que no hay nadie-. Nadie me ha escuchado, no te preocupes. De veras.

-Tienes un voto de confianza. Uno.

-Gracias.

No tengo ganas de hablar y corremos en silencio. Cuando no cruzamos palabra es cuando mejor me siento con Jude. Es el único del grupo que tiene mi edad, quizás debería acercarme más a él.

Vivo en una situación complicada. Me siento en una constante ruleta rusa y que si sigo viva, es por pura suerte. No puedo guiarme sólo por mi intuición; la racionalidad tendría que tener un papel importante en mis decisiones, pero también ha llegado un punto en que soy como Sócrates: "Sólo sé que no sé nada", ¿Cómo voy a saber afrontar una realidad nueva? Es decir, antes las cosas ya eran complicadas, pero si confiaba en

alguien no había peligro de morir asesinada.

Algo debe delatar los caminos que han tomado mis pensamientos por qué Jude se para un momento, me pone una mano en el hombro y dice:

-Sólo se trata de sobrevivir. Piensa en eso y será más fácil.

Yo simplemente sonrío y sigo corriendo. Tiene razón. Puede convertirse en un mantra: sólo se trata de sobrevivir. Quizás las situaciones difíciles parecerán más fáciles de resolver así.

Por la noche caigo rendida en la cama después de ducharme. Estoy mirando al techo hasta que me siento observada. Es Paul, recostado en el marco de la puerta del baño. Gotitas de agua procedentes de su pelo resbalan a través de su cara, torso y piernas. Es bello, realmente bello.

-¿Cansada?

-No sabes cuánto.

-Te echo de menos.

-Si nos vemos a todas horas.

-Pero ya no pasamos tanto tiempo juntos.

-No puedo hacer nada, lo sabes.

Pone una mueca maliciosa y sonrío cuando, rápidamente, da un golpe a la cámara hacia arriba y cambia la dirección del objetivo. Se mueve por la habitación, desconectando los micrófono- ¡Paul!, ¡¿Estás loco?!

-No pasa nada. Simplemente diremos que se han estropeado. ¿Te piensas que es la primera vez que alguien hace esto? En las bases los de LOW son más relajados. Sólo una noche.

-Vale.

-¿Quieres dormir conmigo?

-La verdad es que sí.

Cierra la puerta con llave y estoy por primera vez a solas con alguien desde hace mucho tiempo. Juntamos las dos camas y nos estiramos. Hablamos durante horas, le explico la historia de mis padres, mi vida. Como cuando me escapé de la casa de acogida para buscar a mis padres y me encontraron durmiendo sobre la tumba de mi madre. O cuando después de una exhaustiva búsqueda para encontrarles, la familia de mi

padre no quiso quedarse conmigo y tuve que volver al orfanato de nuevo. Mi madre simplemente no tenía más familia; estaba sola, como yo.

-¿Y tu cómo estas?-digo.

-Mejor. Me sigo sintiendo una mierda de persona, pero mejor.

-Sólo se trata de sobrevivir.

-Pues sí. Sabias palabras.

Entonces nos quedamos en silencio, mirándonos. Y veo como se acerca el momento y luego como se acerca Paul. Antes de poder evitarlo, o quizás no quiero, tengo sus labios sobre los míos. Nos besamos. Y es raro. Nos miramos a los ojos otra vez y empezamos a reír.

-Ha sido raro-digo cuando puedo articular una frase.

-¡Ha sido como besar a mi hermana pequeña!-dice.

-Bueno, no estaba de más probar-contesto, sonriendo. Y sin más, nos abrazamos y nos dormimos.

Al día siguiente me despierto sabiendo que a partir de hoy van a empezar tiempos difíciles. Aparto de mi mente la imagen de mi misma disparando a un inocente mientras me desperezo. Miro a Paul que, para variar, el despertador no ha causado ningún efecto en él. Me río en silencio al recordar el beso de anoche; definitivamente Paul no me gusta. Es decir, lo adoro y quiero mucho pero ,como bien puntualizó ayer, es como mi hermano mayor. Igualmente me ha ayudado mucho dormir con él esta noche.

Bajamos a la piscina cuando consigo despertarle. Por suerte, hoy están todos y no tengo que hacer de jefa.

-Buenos días team-digo. Todos me sonrían menos Neith, que hace oídos sordos. Resoplo y me acerco a él cuando los demás entran en la piscina-. ¿Ahora tu eres el ofendido?-le susurro. Sigue haciendo oídos sordos y la rabia se enciende dentro de mi-. Eres odioso, te lo prometo.

-Lo siento si no me gusta que se aprovechen de mi.

-Lo siento si no me gusta que me oculten cosas.

Hace una mueca de asco y se va a nadar. Me sereno un poco y empiezo el ejercicio. No entiendo porqué me frustra tanto Neith, pero lo hace. Me dan

ganas de pegarle un puñetazo y ni siquiera acabo de saber porqué.

Canso mi cuerpo todo lo que puedo, me esfuerzo al máximo y hago que mis compañeros vayan al límite también. Tenemos que ser los mejores.

De pronto, caigo en algo. Dana. ¿Cómo he podido ser tan estúpida de olvidarme? He estado tan centrada en odiar y enfadarme que he olvidado lo más importante: ha desaparecido Dana. Dana, mi única amiga. Empiezo a ponerme nerviosa y casi me ahogo. Salgo de la piscina intentando controlar mis nervios pero Paul se da cuenta de que pasa algo.

-¿Qué ocurre?-pregunta, cuando llega a mi lado.

-El otro día me dijeron que Dana había desaparecido-susurro.

-Alaia. No te preocupes.

-¿Cómo quieres que no me preocupe?!

-Baja la voz.

-Vale.

-Si ha desaparecido es que ha escapado. Si la encuentran te lo dirán y entonces deberás preocuparte, pero mientras no.

-Qué fácil es decir eso.

-Hazlo. Es tu deber. Cualquiera puede verte afectada ahora y no puedes permitirte eso.

-Tienes razón.

-Pues no te quedes más rato aquí quieta.

Como si no pasase nada, retomamos el ejercicio. Consigo llevar un poco más al límite a mis chicos. Mientras ellos desayunan, corro para llegar antes que nadie al simulador; y por suerte así es. Espero a los demás mientras me pongo el equipamiento.

-Toma, te he traído un refresco-dice Jude al entrar. El líquido irrumpe en mi paladar como agua celestial y el azúcar llena mis células de energía.

-Gracias-le respondo. Ahora me dirijo a todos-. Somos un equipo, mentalizaros. Hoy luchamos contra los hologramas, mañana contra...los infieles-digo. Me cuesta tanto decir la última palabra que entro en pánico,

pero nadie me lo tiene en cuenta.

La batalla resulta intensa, mis compañeros actúan bajo mis órdenes como piezas de ajedrez, y toman las decisiones correctas cuando han de actuar por libre. Veo que esto va a funcionar cuando conseguimos acabar totalmente limpios de tiros enemigos. Aún me emociono más cuando volvemos a obtener el mismo resultado con el nivel más difícil.

Me dejo caer contra la pared en algún punto perdido del laberinto ¿Hasta cuando durará esta racha de suerte? Se abre un agujero en mi pecho cuando pienso en el futuro; y no sólo en el lejano, también en el inmediato: esta tarde será de las primeras pruebas letales que tendremos que afrontar. No habrá margen de error.

-¿Todo bien por aquí?-pregunta Jon tendiendo una mano. La cojo y me levanto.

-Sólo pensaba en esta tarde.

-Todo irá bien-contesta, después de poner una mueca.

-Aquí ir bien significa que va mal-susurro, pensando en todos los que mueren día tras día. Jon me escucha y asiente imperceptiblemente con la cabeza. Le doy una palmada en la espalda y marchamos con los demás hacia el comedor.

Nos permitimos un festín a base de arroz, carne a la plancha y fruta. Mi cuerpo necesita tanto la comida como el oxígeno.

-Esta tarde es crucial-digo.

-Simplemente hacer lo que os manden sin rechistar y con convicción-dice Paul

-Podemos-añade Jude. Neith, a su vez, resopla.

-¿Cuál es tu problema?-le espeto.

-Ninguno.

-Pues calmate o te tendrás que quedar aquí.

-¿Qué dices Alaia?-gruñe entre dientes.

-No pienso poner en riesgo lo de hoy por tu actitud.

-¿Mi actitud?, ¿Has visto la tuya?

-Chicos, estáis llamando la atención...-interviene Paul. Neith cambia su expresión y yo me tranquilizo.

-Convivencia pacífica chicos, no es tan complicado-dice Jon.

He de morderme la boca por dentro para no contestar.

A las cuatro en punto nos espera un camión a las afueras de la base. Al contar la gente que tengo alrededor veo que somos treinta, y que han creado una escuadra de más. Clavo mis uñas en el brazo de Paul cuando me doy cuenta que Ethan, aunque perdiese contra mi, es capitán de una escuadra. El otro día no caí en esto pero ahora estoy viéndolo ahí, disfrutando del poder. Sus músculos han crecido visiblemente y parece más saludable que nunca. Miro de reojo a Neith y me pregunto si habrá investigado sobre ello, pero no puedo preguntarle.

Subimos por grupos al camión y nos apretujamos. A los jefes de escuadra se nos entrega un brazalete rojo con diferentes símbolos. Mi brazalete lleva un símbolo que reconozco como celta; simboliza el círculo de la vida: el nacimiento, la muerte y el renacimiento. Me sorprende que LOW use algo así para identificar sus patrullas asesinas, parece fuera de lugar.

El viaje es eterno: el silencio, el calor sofocante y el sudor que me cae por las sienes lo hace insoportable. La ansiedad me sube por la garganta como si fuese una arcada. Neith me observa en silencio, sentado frente a mi. Sus ojos grises restan inmóviles sobre mi persona, su boca es una línea fina, su mandíbula está más apretada que nunca... me sorprende que no le explote una vena o se le rompa un diente ¿Qué estará pasando por su cabeza?

-¡Venga chicos, abajo!-grita alguien asomándose por la puerta del camión.

Me asombra el tapón que pueden crear treinta personas; mientras unos luchan por salir del camión, mi grupo y yo nos quedamos sentados, observando. Salimos los últimos, pero sin problema alguno.

El sol tuesta mi piel y se refleja en los edificios que hay a cada lado de la enorme plaza en la que nos encontramos. La ciudad parece desierta a excepción de nosotros y otro grupo de gente que se fragmenta en seis grupos cuando nos ven bajar del camión. Sin que me tengan que decir nada me acerco al chico que lleva un brazalete como el mío.

-Lista, me gusta-dice, con un tono de voz neutro.

-Así soy-respondo. Entonces presento a mi grupo uno a uno.

-Ellos son Michael y Bill; ellas Anouk y Jennifer. Yo Javier. Somos la escuadra Triqueta; y vosotros, de momento, también-hace una pausa y nos observa. Tiene el pelo rapado y la piel oscura. Su aspecto me inspira respeto y su voz, neutra y sin emoción, repelús-. Hoy os voy a asignar una misión fácil: tenéis que hacerme un mapa de uno de los barrios de la ciudad. Os tenéis que dividir...Alaia con Neith, y los otros tres por otro lado.

Al segundo de pronunciar esas palabras noto como Jon se aguanta la risa detrás de mí y como Neith llena el ambiente de tensión. Se me cae el alma a los pies, ¿En serio?

Sin decir palabra nos agrupamos. Una de las chicas, Anouk, nos indica por donde tenemos que ir y las calles que son el límite de nuestro territorio por explorar.

-Os damos un par de horas-dice Javier-, normalmente se hace en menos, pero así os familiarizais bien con la ciudad y las demás misiones serán más fáciles de llevar a cabo. En marcha chicos.

-¿En paz?-le digo a Neith cuando nos alejamos un poco. Me ha costado decir eso, pero si tenemos que trabajar juntos tenemos que hablar. Neith vuelve a apretar la mandíbula y mira hacia otro lado.

-No. Sólo será una tregua.

-¿De veras?

-Yo no estoy dispuesto a rebajarme y disculparme, si esperas eso.

-Ni siquiera has pedido perdón por ocultarme cosas.

-Ni tu por intentar aprovecharte de mi.

-¡Es diferente!-exclamo, exasperada-. Es necesidad.

-Reitero lo dicho.

Me muerdo el labio, frustrada, ¿Se puede ser más rencoroso que nosotros dos? Yo puedo dejar a un lado su engaño, pero por lo visto él no va a pasar por alto nada.

-¿Tregua?-digo, tendiendo una mano.

-Claro-contesta, sin siquiera devolverme el gesto.

La conversación se reduce al mínimo mientras caminamos por la desierta ciudad. En una libreta que nos han entregado vamos trazando las calles: primero las que recorreremos verticalmente y luego las intersecciones horizontales. Nos encontramos diferentes callejones y también los añadimos a nuestro mapa. No sé si es la prisa por no estar a solas, pero en menos de una hora acabamos.

La sensación que se ha implantado en mi estómago se intensifica cuando Neith es incapaz de mirarme a los ojos cuando me habla. ¿Tanto daño le he hecho? Me empiezo a sentir mal por la situación.

-Lo siento, ¿Vale?-consigo decir, en voz muy baja. Me cuesta mucho disculparme y, por una vez, no ha ganado el orgullo. Neith se para en seco en mitad de la calle.

-¿Te crees que eso es suficiente?-susurra muy, muy bajito. Su tono es demasiado calmado como para significar algo bueno-. Alaia, mira más allá de tus narices.

-¿Qué?

-Si alguien confía en ti y tu sólo le echas mierda, ese alguien suele enfadarse. Pongamos que ese alguien soy yo.

-Te estoy pidiendo perdón por lo del otro día.

-Aunque quizás no lo entiendas, tener un tío genocida no es fácil-dice, susurrando de nuevo-, y mucho menos si ha matado a tus padres y a ti te da asco lo que defiende-hace una pausa y se pasa una mano por el pelo-. Esto no es un juego, Alaia. Es la vida real. Aquí si matas al malo no termina todo; la maldad está en todos lados. No estamos en una película y tu no eres la superheroína que salva el mundo, ¿Entiendes?

Las lágrimas acuden a mis ojos sin poder evitarlo. Neith se da cuenta e intenta decir algo, pero no le dejo porque salgo corriendo. Me siento humillada. Vuelvo a llenarme de odio contra él y me seco los ojos. Neith no sabe nada de mi, ¿Se piensa que no he perdido nada o que sólo quiero hacerme la héroe? Anda muy equivocado. No miro por mi, miro por la humanidad. Por muy dramático que suene. Aparto lo sucedido de mi cabeza y me reconstruyo. Alcanzo a Neith cuando está cerca del punto de encuentro. Frunce el ceño, preocupado.

-Alaia...-intenta decir.

-Calla-digo, tajante. Y esa palabra va acompañada de todo mi odio: hacia él, hacia LOW, hacia mi padre, hacia la vida misma por hacerme vivir

esto. Neith recibe las palabras como un balazo en el pecho y cambia su expresión a una de real odio.

-Como tu quieras.

Y sé que no me hablará nunca más.

-Muy bien-dice Javier. Es raro ser felicitado con un tono de voz tan desprovisto de emoción-, habéis plasmado a la perfección vuestro cuadrante. Buen trabajo. Aprenderos vuestro mapa y el de vuestros compañeros.

De pronto, unos gritos descentran mi atención de Javier. Unos agentes están arrastrado a tres chicos de mi edad y dos adultos por el suelo.

-¡Dejadnos!-chilla una mujer.

-¡Cállate!-contesta un agente, propinandole una patada. He de cambiar rápidamente mi fachada a la inexpresiva, este momento es crucial. Noto como Javier me observa. Cuando tiran a los cinco prisioneros contra la pared y los fusilan, me permito sonreír para hacer una actuación redonda. Separo la situación de mi, para poder ignorar la sangre saliendo a propulsión de las heridas de los abatidos, sus ojos que se ponen en blanco o el chillido que profiere uno al tener que ser rematado. Me concentro en no ponerme histérica. Y funciona.

Justo llega Paul y, al ver la situación, me dirige una mirada disimulada para ver si estoy bien. Relaja la postura cuando ve que no he caído en la locura. Bueno, rectifico: se ha de estar loca para no querer suicidarse en esta situación. Me pregunto qué fuerza superior está permitiendo que no me desmorone.

Volvemos al camión y el viaje se hace más interminable que antes. Consigo apartar los asesinatos que acabo de presenciar y amontonarlos junto a los demás. Quiero convertir el dolor y el sufrimiento en energía. Pero querer es una cosa y hacerlo otra.

El silencio impregna el ambiente como si fuese resina: espeso y pegajoso. Se me revuelve el estómago cuando mi mirada se cruza un segundo con la de Neith y he de reprimir la oleada de sentimientos que trae consigo.

Cenamos todos juntos, sumidos en una especie de tensión y falsa simpatía. Todo porque Neith y yo no nos hablamos; aunque también porque hoy nos hemos topado de narices con lo que será nuestro futuro y a nadie le gusta. Sólo rezo para que se haga más llevadero y para que mañana sea un mejor día.

Me demoro más de lo normal en la ducha y, mientras Paul se asea, me tumbo en la cama y saco la fotografía de mi madre. Acaricié los rasgos y los rizos de papel, intentando tocarlos. Anhele saber como era su tacto, su olor. No puedo evitar aprovecharme de que las cámaras siguen desconectadas y me abrazo al torso de Paul cuando se deja caer a mi lado. Él no dice nada y me estrecha contra su cuerpo. Aspiro su olor mientras en mi pensamiento aparecen mi madre, Dana, Neith, Abigail. De esta última me gustaría tener noticias, pero sé que no puedo llamarla. Me frustró muchísimo y consigo no exteriorizarlo. Poco a poco, caigo dormida.

Me despierto con muy malas sensaciones en el cuerpo; tengo ganas de vomitar y me tiemblan las extremidades.

-¿Cómo te ves para ir a la piscina?-pregunta Paul.

-Creo que os voy a coordinar desde la grada.

-Alaia...-dice, preocupado-, esta tarde debes estar bien.

-Lo sé, no te preocupes.

En el baño encuentro un par de pastillas que pueden ayudarme y bajo a la piscina. Mis chicos están esperándome, estirando. Eso me produce un instante de placer, ver algo que va bien.

-¿Qué pasa jefa?-dice Jon.

-Tu jefa está indispuesta-contesto.

-Bueno, todos podemos tener un día malo-comenta Jude, alegremente. Me transmite tan buen rollo que me olvido del malestar durante unos segundos.

-Al agua-ordeno.

No nadar y sólo ordenar implica ser malvada con mi equipo. Los agoto hasta límites insospechables. Paul acaba pidiendo misericordia.

-Sois unos blandos-digo.

-Esto es injusto...-dice Jude, mirando hacia el suelo y sonriendo levemente. Se le hacen dos hoyuelos y tengo la sensación de que he hecho bien al confiar en él.

En el comedor nos cruzamos con Ethan y su escuadra. Intento ignorarle cuando empieza a mirarme fijamente, sin parpadear siquiera. En la cola para coger comida noto su aliento en mi nuca y todo el vello de mi cuerpo se eriza.

-¿Cómo vas, Alaia?

-Bien.

Se acerca aún más a mi, dejándome sin espacio personal. Su presencia es tan fuerte que tengo ganas de llorar. Entonces clava un dedo con fuerza en mi espalda. Su fuerza es arrolladora y tengo ganas de llorar, pero no puedo. Si grito de dolor, pierdo. Cuando la molestia se vuelve insoportable, veo por el rabillo del ojo como Neith se ha percatado de la situación y se debate entre ayudarme o no. Le suplico con los ojos que intervenga. En el momento en que la primera lágrima amenaza con salir, Neith se acerca y pone una mano sobre la de Ethan.

-Hazle daño y te mato aquí mismo-le murmura al oído. Ethan ríe y se va.

-Gracias-digo. Neith me ignora y se va. No comento lo ocurrido cuando me siento en la mesa y nadie más parece haberse dado cuenta.

Nos pasamos la comida y el rato que tenemos hasta que salen los camiones estudiando los mapas que hicimos ayer. No hay tanto por estudiar como parece y consigo aprenderlo todo. Los demás también tienen una mente avispada y se lo aprenden.

El Coronel Kiri nos comunica que tenemos nuevo equipamiento. Cuando Paul y yo llegamos a mi habitación nos encontramos las cámaras y los micrófonos reconectados. Suspiro de alivio, ya que por la mañana hemos puesto bien las camas antes de bajar a la piscina. Si no lo hubiésemos hecho, ahora mismo estaríamos en un grave problema.

El equipamiento es el traje que llevaba Paul cuando lo conocí pero con el símbolo de la triqueta bordado en la espalda. La parte de arriba es de manga corta y el material permite una perfecta transpiración que no hace pasar calor. Entro en el baño y me trenzo el pelo. Aprovecho para examinar mi espalda y ahogo una exclamación al ver el moretón en forma de círculo que tengo en las lumbares. Nunca más te tocará, me digo.

-El traje te sienta bien-dice Jude cuando nos encontramos todos en la entrada de la base.

-¿Intentas hacerme la pelota?-le digo, sonriendo sólo con los ojos; hay gente mirando. Jude niega con la cabeza-, a ti también te sienta bien.

El viaje vuelve a ser eterno, aunque menos caluroso. Han hecho unos agujeros en el techo del vehículo y pasa un poco el aire. Algunas escuadras hablan entre susurros, pero nosotros nos mantenemos en silencio. Bajamos del camión y vamos en busca de Javier.

-Buenas tardes-dice-, la tarea de hoy es sencilla, pero debéis ser meticulosos. Tenéis que recorrer vuestro cuadrante, manteniendo los grupos de ayer, buscando infieles. Así de sencillo. Esta ciudad fue conquistada hace un mes y medio, pero siguen habiendo infieles recorriendo las calles, huyendo del destino que se han buscado. Hoy sólo nos centramos en las calles, mañana en los locales y pasado en los edificios.

-¿Qué hacemos con ellos?-pregunta Jon. Doy gracias por hacer la pregunta, ya que yo no he sido capaz de hacerla.

-Los traéis aquí. Quien traiga más será mejor visto por nosotros y, en consecuencia, por vuestros superiores. Adelante.

Neith y yo nos adentramos en las calles. Estoy dividida: por un lado no quiero encontrarme a nadie, por otro quiero encontrar a todas las personas posibles para poder ascender.

El silencio es sepulcral, salvo un par de pájaros que pían. Cuando pasamos por la entrada de un callejón, oímos a alguien tosiendo. Nos paramos en seco y me llevo un dedo a los labios. Caminamos lentamente hasta un cubo de la basura de unos tres metros y hago una cuenta atrás con los dedos: tres, dos, uno...y abrimos la tapa. Dentro hay unas 5 personas, desnutridas y con andrajos por ropa.

-Quietos-ordena Neith, mientras empiezan a gritar. He de ordenarme a mi misma apuntarles con mi arma.

Pensaba que lucharían contra nosotros, pero están casi tan asustados como yo. Entre movimientos bruscos los ponemos en línea contra la pared. Entonces advierto algo: hay una niña entre los cinco adultos. Debe tener cinco años, lleva un vestido rojo roto y tiene el pelo enmarañado. Está cogida a una mujer. Hay tres mujeres y dos hombres.

En un momento dado, uno de los hombres intenta encararse con Neith. Le salta encima y trata de pegarle, pero no lo consigue. Neith le empuja lejos y todos intentan escapar. Neith no duda ni un momento y dispara a uno de los hombres en la pierna. Los demás se quedan quietos. Me vuelvo a forzar a mi misma y agarro a la niña, le apunto con el arma en la cabeza y digo:

-Su oportunidad de vivir se esfumará si volvéis a intentar algo.

Todos gimotean, pero se rinden. Emprendemos la marcha hacia el punto de encuentro. Entre ellos llevan al hombre herido y yo llevo a la niña en brazos. Parece una marcha fúnebre.

Aparto de mi el pensamiento de que soy un verdugo y ando sin parar. La tristeza lucha contra la barrera emocional que he instaurado en mi pecho. Estoy llevando a la muerte a cinco personas. Yo. No puedo hacer nada por ellas. Si las dejo escapar, las matarán más adelante. No hay donde ir. Quizás no se han resistido demasiado porque, ahora mismo, la muerte es el mejor camino.

Miro a la niña, que está desconcertada y tiene miedo. Por ella si que puedo hacer algo: darle un futuro, una salida, una oportunidad de huir de esto. Me aferro a ese pequeño hilo que me da esperanza y energía.

Llegamos al punto de encuentro y Javier nos recibe con una sonrisa diabólica. Hay otros miembros de escuadras con más prisioneros, aunque nosotros llevamos el grupo más numeroso.

-Dejarlos ahí-dice Javier, señalando el centro de la plaza donde nos encontramos. Allí, amontonados, están todos los "infielos". Algunos lloran, otros están heridos. Neith los acompaña mientras yo le pregunto a Javier que hago con la niña-. Déjala aquí mientras vais a buscar a más. Cuando volvamos la introducirán en el sistema.

La normalidad con la que estoy llevando este asunto se esfuma cuando nos alejamos de la plaza. Empiezo a respirar entrecortadamente al pensar en lo que acabo de hacer. Neith me mira de reojo y suspira. Se acerca a mi y sin decir palabra coloca su frente contra la mía y sus manos en mis hombros. Nos quedamos así durante unos segundos que parecen atemporales. Me tranquiliza y respiramos al unísono.

-Sólo se trata de sobrevivir - susurro.

-Y de llegar al final de esto-dice, sin rastro alguno de odio en su voz-. Alaia, no tenemos opción ni marcha atrás.

-Gracias-digo, cuando me estabilizo del todo.

-No hay de que-contesta, recuperando su seco humor.

Avanzamos por la calle con cautela. Nos adentramos en aquellas calles en las que nos esconderíamos si fuésemos fugitivos de las asesinas manos de LOW. Mis sentidos se activan cuando huelo algo que sólo puede ser sudor humano. Hay alguien cerca, le digo a Neith con los ojos. Me detengo una milésima de segundo porque algo me está diciendo que va a suceder algo

malo; el ambiente tiene algo que no está bien.

Cuatro hombres saltan desde una ventana; dos de ellos van armados y, antes de poder reaccionar, uno dispara en el pecho a Neith.